



KRABABAT
Y EL MOLINO DEL DIABLO

Otfried Preussler



Una historia de aventuras, magia y ocultismo.

Krabbat es un adolescente huérfano que se busca la vida mendigando de pueblo en pueblo. Cuando, en sueños, una voz le insta a dirigirse a un viejo molino, piensa que no tiene nada que perder. Allí, el molinero inicia a Krabbat y a otros aprendices en el arte de la magia negra. Pero todos los seres demoníacos exigen un alto precio por lo que ofrecen: el alma, la libertad e incluso la vida. ¿Hay algún modo de luchar contra lo sobrenatural? ¿Cómo puedes defenderte de alguien que controla tu pensamiento, tu voluntad e incluso tus sueños? Atrapado en esa infernal pesadilla, Krabbat no se resigna a acabar como sus compañeros...



Otfried Preussler

Krabat y el molino del diablo

ePub r1.0
guae70 02.06.15

Título original: *Krabat*
Otfried Preussler, 1971
Traducción: Marinella Terzi
Diseño de cubierta: NOGUER Y CARALT

Editor digital: guau70
ePub base r1.2



EL PRIMER AÑO

El molino de Koselbruch

Era la época comprendida entre año nuevo y el día de Reyes. Krabat, un muchacho que tenía por entonces catorce años, se había unido a otros dos jóvenes pordioseros lusacianos, y aunque Su Serenísima Excelencia, el Príncipe Elector de Sajonia, había prohibido bajo pena mendigar y vagabundear en los territorios de Su Excelencia (lo que, afortunadamente, los jueces y el resto de los magistrados no aplicaban con excesivo rigor), iban recorriendo de pueblo en pueblo la región de Hoyerswerda disfrazados de Reyes Magos: las coronas reales eran coronas de paja que llevaban alrededor de la gorra; y uno de ellos, el pequeño y alegre Lobosch de Maukendorf, hacía de rey negro y todas las mañanas se embadurnaba completamente de hollín. Llevaba con orgullo por delante de ellos la estrella de Belén que Krabat había clavado a una vara.

Cuando llegaban a un caserío colocaban a Lobosch en el centro y cantaban «¡Hosanna al Hijo de David!». Bueno..., realmente Krabat lo único que hacía era abrir los labios sin decir nada, pues estaba cambiando la voz. En cambio las otras dos «Altezas» elevaban mucho la voz, de modo que todo quedaba compensado.

Muchos campesinos habían matado un cerdo por año nuevo y agasajaban a «Sus Majestades» los Reyes de Oriente con salchichas y tocino en abundancia. En otros sitios había manzanas, nueces y ciruelas pasas, a veces rebanadas de pan con miel y mantecados, panecillos de anís y bollitos de canela.

—¡Qué bien empieza el año! —dijo Lobosch la tarde del tercer día—. ¡Podía seguir así todo hasta noche vieja!

Sus otras dos «Majestades» asintieron solemnemente y suspiraron.

—¡Por nuestra parte estaríamos muy a gusto!

La noche siguiente la pasaron en el granero de la herrería de Petershain; allí fue donde Krabat tuvo por primera vez aquel extraño sueño.

Once cuervos estaban posados en una barra y le miraban. Vio que en la barra quedaba un sitio libre, en el extremo de la izquierda. Entonces oyó una voz. La voz sonó ronca, parecía venir por los aires, de muy lejos, y le llamó por su nombre. Él no se atrevió a contestar. «¡Krabat!», resonó por segunda vez... y luego una tercera: «¡Krabat!». Luego, la voz dijo: «¡Ven al molino de Schwarzkollm, que no será en perjuicio tuyo!». Acto seguido los cuervos se elevaron por encima de la barra y graznaron: «¡Obedece la voz del maestro, obedécela!».

Krabat entonces se despertó. «¡Hay que ver qué cosas sueña uno!», pensó, se echó sobre el otro lado y se volvió a dormir. Al día siguiente siguió su camino con sus compañeros y cuando se acordó de los cuervos se rio.

Sin embargo, el sueño se repitió a la noche siguiente. Nuevamente la voz le llamó por su nombre y nuevamente graznaron los cuervos: «¡Obedécela!». Eso le dio que pensar a Krabat. A la mañana siguiente le preguntó al campesino en cuya casa habían pasado la noche si conocía un pueblo que se llamaba Schwarzkollm o algo parecido.

El campesino recordaba haber oído ese nombre.

—Schwarzkollm... —dijo reflexionando—. Sí, sí..., en el bosque de Hoyerswerda, en el camino que va a Leippe: allí hay un pueblo que se llama así.

La vez siguiente los tres Reyes Magos pasaron la noche en Gross-Partwitz. También allí volvió a tener Krabat el sueño de los cuervos y de la voz que parecía venir por los aires; y todo se desarrolló igual que la primera vez y la segunda. Entonces decidió seguir aquella voz. Al amanecer, cuando sus compañeros aún dormían, salió a hurtadillas del granero. En el portón del caserío se encontró a la sirvienta, que iba a la fuente.

—Despídete de los dos de mi parte —le encargó—. Diles que me he tenido que marchar.

Krabat fue preguntando de pueblo en pueblo. El viento le arrojaba copos de nieve al rostro y cada pocos pasos tenía que detenerse a secarse los ojos. En el bosque de Hoyerswerda se perdió y necesitó dos horas

enteras para encontrar de nuevo el camino de Leippe. Y, así, no alcanzó su destino sino cuando ya se estaba haciendo de noche.

Schwarzcollm era un pueblo como los demás pueblos rurales: largas hileras de casas y de graneros a ambos lados del camino, que estaba completamente cubierto de nieve; penachos de humo sobre los tejados; humeantes montones de estiércol; mugidos del ganado. En el estanque de los patos había unos niños patinando sobre hielo con un fuerte griterío.

Krabat buscó con la vista algún molino. En vano. Un hombre viejo que llevaba un haz de leña menuda venía calle arriba, y a él le preguntó.

—En el pueblo no tenemos ningún molino —fue la respuesta que obtuvo.

—¿Y en las cercanías?

—Si te refieres a *ese*... —dijo el viejo indicando con el pulgar por encima del hombro—. En Koselbruch, atrás, a orillas del Lago Negro hay uno, pero... —se interrumpió como si ya hubiera dicho demasiado.

Krabat le dio las gracias por la información y se volvió hacia la dirección que el viejo le había indicado. Cuando solo había dado unos pocos pasos alguien le tiró de la manga; cuando se dio la vuelta vio que era el hombre del haz de leña.

—¿Qué pasa? —preguntó Krabat.

El viejo se acercó y dijo con gesto medroso:

—Quisiera prevenirte, muchacho. Evita Koselbruch y el molino de Aguas Negras, aquello no es seguro...

Krabat vaciló por un instante, pero luego dejó plantado al viejo y siguió su camino, saliendo del pueblo. Se hizo rápidamente de noche; debía tener cuidado de no perder el sendero y tiritaba de frío. Al volver la cabeza vio que allí de donde venía se encendía una luz aquí y otra allá.

¿No sería más sensato regresar?

—¡Nada de eso! —gruñó Krabat subiéndose el cuello de la chaqueta—. ¿Acaso soy un niño pequeño? Mirar no cuesta nada.

Krabat anduvo un trecho por el bosque dando traspiés como un ciego, luego llegó a un claro. Cuando se dispuso a salir de debajo de los árboles las nubes se abrieron bruscamente, apareció la luna, todo quedó sumergido de repente en una fría luz.

Krabat vio entonces el molino.

Estaba allí ante él, escondido entre la nieve, oscuro, amenazador, un poderoso y malvado animal que estaba acechando su presa.

«Nadie me obliga a ir allí», pensó Krabat. Luego se sacudió el miedo del cuerpo, hizo acopio de todo su valor y salió de las sombras del bosque a campo abierto. Caminó resuelto hacia el molino, encontró la puerta de la casa cerrada y llamó.

Llamó una vez, llamó dos: allí dentro nada se movió. No ladró ningún perro, no crujió ninguna escalera, no tintineó ningún manojito de llaves..., nada. Krabat llamó por tercera vez, tan fuerte que se hizo daño en los nudillos.

De nuevo todo permaneció en silencio en el molino. Entonces, decidió probar, empujó el picaporte hacia abajo: la puerta se abrió, no tenía echado el cerrojo y entró en el zaguán.

Un silencio sepulcral y una profunda oscuridad le recibieron. Más atrás, sin embargo, al final del pasillo, algo como un débil resplandor. Tan solo el resplandor de un resplandor.

—Donde hay luz también debe de haber gente —se dijo Krabat.

Con los brazos extendidos hacia delante siguió tanteando. La luz salía —según pudo ver conforme se iba acercando— de una rendija de la puerta que cerraba el pasillo por la parte posterior. Le pudo la curiosidad, se deslizó de puntillas hasta la rendija y escudriñó a través de ella.

Su mirada topó con una oscura estancia iluminada por el resplandor de una única vela. La vela era roja. Estaba pegada sobre una calavera encima de la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Detrás de la mesa estaba sentado un hombre corpulento, vestido de oscuro, de rostro muy pálido, como si se lo hubiera encalado; un parche negro le tapaba el ojo izquierdo. Encima de la mesa, delante de él, había un grueso libro forrado en cuero que colgaba de una cadena; lo estaba leyendo.

Levantó entonces la cabeza y miró fijamente hacia allí, como si hubiera advertido la presencia de Krabat tras la rendija de la puerta. Aquella mirada le penetró hasta los tuétanos al muchacho. El ojo empezó a escocerle, empezó a llorar y la imagen de la estancia se le volvió borrosa.

Krabat se frotó el ojo..., entonces notó como por detrás una mano gélida se le ponía encima del hombro, sintió la frialdad a través de la chaqueta y de la camisa. Al mismo tiempo oyó una voz ronca que decía en lusaciano:

—¡Ya estás aquí!

Krabat se sobrecogió, conocía aquella voz. Cuando se dio media vuelta se encontró frente a aquel hombre..., el hombre del parche en el ojo.

¿Cómo había llegado hasta allí tan de súbito? Por la puerta seguro que no había salido.

El hombre llevaba una vela encendida en la mano. Examinó en silencio a Krabat, luego adelantó la barbilla y dijo:

—Yo soy aquí el maestro. Podrás ser mi aprendiz, necesito uno. ¿Te gustaría, no?

—Sí me gustaría —se oyó Krabat responder a sí mismo. Su voz sonó extraña, como si no tuviera nada que ver con la suya.

—¿Y qué es lo que quieres que te enseñe? ¿A moler... o también todo lo demás? —Quiso saber el maestro.

—Lo demás también —dijo Krabat.

El molinero le tendió entonces la mano izquierda.

—¡Chócala!

En el momento en que se dieron el apretón de manos se oyó un sordo estrépito y gran ajetreo en la casa. Parecía proceder de las profundidades de la tierra. El suelo osciló, las paredes empezaron a temblar, las vigas y los pilares se estremecieron.

Krabat pegó un grito, quiso salir corriendo —«¡tengo que salir de aquí como sea!»—, pero el maestro le cerró el paso.

—¡Es el molino! —gritó haciendo bocina con las manos—. ¡Es que ha empezado de nuevo a moler!

Once y uno

El maestro le indicó a Krabat que le acompañara. Sin decir una palabra alumbró al muchacho por la empinada escalera de madera que conducía a la buhardilla, donde tenían su dormitorio los ayudantes del molinero. A la luz de la vela, Krabat reconoció doce catres bajos con jergones de paja, seis a un lado del pasillo central y seis al otro; junto a cada uno de ellos un armario estrecho y un taburete de madera de pino. Sobre los jergones de paja había mantas arrugadas, en el pasillo un par de escabeles volcados, también camisas y polainas aquí y allá.

Al parecer a los ayudantes del molinero les habían sacado precipitadamente de la cama, para que se pusieran al trabajo.

Un solo sitio para dormir estaba intacto, el maestro señaló el hato de ropa que había a los pies del catre.

—¡Ahí tienes tus cosas!

Luego se dio media vuelta y se alejó llevándose la luz.

Krabat se quedó allí de pie en medio de la oscuridad. Empezó a desnudarse lentamente. Cuando se quitó la gorra de la cabeza rozó con la punta de los dedos la corona de paja: ¡Ah, sí, hasta el día anterior él había sido uno de los tres Reyes Magos!... ¡Qué lejano estaba ya todo aquello!

También la buhardilla retumbaba con el estruendo y el matraqueo del molino. Apenas se echó sobre su jergón de paja se quedó dormido. Durmió y durmió y durmió como un tronco..., hasta que un rayo de luz le despertó.

Krabat se incorporó y se quedó petrificado del susto.

De pie junto a su lecho había once figuras blancas que le miraban desde arriba a la luz de una linterna de establo: once figuras blancas de rostros blancos y con camisas blancas.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó temeroso el muchacho.

—Lo que tú pronto también serás —dijo por respuesta uno de los fantasmas.

—Pero no te vamos a hacer nada —añadió un segundo—. Nosotros somos los ayudantes del molinero.

—¿Once sois?

—Tú eres el duodécimo. ¿Cómo te llamas?

—Krabat... ¿Y tú?

—Yo soy Tonda, el oficial mayor. Este es Michal, este es Merten, este Juro...

Tonda fue nombrándoles a todos uno por uno; luego opinó que ya era bastante por aquel día.

—Sigue durmiendo, Krabat, que en este molino te van a hacer falta las fuerzas.

Los mozos del molino se metieron en sus catres, el último de ellos apagó la linterna de un soplido... y apenas habían dicho buenas noches cuando ya estaban roncando.

Los ayudantes del molinero se congregaron en el cuarto de los criados para desayunar. Se sentaron los doce alrededor de la larga mesa de madera, había sémola en abundancia, de cada fuente comían cuatro camaradas. Krabat estaba hambriento, se puso a comer la sémola como una fiera. Si la cena y la comida verificaban lo que el desayuno prometía, no se vivía mal en el molino.

Tonda, el oficial mayor, era un mozo bien plantado de pelo canoso y abundante; por su cara, sin embargo, no parecía tener ni siquiera treinta años. De Tonda emanaba una gran seriedad, o para ser más exactos: de sus ojos. Krabat depositó su confianza en él desde el primer momento; su paciencia y la manera amistosa con que le trataba hicieron que se lo ganara.

—Espero que no te hayamos asustado demasiado esta noche —dijo Tonda dirigiéndose al muchacho.

—No demasiado —dijo Krabat.

Mirando los fantasmas a la luz del día no eran más que mozos como había miles. Los once hablaban lusaciano y eran algunos años mayores que Krabat. Cuando le miraban lo hacían con compasión, según le pareció a él. Eso le sorprendió, pero no le dio más vueltas al asunto.

Lo que sí le dio qué pensar fue la ropa que había encontrado a los pies del catre: ciertamente era ropa usada, pero le quedaba como si se la hubieran hecho a medida. Le preguntó a los mozos que de dónde la habían sacado y de quién había sido antes; pero apenas hizo la pregunta los ayudantes del molinero dejaron caer sus cucharas y le miraron con tristeza.

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó Krabat.

—No, no —dijo Tonda—. La ropa... era de tu predecesor.

—¿Y?... —quiso saber Krabat—. ¿Por qué no está ya aquí? ¿Ya ha terminado el aprendizaje?

—Sí, ya ha... terminado su aprendizaje —dijo Tonda.

En ese momento se abrió la puerta de repente. Entró el maestro, estaba furioso, los ayudantes del molinero se encogieron.

—¡Basta ya de chácharas! —les espetó; y dirigiendo la mirada de su único ojo hacia Krabat añadió bruscamente—: Quien mucho pregunta, mucho yerra... ¡Repítelo!

Krabat balbució:

—Quien mucho pregunta, mucho yerra...

—¡Métete eso en la mollera!

El maestro abandonó el cuarto de los criados... ¡Plom!, se cerró la puerta tras él.

Los muchachos empezaron de nuevo a comer a cucharadas, pero a Krabat de repente se le había quitado el hambre. Perplejo, miraba fijamente la mesa, nadie le prestaba atención. ¿O sí?

Cuando levantó la vista, Tonda le miró y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza..., apenas apreciable, es verdad, pero el muchacho se lo agradeció. Sería bueno tener un amigo en aquel molino, lo presentía.

Después del desayuno los ayudantes del molinero se levantaron para emprender el trabajo, Krabat abandonó con los demás el cuarto de los criados. En el zaguán estaba el maestro, le hizo una seña con la mano y le dijo:

—¡Ven conmigo!

Krabat siguió al molinero al exterior. Hacía sol, no había viento y hacía frío; en los árboles había escarcha.

El maestro le llevó detrás del molino, allí había una puerta en la parte trasera de la casa, la abrió. Entraron juntos en el cuarto de la harina, una habitación de techo bajo con dos ventanucos, completamente cegada por el polvo de la harina. También había polvo de harina en el suelo, en las paredes y una capa de un dedo de ancho en la viga de carga, de encina, que había debajo del techo.

—¡Barre! —dijo el maestro. Le señaló una escoba que había junto a la puerta, y dejando solo al muchacho se marchó.

Krabat se puso manos a la obra. Tras pasar unas cuantas veces la escoba estaba envuelto por una densa nube de polvo, una nube de polvo de harina.

«Esto así no puede ser —pensó—. Cuando llego a un extremo, el otro ya vuelve a estar lleno. Abriré una ventana...».

Las ventanas estaban clavadas por fuera, la puerta tenía echado el cerrojo. Ya podía sacudirla y golpear con los puños cuanto quisiera, que no servía de nada, estaba atrapado allí.

Krabat empezó a sudar. El polvo de la harina se le pegaba en el pelo y en las pestañas, le picaba la nariz, le picaba la garganta. Era como una pesadilla que no se acabara nunca: polvo de harina y más polvo de harina en densas nubes, como niebla, como remolinos de nieve.

Krabat respiraba con dificultad, se golpeó la frente con la viga maestra, sintió un mareo. ¿Debería dejarlo por imposible?

Pero ¿qué diría el maestro si dejaba simplemente a un lado la escoba? Krabat no quería andarse con bromas con él, entre otras cosas no quería jugarse la buena comida. Así pues, se obligó a seguir barriendo: de delante hacia atrás, de atrás hacia delante, sin cesar, hora tras hora.

Hasta que finalmente, después de una eternidad, llegó alguien y abrió bruscamente la puerta: Tonda.

—¡Sal! —exclamó—. ¡Es mediodía!

El muchacho no se lo hizo repetir dos veces, se tambaleó por los aires, inspiró con dificultad. El oficial echó un vistazo al cuarto de la harina, luego, encogiéndose de hombros, declaró:

—No te preocupes, Krabat... A nadie le va mejor al principio.

Murmuró un par de palabras incomprensibles, escribió con la mano algo en el aire. Entonces el polvo que había en el cuarto se levantó, como si

soplara el viento por todas las grietas y rendijas. Un penacho de humo blanco, se dispersó hacia la puerta..., por encima de la cabeza de Krabat, camino del bosque.

El cuarto quedó completamente barrido. Estaba reluciente, no quedaba ni una mota de polvo. Al muchacho se le abrieron los ojos de par en par de la sorpresa.

—¿Cómo se hace eso? —preguntó.

Tonda no le respondió y dijo:

—Entremos en la casa, Krabat, se va a enfriar la sopa.

Ningún plato de su gusto

Para Krabat empezó una época difícil, el maestro le perseguía sin piedad para que trabajara.

—¿Dónde estás metido, Krabat? ¡Hay que cargar un par de costales de grano hasta el granero! ¡Krabat, ven aquí! Ese grano que hay en el suelo del terraplén, ¡avéntalo con la pala! ¡Pero a fondo, no vaya a germinar! ¡Krabat, la harina que ayer cribaste está llena de barbas de las espigas! ¡Te pondrás con ella después de la cena y hasta que no esté inmaculada no te irás a la cama!

El molino de Koselbruch molía día tras día, los días laborables y los domingos, desde por la mañana temprano hasta que empezaba a oscurecer. Solo una vez a la semana, los viernes, terminaban los ayudantes del molinero su jornada antes de lo habitual, y los sábados empezaban a trabajar dos horas más tarde.

Cuando Krabat no cargaba grano o cribaba harina tenía que cortar madera, quitar nieve, llevar agua a la cocina, almohazar los caballos, sacar estiércol del establo de las vacas con una carretilla... En resumidas cuentas: siempre tenía trabajo que hacer; y por las noches, cuando se echaba en el jergón de paja, estaba como si le hubieran dado una paliza. Le dolían los riñones, tenía la piel de los hombros desollada, los brazos y las piernas le dolían tanto que casi no lo podía soportar.

Krabat admiraba a sus compañeros. La dura jornada laboral en el molino parecía no afectarles, ninguno se cansaba, ninguno se quejaba, ninguno sudaba ni se quedaba sin aliento durante el trabajo.

Una mañana Krabat estaba ocupándose de dejar libre con una pala el acceso al pozo. Toda la noche pasada había estado nevando sin cesar, el viento había cubierto de nieve caminos y senderos. Krabat tuvo que apretar

los dientes, a cada palada sentía una dolorosa punzada en los riñones. Tonda salió entonces a verle. Una vez que se hubo asegurado de que estaban solos le puso la mano en el hombro.

—No te rindas, Krabat...

El muchacho entonces se sintió como si le hubieran infundido nuevas fuerzas. Los dolores se le habían quitado como de un soplo, agarró la pala y hubiera empezado a echar paladas fuera denodadamente si Tonda no le hubiera agarrado del brazo.

—Sobre todo que no se dé cuenta el maestro —le rogó—, ¡y Lyschko tampoco!

Lyschko era un muchacho alto y más flaco que una estaca, ya desde el primer día no le había gustado demasiado a Krabat: parecía un fisgón, siempre con la oreja puesta, un hipócrita por los cuatro costados, del que no podía estar uno seguro en ningún momento.

—Está bien —dijo Krabat y al seguir dando paladas fingió que le costaba un gran esfuerzo y una gran abnegación. Poco después llegó por el camino, como por casualidad, Lyschko.

—¿Qué, Krabat, cómo sabe el trabajo?

—¡Cómo va a saber! —gruñó el muchacho—. Cómete una mierda de perro, Lyschko..., y lo sabrás.

A partir de entonces Tonda iba a ver a Krabat de vez en cuando y le ponía encima la mano sin que se notara. El muchacho sentía entonces que le entraban fuerzas renovadas y el trabajo, por muy duro que fuera, no le costaba ningún esfuerzo durante un rato.

El maestro y Lyschko no supieron nada de ello... ni tampoco los demás ayudantes del molinero: ni Michal, ni Merten, que eran ambos tan fuertes como bondadosos; ni Andrusch, el bromista, que tenía la cara picada de viruelas, ni Hanzo, al que llamaban el toro, que tenía el cuello fuerte como el de un toro y el pelo muy rapado; tampoco Petar, que por la noche, después del trabajo, pasaba el tiempo tallando cucharas de madera, ni tampoco Staschko, el prestidigitador, que era escurridizo como una comadreja y tan hábil como aquel pequeño mono que a Krabat la había maravillado hacía años en la feria anual de Königswartha. Kito, que iba siempre con una cara como si tuviera una libra de clavos de zapatero en el

estómago, y Kubo, el taciturno, tampoco se dieron cuenta de nada... y mucho menos aún, claro está, el tonto de Juro.

Juro, un robusto mozo de piernas cortas y cara plana y alunada, salpicada de pecas, era después de Tonda el que más tiempo llevaba trabajando allí. Para moler servía de poco, pues, como Andrusch solía decir de él burlándose, «era demasiado tonto para separar el salvado de la harina»; y el que todavía no hubiera dado un traspies con la maquinaria del molino y se hubiera caído entre las muelas tenía que agradecerse únicamente a la circunstancia de que la tontería y la suerte suelen ir de la mano.

Juro estaba acostumbrado a aquellos comentarios. Soportaba con paciencia las burlas de Andrusch; agachaba la cabeza sin replicar cuando Kito le amenazaba con pegarle por una nadería; y cuando los ayudantes del molinero le gastaban una broma, lo que solía suceder a menudo, él consentía con una risita como si quisiera decir: «¡Qué queréis!... ¡Ya sé que soy Juro el tonto!».

Únicamente para los quehaceres domésticos no era demasiado tonto. Como alguien tenía que encargarse de esas cosas, todos estaban contentos de que Juro las hiciera por ellos: hacer la comida y fregar, cocer el pan y cuidar del fuego, fregar el suelo y barrer las escaleras, limpiar el polvo, lavar la ropa y planchar y todo lo demás que había que hacer en la cocina y en la casa. Además de eso cuidaba las gallinas, los gansos y los cerdos.

Para Krabat era un misterio cómo podía acabar Juro con sus muchas obligaciones. A sus compañeros todo aquello les parecía lo más natural, y para colmo de males el maestro trataba a Juro como si fuera una inmundicia. A Krabat aquello no le parecía bien, y una vez que llevó una carga de leña a la cocina y Juro, en agradecimiento, le metió en el bolsillo de la chaqueta —por cierto no era la primera vez— la punta de una salchicha..., le dijo repentinamente:

—No entiendo cómo puedes dejarte hacer todo eso.

—¿Yo? —preguntó sorprendido Juro.

—¡Sí, tú! —dijo Krabat—. El maestro te trata de un modo vergonzoso, y los muchachos se burlan de ti.

—Tonda no —repuso Juro—. Y tú tampoco.

—¡Y eso que cambia! —le replicó Krabat—. Yo me las sabría arreglar si estuviera en tu lugar. Yo me defendería, ¿comprendes?, no volvería a dejar que me hicieran nada... ¡Ni Kito, ni Andrusch, ni ninguno de los otros!

—Hummm —dijo Juro rascándose el pescuezo—. Tú quizá no, Krabat..., tú podrías hacerlo... Pero ¿y si uno es un estúpido, qué?

—¡Pues entonces huye! —exclamó el muchacho—. Huye de aquí... ¡y búscate otro sitio donde te vaya mejor!

—¿Huir?

Por un momento Juro no pareció nada tonto, sino solamente decepcionado y cansado.

—¡Inténtalo tú, Krabat! ¡Intenta huir de aquí!

—Yo no tengo ningún motivo para hacerlo.

—No —gruñó Juro—, seguro que no... y esperemos que no lo tengas nunca...

Le metió un mendrugo de pan en el otro bolsillo de la chaqueta, hizo un ademán de desdén cuando el muchacho le fue a dar las gracias, y le sacó de un empujón por la puerta: con una risita estúpida a la que les tenía acostumbrados.

Krabat reservó el pan y la punta de la salchicha hasta el final del día. Poco después de la cena, mientras los ayudantes del molinero se ponían cómodos en el cuarto de los criados, Petar sacaba sus herramientas de tallar y los otros empezaban a pasar el rato contando historias, el muchacho se alejó del grupo y subió a la buhardilla donde, bostezando, se echó en su jergón de paja. Se comió el pan y la salchicha; y mientras estaba tendido boca arriba y degustaba la comida pensó involuntariamente en Juro... y en la conversación que habían mantenido en la cocina.

«¿Huir?», se le pasó por la cabeza. «¿Huir de qué? El trabajo desde luego no es ningún plato de mi gusto... y si no tuviera la ayuda de Tonda, lo pasaría muy mal. Pero la comida es buena y abundante, tengo un techo sobre la cabeza... y cuando me levanto por las mañanas sé que tengo un sitio asegurado para dormir por la noche: cálido y seco y medianamente blando, sin chinches y sin pulgas. ¿No es esto más de lo que puede soñar tener un joven pordiosero como yo?».

Caminos en sueños

Krabat ya se había fugado en una ocasión: poco después de la muerte de sus padres, que habían muerto el año anterior de viruela; el párroco entonces le había acogido en su casa para que, como él decía, no se abandonara a una vida licenciosa...; y no era que él tuviera nada en contra del señor párroco y de su esposa, que ya desde siempre habían deseado tener un muchacho en casa, pero para alguien como Krabat que había pasado su vida en una pequeña y miserable choza de la vaquería de Eutrich..., para alguien como él era difícil acostumbrarse a vivir en la casa de un párroco: portarse bien desde la mañana hasta la noche, no decir palabrotas y no pelearse, ir por ahí con camisas blancas, con el cuello bien lavado, nunca descalzo, con las manos limpias y las uñas de los dedos bien arregladas... y además de todo eso hablar alemán todo el tiempo. ¡Alemán y no dialecto!

Krabat lo había intentado con todas sus fuerzas, una semana, dos; luego se fugó de la casa de los párrocos y se unió a los jóvenes pordioseros. No estaba descartado tampoco que se quedara en el molino de Koselbruch eternamente.

«Pero —decidió, relamiéndose después del último bocado, ya medio dormido—, si me largo de aquí, tendrá que ser en verano... Hasta que los prados no estén llenos de flores, y el grano se haya aventado en los campos, y los peces salten en el estanque del molino, nadie me sacará de aquí».

Es verano, los prados están llenos de flores, el grano está aventado, el estanque del molino rebosa de peces. Krabat ha tenido una bronca con el maestro: en lugar de cargar costales se ha tumbado en la hierba a la sombra del molino y se ha quedado dormido; el maestro le ha pescado y le ha pegado una paliza con el bastón nudoso.

—¡Te voy a quitar yo esa costumbre, mozalbete!... ¡Estar holgazaneando a plena luz del día!

¿Debe soportar eso Krabat?

En invierno quizá, cuando el viento helado sopla sobre la campiña, entonces tendría que aguantarse. ¡Pero el maestro se ha debido de olvidar de que es verano!

La decisión de Krabat es firme. ¡No se quedará ni un día más en aquel molino! Se mete a escondidas en la casa, coge de la buhardilla la chaqueta y la gorra, luego se va de allí a hurtadillas. Nadie le ve. El maestro se ha retirado a su cuarto, las ventanas están tapadas con toallas colgadas para no dejar pasar el calor; los ayudantes del molinero están trabajando en el granero y en las muelas del molino; ni siquiera el propio Lyschko tiene tiempo de ocuparse de él. Y sin embargo el muchacho siente que le están observando disimuladamente.

Cuando vuelve la vista observa que en el tejado del cobertizo de madera hay alguien que le está mirando fijamente: un desgreñado gato negro, que no es de allí... y está tuerto.

Krabat se agacha, le tira una piedra, le espanta. Luego corre hacia el estanque del molino protegido por los sauces. Casualmente ve que cerca de la orilla hay en el agua una hermosa carpa: con su único ojo mira embobada a Krabat.

El joven se siente a disgusto, levanta una piedra del suelo, se la tira al pez. La carpa se va, sumergiéndose en las verdes profundidades.

Krabat entonces sale de Aguas Negras hasta el lugar de Koselbruch que llaman Planicie Yerma; allí se para unos instantes ante la tumba de Tonda. Se acuerda vagamente de que un día de invierno tuvieron que enterrar a su amigo allí fuera.

Piensa en el muerto y, de repente..., un estridente graznido: le coge tan de improviso que se le para el corazón. En un achaparrado pino silvestre que hay al borde de la planicie está posado, inmóvil, un gran cuervo. Su mirada está vuelta hacia Krabat..., también le falta —el muchacho se estremece al verlo— el ojo izquierdo.

Krabat se acuerda entonces de a lo que iba. No lo duda durante mucho tiempo, sale corriendo de allí; corre todo lo que le dan de sí las piernas,

siguiendo el Aguas Negras, arroyo arriba.

Cuando tiene que detenerse por primera vez porque le falta la respiración, una culebra serpentea por el brezo, se endereza con un silbido, le mira... ¡Es tuerta! Tuerto es también el zorro que le acecha desde la espesura.

Krabat corre y para un rato para cobrar aliento, corre y cobra aliento. Cuando empieza a caer la noche alcanza el confín superior de Koselbruch. Cuando salga a campo abierto —así lo espera— se habrá escapado de las garras del maestro. Fugazmente sumerge las manos en el agua, se moja la frente y las sienes. Luego se mete la camisa en los pantalones, se le ha salido mientras corría, se ajusta el cinturón, deja tras de sí los últimos pasos... y se queda horrorizado.

En lugar de llegar, como él esperaba, a campo abierto, sale a un claro; y en medio de ese claro, con un aspecto pacífico bajo la luz vespertina, está el molino. El maestro le está esperando delante de la puerta de la casa.

—¡Hombre, Krabat! —Le saluda con burla—. Ya iba a mandar a buscarte.

Krabat está furioso, no puede explicarse aquella desgracia. Al día siguiente vuelve a marcharse corriendo, esta vez tempranísimo, antes de amanecer..., en dirección opuesta, saliendo del bosque, atravesando campos y praderas, pueblos y caseríos. Salta regatos, vadea pantanos, sin descanso, sin detenerse. No ve cuervos, ni culebras, ni zorros, no ve ningún pez, ningún gato, ningún gallo, ningún pato. «Me da igual que tengan un ojo o dos..., por mí como si son ciegos —piensa—. ¡Esta vez no me equivocaré!».

A pesar de ello, al final del largo día se encuentra otra vez ante el molino de Koselbruch. Hoy son los ayudantes del molinero los que le reciben: Lyschko con comentarios taimados, los demás en silencio y más bien con compasión. Krabat está al borde de la desesperación. Sabe que debería rendirse, pero no quiere admitirlo, lo intenta por tercera vez, esa misma noche.

Escaparse del molino no le resulta difícil... ¡Y luego se va guiando por la estrella polar! Aunque dé traspies, aunque se haga chichones y arañazos: lo principal es que nadie le vea, que nadie le pueda hechizar...

No lejos de él grita un mochuelo, luego pasa una lechuza volando a poca altura; un poco después descubre a la luz de las estrellas un viejo búho: presto a atacar está posado sobre una rama y le observa... con el ojo derecho, el izquierdo le falta.

Krabat sigue corriendo, se tropieza con las raíces de un árbol, se cae en una acequia. Apenas se asombra cuando, al amanecer, se encuentra por tercera vez delante del molino.

En la casa todo está en silencio a esas horas, solo Juro anda por la cocina, está atareado con el horno. Krabat le oye y entra.

—Tenías razón, Juro: no se puede escapar de aquí.

Juro le da de beber, luego dice:

—Primero deberías lavarte, Krabat.

Le ayuda a quitarse la camisa, mojada, manchada de sangre y de tierra, le llena un barreño de agua y luego dice (lo dice seriamente y sin su habitual risita estúpida):

—Lo que no has conseguido tú solo, Krabat..., quizá se podría conseguir si te acompañara alguien. ¿Quieres que lo intentemos juntos la próxima vez?

Krabat se despertó con el ruido que hicieron los ayudantes del molinero cuando subieron las escaleras y se fueron a la cama. Notó aún claramente el sabor de la salchicha en los labios: no podía haber dormido mucho tiempo, aunque hubieran sido dos los días y las noches que habían pasado en el sueño.

Al día siguiente por la mañana temprano tuvo ocasión de estar unos instantes a solas con Juro.

—He soñado contigo —dijo Krabat—. En el sueño me propusiste una cosa.

—¿Yo? —dijo Juro—. Seguro que era una estupidez, Krabat. ¡Será mejor que no le des la más mínima importancia!

El de la pluma de gallo

El molino de Koselbruch tenía siete juegos de muelas de molino. Seis de ellos se utilizaban constantemente, el séptimo no se utilizaba nunca; por eso le llamaban el «juego muerto». Se encontraba en la parte trasera del molino. Al principio Krabat opinaba que debía de estar rota la espiga de una rueda dentada, trabado al árbol motor o debía de estar dañada alguna otra cosa del mecanismo... pero una mañana mientras barría descubrió que en las tablas del suelo que había por debajo de la salida del juego de muelas muerto había un poco de harina. Cuando se acercó a mirar vio que también en el cajón donde caía lo molido había restos de harina reciente, como si no lo hubieran sacudido a fondo después de terminar el trabajo.

¿Habían molido la noche anterior en el juego de muelas muerto? Pues entonces tenía que haber sido a escondidas mientras todos dormían. ¿O no todos habían dormido aquella noche tan profunda e imperturbablemente como el muchacho?

Se dio cuenta de que los ayudantes del molinero habían aparecido aquella mañana a desayunar con mal color, con ojeras, y alguno bostezando furtivamente; aquello ahora le pareció bastante sospechoso.

Movido por la curiosidad subió los escalones de madera que conducían hasta la plataforma desde la que la molienda se vuelca a sacos en el vertedor, que tiene forma de embudo y desde el que luego, pasando por la punta del sacudidor, va pasando entre las muelas. Al volcarla nunca se puede evitar que algunos granos caigan a un lado..., solo que, en contra de lo que Krabat esperaba, no había grano. Lo que había allí esparcido por la plataforma y que a primera vista parecían guijarros resultaron ser, al mirar por segunda vez, dientes..., dientes y esquirlas de huesos.

El muchacho se quedó horrorizado, quiso gritar y no pudo emitir ni un solo sonido.

De repente Tonda estaba detrás de él. Krabat no debía haberle oído. Entonces cogió de la mano al muchacho.

—¿Qué es lo que estás buscando ahí arriba, Krabat? Baja antes de que el maestro te descubra... y olvídate de lo que has visto aquí. ¿Me oyes, Krabat? ¡Olvídalo!

Luego le llevó escaleras abajo y apenas el joven sintió bajo sus pies el entarimado del cuarto de la molienda se borró de su memoria todo lo que había vivido aquella mañana.

En la segunda mitad del mes de febrero hubo fuertes heladas.

Todas las mañanas tenían que quitar con el pico el hielo que había delante de la presa. Por la noche, cuando la rueda del molino estaba parada, el agua se congelaba en los canales de las paletas formando gruesas costras: estas también había que arrancarlas a golpes antes de poner en marcha el mecanismo.

Lo más peligroso eran los témpanos que iban corriendo por el saetín. Para evitar que la rueda del molino se quedara inmovilizada, dos muchachos se tenían que subir a ella cada cierto tiempo y quitarle el hielo con picos: un trabajo que nadie se desvivía por hacer. Tonda cuidaba rigurosamente de que nadie escurriera el bulto. Sin embargo, cuando le tocó el turno a Krabat se subió él mismo al saetín, porque eso, según decía, no era para el muchacho, pues podía lastimarse.

Los demás estuvieron de acuerdo, el único que refunfuñó, como siempre, fue Kito, y Lyschko declaró:

—Cualquiera puede lastimarse si no pone cuidado.

Fuera casualidad o no, el caso es que en ese momento pasó por allí el tonto de Juro, que llevaba en cada mano un cubo de comida para los cerdos; al llegar a la altura de Lyschko dio un traspiés y le puso completamente perdido de bazofia, Lyschko empezó a maldecir, y Juro afirmó desesperado que se daría de bofetadas por haberle ocurrido aquel percance.

—Cuando me imagino —dijo— cómo vas a apestar durante los próximos días... y yo tengo la culpa... ¡Ay, ay, ay, ay, Lyschko, ay, ay, ay,

ay! No te enfades conmigo, te lo pido mil veces, ¡también lo siento por los pobres cerditos!

Krabat ahora salía a menudo con Tonda y otros muchachos a talar madera al bosque. Cuando, por la mañana, muy arropados, iban sentados en el trineo, con la sémola en el estómago y las gorras de piel bien caladas en la frente, él se sentía tan a gusto, a pesar del frío, que llegaba a pensar que ni siquiera un osezo podía sentirse mejor.

A los árboles que talaban les cortaban allí mismo las ramas, les quitaban la corteza, los cortaban dejándoles el largo apropiado y los apilaban, muy sueltos, separando con traviesas cada capa para que pudieran airearse bien antes de llevarlos el invierno siguiente al molino para convertirlos en vigas o hacer de ellos tablas y tablones.

Así fueron pasando las semanas sin que en la vida de Krabat se produjeran grandes novedades. Algunas de las cosas que ocurrían a su alrededor le daban qué pensar. Era extraño, entre otras cosas, que nunca hubiera molenderos en el molino. ¿Sería que los campesinos de los alrededores evitaban el molino? A pesar de ello los juegos de muelas estaban en funcionamiento todos los días, se volcaba grano en el vertedor, se molía cebada y avena y alforfón.

¿Acaso sería que la harina y el grano molido que pasaba durante el día de los cajones a los costales se transformaban por la noche nuevamente en cereales? Krabat lo consideraba bastante posible.

A finales de la primera semana de marzo el tiempo cambió de repente. Se levantó viento del oeste, llenó el cielo de grises nubarrones.

—Va a haber nieve —gruñó Kito—, lo siento en los huesos.

Y realmente nevió un poco, unos copos espesos, acuosos; luego se mezclaron con las primeras gotas, la nieve pasó a ser lluvia, que siguió cayendo sin interrupción.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Andrusch a Kito—. Deberías cogerte una rana verde, ya no se puede confiar en tus huesos.

¡Qué tiempo tan horrible hacía! Entre los chaparrones que azotaban con la tormenta y, luego, la nieve y el hielo que se derretían, el estanque del molino creció de una forma amenazadora. Tuvieron que salir en mitad de la lluvia para reforzar la presa, apuntalándola con postes.

¿Aguantaría la presa la riada?

«Como esto siga así —pensó Krabat—, en menos de tres días nos vamos a ahogar con molino y todo».

La tarde del sexto día dejó de llover, la capa de nubes se deshizo, luego el negro y chorreante bosque se encendió bajo los rayos del sol crepuscular.

La noche siguiente Krabat se sobresaltó con un sueño: se había declarado un incendio en el molino. Los ayudantes del molinero se levantaron rápidamente de sus jergones de paja, bajaron corriendo las escaleras haciendo mucho ruido; pero él, Krabat, yacía en su catre como si fuera un tronco de madera, incapaz de moverse del sitio.

Las llamas ya crepitaban en la armadura del tejado, ya le llegaban las primeras chispas a la cara..., entonces se levantó sobresaltado y gritó.

Se frotó los ojos, bostezó, miró a su alrededor. Entonces..., de repente se quedó perplejo, no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Dónde estaban los ayudantes del molinero?

Los jergones de paja vacíos y abandonados..., abandonados a toda prisa, por lo que parecía: mantas retiradas apresuradamente, sábanas completamente arrugadas. Aquí una chaqueta de lana en el suelo, allí una gorra, un pañuelo de cuello, un cinturón..., todo claramente visible por el reflejo de una palpitante luz roja que entraba por el tragaluz.

¿Sería verdad que había fuego en el molino?

Krabat, que de repente se había despertado por completo, abrió bruscamente la ventana. Al asomarse vio que en la explanada de delante del molino había un carruaje, muy cargado, con un toldo tirante, ennegrecido por la lluvia, seis corceles de tiro, negros como la pez los seis. En el pescante estaba sentado alguien con el cuello del abrigo alzado, también él negro como la noche. Solo la pluma de gallo que llevaba en el sombrero..., la pluma era clara y roja. Cual si fuera una llama flameaba al viento, ora elevándose como una lengua de fuego, impulsiva y estridente, ora humillándose como si fuera a extinguirse. Su brillo bastaba para sumir la explanada en una trémula luz.

Los muchachos del molino iban y venían rápidamente de la casa al carruaje entoldado, descargaban costales, los cargaban hasta el cuarto de la molienda, volvían de nuevo corriendo. Todo aquello transcurría en silencio,

con una rapidez febril. Ninguna voz, ninguna imprecación, solo el jadeo de los mozos del molinero... y de cuando en cuando el cochero hacía restallar el látigo, tan cerca de sus cabezas que podían sentir la ráfaga de aire: aquello servía de estímulo para redoblar el empeño.

De empeño daba muestras incluso el maestro. Él, que normalmente nunca echaba una mano en el molino, que nunca movía un dedo, aquella noche estaba trabajando también. Se mataba a trabajar como los otros, igual que si le fuera la vida en ello.

En medio de la faena abandonó una vez brevemente el trabajo y desapareció en la oscuridad..., no para tomar aliento como Krabat había sospechado, sino que subió corriendo al estanque del molino, y después de quitar los postes que servían de sostén, levantó la esclusa.

El agua se disparó hacia el caz, pasó por él espumeando y la avenida se derramó con un fuerte golpe sobre el saetín. Con un quejido la rueda empezó a girar; pasó un rato hasta que se puso en marcha, luego siguió girando con mucha viveza. Los juegos de muelas hubieran debido ponerse entonces en marcha con un sordo estruendo, pero solo funcionó uno de ellos... y aun ese haciendo un ruido que para el muchacho era desconocido. Parecía venir del rincón más apartado del molino, un estrepitoso ruido áspero y ronco, acompañado de un horrible chirrido que de pronto se transformó en un aullido hueco que martirizaba los oídos.

Krabat se acordó del «juego muerto», sintió cómo en la espalda se le ponía la carne de gallina.

Entretanto abajo el trabajo había continuado. Habían descargado el carruaje entoldado, luego los mozos del molino habían tenido un rato de descanso..., pero no muy largo, pues enseguida empezó de nuevo el ajeteo, si bien ahora había que cargar los costales desde la casa hasta el carruaje. Cualquiera que fuera antes su contenido, ahora se devolvía molido.

Krabat quiso contar los costales, pero se quedó medio dormido al hacerlo. Con el primer canto del gallo le despertó el traqueteo de las ruedas del carruaje. El extraño, eso aún pudo verlo, se marchó de allí, haciendo restallar el látigo, por los mojados prados, hacia el bosque... y cosa extraña: el carruaje entoldado, tan cargado como iba, no dejaba ninguna huella sobre la hierba.

Un momento después cerraron la esclusa, la rueda del molino se paró. Krabat se deslizó rápidamente hacia su sitio y se echó la manta por encima de la cabeza. Los mozos del molinero subieron las escaleras tropezando, cansados y derrengados. Sin decir una sola palabra se metieron en sus lechos, solo Kito murmuró algo así como «malditas sean tres veces las noches de luna nueva y de trabajo infernal».

A la mañana siguiente Krabat apenas pudo levantarse del jergón de paja de lo cansado que estaba, le zumbaba la cabeza y tenía una sensación de debilidad en el estómago. Durante el desayuno estuvo observando a los ayudantes del molinero: tenían un aspecto soñoliento y taciturno. Hoscos, se tragaban de mala gana su sémola. Ni siquiera Andrusch estaba para bromas; miraba hosco y ceñudo la cuchara y no decía ni palabra.

Después del desayuno, Tonda cogió al muchacho aparte.

—¿Has tenido una mala noche?

—Según se mire —dijo Krabat—. Yo no he tenido que matarme a trabajar, yo solo os he mirado. ¡Pero anda que vosotros!... ¿Por qué no me avisasteis cuando llegó el extraño? Queríais ocultármelo, ¿no?... Como tantas otras cosas que ocurren en el molino de las que no debo enterarme, ¿no? Solo que no estoy ciego, ni sordo..., ni he perdido la chaveta, ¡por supuesto que no!

—Nadie ha dicho eso —repuso Tonda.

—¡Pero hacéis como si así fuera! —exclamó Krabat—. ¡Estáis jugando a la gallinita ciega conmigo!... ¿Por qué no lo dejáis ya de una vez?

—Todo a su debido tiempo —dijo tranquilamente Tonda—. Pronto sabrás qué es lo que sucede con el maestro y este molino. El día y la hora están más próximos de lo que tú supones: hasta entonces ten paciencia.

¡Hale! ¡A la barra!

Viernes Santo, a media tarde, sobre Koselbruch se cernía una luna pálida y arrogante. Los mozos del molino estaban reunidos en el cuarto de los criados, Krabat yacía cansado en su catre y quería dormir. Aquel día también habían tenido que trabajar. ¡Qué bien que por fin se hubiera hecho de noche y pudiera descansar!...

De pronto oyó que gritaban su nombre, como aquella vez en sueños, en la herrería de Petershain, solo que aquella voz, aquella voz ronca que parecía venir por los aires, ya no le resultaba desconocida.

Se incorporó y aguzó el oído, llamaron por segunda vez:

—¡Krabat!

Entonces cogió su ropa y se vistió.

Cuando estuvo listo el maestro le llamó por tercera vez.

Krabat se apresuró, anduvo a tientas hasta la puerta de la buhardilla, abrió. Le llegó luz de abajo, oyó voces en el zaguán, taconeos de zuecos. Su puso intranquilo, vaciló, mantuvo la respiración, pero luego cobró ánimos, y, corriendo, bajó los peldaños de tres en tres.

Al fondo del zaguán estaban los once oficiales. La puerta de la cámara negra estaba abierta, el maestro estaba sentado tras la mesa. Como aquella vez cuando Krabat llegó tenía ante sí el grueso libro forrado en cuero; tampoco faltaba la calavera con la vela roja encendida; lo único era que el maestro ahora ya no tenía pálido el rostro, eso entretanto había cambiado hacía ya tiempo.

—¡Acércate, Krabat!

El muchacho avanzó hasta el umbral de la cámara negra. Ya no estaba cansado, tampoco sentía ya sopor en la cabeza ni palpitaciones.

Durante un rato el maestro le estuvo observando, luego levantó la mano izquierda y se volvió hacia los oficiales, que estaban en el zaguán.

—¡Hale! ¡A la barra!

Graznando y aleteando, once cuervos atravesaron volando la puerta de la cámara dejando a un lado a Kramat. Cuando se volvió para mirar, los ayudantes del molinero habían desaparecido. Los cuervos se posaron en una barra en el ángulo posterior izquierdo de la habitación y se quedaron mirando.

El maestro se levantó, su sombra cayó sobre el muchacho.

—Ya hace tres meses —dijo— que estás en el molino, Kramat. Has superado el período de prueba, ya no eres un vulgar aprendiz: de ahora en adelante serás mi alumno.

Dicho aquello se acercó a Kramat y le tocó el hombro izquierdo con su mano izquierda. Un estremecimiento sacudió a Kramat, sintió cómo empezaba a reducirse: su cuerpo se fue haciendo más y más pequeño, le salieron plumas de cuervo, un pico y unas garras. Acurrucado en el umbral a los pies del maestro, no se atrevía a levantar la mirada.

El molinero le estuvo mirando un buen rato, luego dio unas palmadas y exclamó:

—¡Hale!

Kramat, el cuervo Kramat, desplegó obediente las alas y echó a volar. Aleteando torpemente atravesó la cámara, revoloteó sobre la mesa, rozando el libro y la calavera. Luego se posó junto a los demás cuervos y se agarró fuerte a la barra.

El maestro le instruyó:

—Debes saber, Kramat, que estás en una escuela negra. Aquí no se aprende a leer ni a escribir ni a hacer cuentas: aquí se aprende el arte de las artes. El libro que está atado con una cadena delante de mí aquí encima de la mesa es el *Grimorio*, la fuerza infernal. Como ves, sus páginas son negras, la escritura es blanca. Contiene todas las fórmulas mágicas del mundo. Solo yo puedo leerlo, porque soy el maestro. A vosotros, sin embargo, a ti y a los demás alumnos os está prohibido leerlo. ¡Recuérdalo bien! ¡Y no intentes engañarme, eso te costaría muy caro! ¿Me has entendido, Kramat?

—Entendido —graznó el muchacho, sorprendido de poder hablar; con voz estridente, es cierto, pero con claridad, y sin que le costara el más mínimo esfuerzo.

Krabat ya había oído algún rumor sobre aquellas escuelas negras. Según se decía, había varias de ellas en Lusacia; pero él siempre lo había tomado por uno de esos cuentos de miedo que se cuentan en los cuartos de costura mientras se hila o se desbarban plumas. Y ahora resultaba que él mismo había ido a parar a una de esas escuelas, aunque se tuviera por un molino; sin embargo, parecía ser que al menos en el entorno inmediato se había corrido la voz de que allí había gato encerrado: ¿qué otra cosa, si no, había mantenido a la gente alejada de Koselbruch?

El muchacho ya no tuvo más tiempo para ocuparse de ello. El maestro se había vuelto a sentar tras la mesa y empezó a leer en voz alta un capítulo del *Grimorio*: lentamente, en un tono cadencioso, al ritmo del cual movía las caderas adelante y atrás, adelante y atrás.

—«Este es el arte de secar un pozo para que de un día para otro no dé agua —leyó en voz alta—. En primer lugar provéete de cuatro estacas de madera de abedul secadas en una estufa, de tres pies y medio de largo, de un buen pulgar de grueso y afiladas por su extremo inferior en forma triangular; en segundo lugar, pon las citadas estacas en el pozo por la noche entre las doce y la una, clavando cada una de ellas a una distancia de siete pies del centro del pozo, cada una en uno de los puntos cardinales, empezando por el norte y terminando por el oeste; en tercer y último lugar, después de haber efectuado todo esto en silencio, da tres vueltas al pozo andando y pronunciando lo que aquí está escrito».

A continuación siguió, leída en voz alta por el maestro, la fórmula mágica: una serie de palabras incomprensibles, eufónicas todas ellas y no obstante en un oscuro tono concomitante evocador de desgracias que aún le resonó al muchacho en los oídos durante mucho tiempo, incluso cuando el maestro empezó otra vez de nuevo después de una breve pausa.

—«Este es el arte de secar un pozo»...

Tres veces leyó en voz alta el texto y la fórmula mágica al completo, siempre con el mismo soniquete, moviendo cadenciosamente las caderas adelante y atrás. Después de la tercera vez cerró el libro.

Durante un rato permaneció en silencio, luego se dirigió hacia los cuervos.

—Os he enseñado —dijo, de nuevo con su voz habitual— una parte más de las Artes Ocultas; oigamos qué es lo que recordáis de ello. ¡Tú!... ¡Empieza!

Señaló con el dedo a uno de los cuervos y le ordenó que repitiera el texto y la fórmula mágica.

—«Este es el arte... de secar un pozo para que... de un día para otro no dé agua...».

El molinero iba señalando ora un cuervo, ora otro y les preguntaba. Aun cuando no llamó a ninguno de los doce por su nombre, por la manera de hablar, el joven pudo distinguir a unos de otros; Tonda, incluso siendo cuervo, hablaba sosegada y reflexivamente, Kito con un inequívoco tono de desgana en la voz, y Andrusch con el pico era igual de ágil que con la lengua, mientras que a Juro le costaba mucho trabajo repetir y se atascaba a menudo. En suma, no hubo nadie en toda la bandada cuya voz Krabat no reconociera de inmediato.

«Este es el arte de secar un pozo...».

Una y otra vez el texto de la fuerza infernal con la fórmula mágica: ora de corrido, ora tartamudeando, por quinta, por novena, por undécima vez.

—¡Y ahora tú! —dijo el maestro dirigiéndose al muchacho.

Krabat empezó a temblar, balbució:

—«Este es el arte..., es el arte..., de secar..., un pozo...».

Ahí se interrumpió y enmudeció. No supo seguir por más que lo intentó. ¿Le castigaría el maestro?

El maestro permaneció tranquilo.

—La próxima vez, Krabat, deberías prestar más atención a las palabras que a las voces —dijo—. Por lo demás, debes saber que en esta escuela nadie está obligado a aprender. Si aprendes lo que yo leo del *Grimorio* en voz alta, será en beneficio tuyo, si no lo haces eres tú mismo el que te perjudicas, recuérdalo bien.

Con ello dio por concluida la lección, la puerta se abrió, los cuervos salieron volando. En el zaguán cobraron figura humana. También Krabat, no supo cómo ni por quién, fue devuelto a su forma normal... y mientras

subía por las escaleras de la buhardilla detrás de los discípulos del molinero se sintió como si acabara de tener un confuso sueño.

La marca de la Hermandad Secreta

Al día siguiente, sábado de Gloria, los mozos del molino no tuvieron que trabajar, lo que la mayoría de ellos aprovecharon para volver a acostarse después de desayunar.

—También tú —le dijo Tonda a Krabat— deberías subir a dormir para tener reservas.

—¿Para tener reservas? ¿Y eso por qué?

—Ya te enterarás. Ahora acuéstate e intenta dormir todo lo que puedas.

—Está bien —rezongó Krabat—, ya voy... Y perdona que haya preguntado...

En la buhardilla alguien había tapado el tragaluz con una tela, aquello estaba bien porque así se dormía uno antes. Krabat se echó sobre el lado derecho, de espaldas al tragaluz, la cabeza escondida entre los brazos. En esta postura estuvo durmiendo hasta que fue a despertarle Juro.

—¡Levántate, Krabat, la comida está en la mesa!

—¡Cómo!... ¿Ya es mediodía?

Juro retiró la tela del tragaluz riéndose.

—¡El mediodía está lejos! —exclamó—. ¡Ahí fuera pronto empezará a ponerse el sol!

Aquel día los mozos del molino tuvieron almuerzo y cena en una sola comida, especialmente copiosa y abundante, casi un festín.

—¡Saciaos, saciaos cuanto podáis! —les exhortó Tonda—. ¡Ya sabéis que os tiene que durar para mucho!

Después de la comida, al entrar ya la noche de Pascua, el maestro fue a verlos al cuarto de los criados y envió a los muchachos afuera, a que fueran a «buscar la marca».

Hicieron un corro en torno a él, luego empezó a contarlos, como hacen los niños cuando echan a suertes a ver a quién le toca quedarse cuando van a jugar al escondite. Con palabras que sonaban extrañas y amenazadoras el maestro empezó a contar de nuevo. Aquella vez fueron Merten y Hanzo los que tuvieron que irse, luego Lyschko y Petar..., al final solo quedaron Krabat y Tonda.

El maestro repitió por última vez aquellas oscuras palabras, lenta y solemnemente; luego los despidió con un ademán y se marchó.

Tonda le indicó a Krabat que le siguiera. En silencio, también ellos abandonaron el molino, en silencio, caminaron juntos hasta la leñera.

—¡Espera aquí un momento!

Tonda sacó dos mantas de lana del cobertizo. Una de ellas se la dio a Krabat, luego emprendieron el camino hacia Schwarzkollm, dejando a un lado el estanque del molino, atravesando la parte delantera de Koselbruch.

Cuando llegaron al bosque ya era noche cerrada. Krabat se esforzó por seguir a Tonda muy de cerca. Se acordó de que ya había pasado por ese camino en una ocasión, en sentido contrario, él solo, en invierno. ¿Y no habían pasado más que tres meses desde entonces? ¡Increíble!

—Schwarzkollm —dijo Tonda pasado un rato.

Vieron brillar las luces del pueblo entre los troncos de los árboles; a partir de entonces se mantuvieron, sin embargo, a la derecha del mismo, en campo abierto. El sendero ahora era arenoso y árido, dejaba a un lado algún que otro árbol mezquino, cruzaba matorrales y breñales. El cielo allí fuera era grande y ancho, lleno de resplandores de estrellas.

—¿Adónde vamos? —Quiso saber Krabat.

—A la Cruz del Crimen —dijo el oficial mayor.

Poco después advirtieron en la campiña el resplandor de un fuego que ardía en el fondo de un hoyo hecho en la arena. ¿Quién lo habría encendido?

«Pastores —se dijo Krabat—, seguro que no han sido, en esta época tan temprana del año; más bien habrán sido gitanos o algún calderero ambulante con todos sus trastos».

Tonda se había detenido.

—Se nos han adelantado en la Cruz del Crimen. Vayamos a la Muerte de Bäümel.

Sin dar ni una sola explicación se dio media vuelta. Tuvieron que desandar a buen paso el sendero por el que habían ido hasta el bosque, allí torcieron a la derecha por un camino vecinal que los llevó por las afueras de Schwarzkollm y terminaba más allá de la localidad en una carretera que conducía al límite opuesto del bosque.

—Llegaremos enseguida —dijo Tonda.

La luna, entretanto, había salido y los alumbraba. Siguieron por la carretera hasta el siguiente cruce, donde, a la sombra de los pinos silvestres, se encontraba una cruz de madera de la altura de un hombre, ya muy desgastada por el paso del tiempo, sin inscripciones ni adornos.

—La Muerte de Bäümel —dijo Tonda—. Hace muchos años perdió aquí la vida un hombre que se llamaba Bäümel: talando árboles, según se dice, pero hoy ya nadie lo sabe con exactitud.

—¿Y nosotros? —preguntó Krabat—. ¿Por qué estamos aquí?

—Porque el maestro así lo exige —dijo Tonda—. Nosotros, todos nosotros, tenemos que pasar la víspera de Pascua al raso, de dos en dos, en un lugar en el que alguien haya encontrado violentamente la muerte.

—¿Y ahora qué hacemos? —siguió preguntando Krabat.

—Encenderemos fuego —dijo Tonda—. Luego velaremos al pie de la cruz hasta que empiece a clarear y al amanecer nos administraremos la marca el uno al otro.

Mantuvieron el fuego bajo a propósito para no llamar la atención en Schwarzkollm. Cada uno envuelto en su manta, estaban allí sentados velando al pie de la cruz de madera. De cuando en cuando Tonda le preguntaba al muchacho si no tenía frío, o le ordenaba que echara al fuego un par de ramas secas de las que habían cogido en la linde del bosque. Más tarde fue enmudeciendo más y más; Krabat entonces intentó entablar por su cuenta una conversación.

—Oye..., Tonda.

—¿Qué pasa?

—¿Siempre se hace así en la Escuela Negra? ¿El maestro lee en voz alta un pasaje del *Grimorio* y luego dice: «vamos a ver qué es lo que has

retenido en la cabeza»?

—Sí —dijo Tonda.

—No me puedo imaginar que así aprenda uno a hacer magia.

—Pues sí —dijo Tonda.

—¿Habré enojado al maestro por no haber estado atento?

—No —dijo Tonda.

—En el futuro haré un esfuerzo y tendré cuidado de retenerlo todo en la memoria. ¿Crees que lo conseguiré?

—Sí —dijo Tonda.

No parecía estar demasiado ansioso por charlar con Krabat. Con la espalda apoyada en la cruz, estaba allí sentado erguido, sin moverse, la mirada perdida en la lejanía, más allá del pueblo, en la campiña iluminada por la clara luz de la luna. A partir de aquel momento ya no dijo absolutamente nada más. Cuando Krabat le llamó en voz baja por su nombre no le respondió: un muerto no hubiera podido guardar un silencio más profundo, no hubiera podido tener la mirada tan perdida.

Pasado un tiempo al muchacho le resultó inquietante el comportamiento de Tonda. Recordaba haber oído que había gente que dominaba el arte de «irse de sí mismo», saliéndose de su cuerpo como una mariposa de su crisálida y abandonándolo como si fuera una cápsula vacía, mientras su verdadero Yo seguía su camino, invisible, persiguiendo por senderos secretos una secreta meta. ¿Se habría ido de sí mismo Tonda? ¿Sería posible que estuviera sentado allí junto al fuego pero estuviera realmente en cualquier otro sitio?

—Debo permanecer despierto —se propuso Krabat.

Se apoyaba ora sobre el codo derecho, ora sobre el izquierdo; procuró que el fuego siguiera ardiendo uniformemente; se ocupó de las ramas, las cortó en trozos manejables y los apiló en artísticos montoncitos. Así fueron transcurriendo las horas. Las estrellas siguieron su curso por el firmamento, las sombras de las casas y de los árboles se fueron desplazando bajo la luz de la luna transformando lentamente su figura.

De repente pareció que Tonda volvía a cobrar vida. Inclinandose hacia donde estaba Krabat señaló el astro lunar.

—Las campanas... ¿Lo oyes?

Desde el Jueves Santo las campanas habían permanecido mudas; ahora en la mitad de la víspera de Pascua empezaron de nuevo a sonar por todas partes. De las iglesias de los pueblos vecinos llegaban sus tañidos hasta Schwarzkollm: ciertamente muy apagados, apenas un oscuro fragor, el zumbido de un enjambre de abejas... y sin embargo llenaban la campiña y llenaban el pueblo y los campos y los prados hasta la más lejana cadena de colinas.

Casi al mismo tiempo que las lejanas campanas empezó a cantar en Schwarzkollm una voz de muchacha, que cantaba jubilosa una antigua canción de Pascua. Krabat la conocía, él mismo la había cantado en la iglesia cuando era niño, pero para él era como si aquel día la estuviera oyendo por primera vez.

*¡Jesucristo
ha resucitado!
¡Aleluya,
aleluya!*

Entonces entraron las voces de un grupo de doce o quince muchachas que cantaron a coro la estrofa hasta el final. Luego la primera muchacha entonó la siguiente... y así siguieron cantando, alternándose la primera con las demás, estrofa tras estrofa.

Krabat conocía aquello de haberlo visto en su tierra. En la víspera de Pascua las muchachas solían recorrer la calle del pueblo de arriba abajo cantando, desde medianoche hasta el alba. Iban de tres en tres y de cuatro en cuatro en filas muy apretadas, y una de ellas —eso lo sabía él bien— era la cantora, esta, la de la voz más bella y más pura de todas, iba en la primera fila y era la única que podía entonar el canto.

Las campanas tañían a lo lejos, las muchachas cantaban, y Krabat, sentado junto al fuego a los pies de la cruz de madera, apenas se atrevía a respirar. Solo escuchaba..., escuchaba lo que venía del pueblo y lo escuchaba como si estuviese hechizado.

Tonda echó una rama a la lumbre.

—Yo amaba a una muchacha —dijo—. Worschula se llamaba. Ahora hace ya medio año que yace en el cementerio de Seidewinkel. No le traje suerte... Debes saber que ninguno de los que estamos en el molino les traemos suerte a las muchachas. Yo no sé a qué se debe, y tampoco quiero asustarte; pero si alguna vez amaras a una muchacha, Krabat, no dejes que te lo noten. Procura que el maestro no se entere de ello... ni Lyschko tampoco, que siempre se lo cuenta todo.

—¿Tienen el maestro y Lyschko algo que ver con que se muriera tu muchacha? —preguntó Krabat.

—No lo sé —dijo Tonda—. Lo único que sé es que Worschula aún seguiría con vida si yo me hubiera guardado para mí su nombre. Eso lo supe cuando ya era demasiado tarde. Pero tú, Krabat..., tú ahora lo sabes, y lo sabes a tiempo: ¡si alguna vez tienes una muchacha, no reveles su nombre en el molino! No dejes que nadie te lo sonsaque por nada del mundo. ¡Nadie!, ¿me oyes? Ni despierto ni dormido..., para que no haga que caiga la desgracia sobre vosotros.

—Pierde cuidado —dijo Krabat—. A mí las muchachas no me interesan y no creo que eso vaya a cambiar.

Al amanecer enmudecieron las campanas y el canto en el pueblo. Tonda cortó con su cuchillo dos astillas de la cruz, las metieron en la lumbre y dejaron que sus puntas se carbonizaran.

—Sabrás lo que es un pentágono, ¿no? —preguntó Tonda.

—No —dijo Krabat.

—¡Mira!

Con la punta del dedo Tonda dibujó una figura en la arena: una estrella de cinco puntas, formada por el mismo número de líneas rectas, cada una de las cuales se cruzaba con otras dos, de tal forma que se podía dibujar la estrella entera de un solo trazo.

—Esta es la marca —dijo Tonda—. ¡Intenta dibujar una igual!

—No puede ser muy difícil —opinó el muchacho—. Primero has hecho así... y luego así... y luego así...

A la tercera vez consiguió dibujar la estrella en la arena sin ningún fallo.

—Bien —dijo Tonda poniéndole en la mano una de las dos astillas—. Arrodíllate junto al fuego y, por encima de la lumbre, dibújame la marca en

la frente. Yo te iré apuntando palabra por palabra todo lo que tienes que decir...

Krabat hizo lo que el oficial mayor le había mandado. Mientras los dos se tiznaban recíprocamente la estrella en la frente Krabat fue repitiendo lentamente lo que el otro decía:

*«Te signo, hermano,
Con carbón de la cruz de madera,
Te signo
Con la marca de la Hermandad Secreta».*

Luego se intercambiaron el beso de Pascua en la mejilla izquierda, cubrieron la hoguera con arena, dispersaron la madera que quedaba y emprendieron el camino de regreso a casa.

Tonda tomó nuevamente el sendero que atravesaba los campos por las afueras del pueblo y conducía hasta el bosque, cubierto por el velo de la niebla matinal... Entonces aparecieron ante ellos los contornos de unas figuras imprecisas en aquella luz temprana. Silenciosamente, en una larga fila, les venían al encuentro las muchachas del pueblo: pañuelos negros sobre la cabeza y los hombros, cada una de ellas con un cántaro de barro.

—Ven —le dijo Tonda a Krabat en voz baja—, vienen de recoger el agua de Pascua, no las asustemos...

Se agazaparon a la sombra del seto más próximo y dejaron pasar a las muchachas.

El agua de Pascua, bien lo sabía el muchacho, había que cogerla en silencio de una fuente la mañana de Pascua antes de salir el sol y había que llevarla a casa en silencio. Lavándose con ella se aseguraban belleza y felicidad para todo el año..., al menos eso decían las muchachas.

Y, además, si llevaban el agua de Pascua hasta el pueblo sin desviar la mirada, podrían encontrar a su futuro amado: eso también lo decían las muchachas... y quién sabe hasta qué punto era cierto.

Recuerda que el maestro soy yo

El maestro había colocado un yugo de bueyes ante la puerta, abierta, de la casa, a la altura de los hombros, con ambos extremos clavados al marco de la puerta. Cuando los muchachos regresaban tenían que pasar de uno en uno por debajo diciendo las siguientes palabras:

«Me inclino bajo el yugo de la Hermandad Secreta».

En el zaguán les estaba esperando el maestro. Le daba una bofetada a cada uno en la mejilla derecha, al tiempo que exclamaba: «Recuerda que el maestro soy yo».

Cada muchacho debía hacer tres profundas reverencias ante el maestro y prometerle solemnemente: «Oh, maestro, te obedeceré en todo, ahora y por siempre jamás».

También Tonda y Krabat fueron recibidos de aquella manera. Aún no sospechaba el muchacho que de allí en adelante quedaba a merced del maestro, quedaba en sus manos en cuerpo y alma, hasta la muerte, por entero. Se reunió con los demás mozos del molino, que estaban en el fondo del pasillo y parecían esperar la sémola de la mañana; todos ellos, como Tonda y él, con el dibujo en la frente.

Aún faltaban Petar y Lyschko.

También ellos aparecieron pronto ante la puerta de la casa, y después de haberse inclinado bajo el yugo, de haber recibido la bofetada y de haber hecho la promesa solemne, el molino se puso en marcha con gran ruido y alboroto.

—¡Venga! —les gritó el maestro a los muchachos—. ¡A trabajar!

Los ayudantes del molinero tiraron entonces al suelo sus chaquetas; arremangándose la camisa sobre la marcha se fueron corriendo al cuarto de la molienda, acarrearón grano hasta allí y empezaron a molerlo, al ritmo

que les marcaba el maestro a base de gritos y de impacientes gestos con las manos.

«¡Y a esto —pensó Krabat—, le llaman Domingo de Resurrección! No hemos dormido en toda la noche, no hemos desayunado ¡y tenemos que trabajar por tres!».

Al cabo de un cierto tiempo hasta el propio Tonda se quedó sin respiración y empezó a sudar. Aquella mañana tuvieron que sudar todos, el sudor les corría por la frente y por las sienes, les corría por el cogote, les bajaba a chorros por la espalda de tal forma que la camisa y los pantalones se les quedaban pegados al cuerpo.

«¿Cuánto tiempo va a seguir esto así?», se preguntó Krabat.

Por donde quiera que mire hay rostros de saña. Todos jadean y respiran con dificultad, todos están empapados y echan vaho. Y los dibujos que tienen sobre la frente se les van borrando cada vez más, se diluyen con el sudor, van desapareciendo poco a poco.

Entonces sucede algo inesperado.

Krabat, cargado con un costal de trigo, va subiendo penosamente los escalones de madera que conducen a la plataforma. Tiene que emplear todas sus fuerzas, toda su fuerza de voluntad. Está a punto de dar un traspié, de caerse incluso bajo la pesada carga..., cuando, de repente, se han pasado todas las fatigas: han desaparecido los calambres de las piernas, han cesado los dolores en los riñones, tampoco tiene ya dificultad alguna para respirar.

—¡Tonda! —exclama—. ¡Mira esto!

De un salto está en la plataforma, luego se descarga el costal del hombro, lo agarra por sus dos extremos y antes de vaciarlo en el sacudidor lo agita por los aires con gritos de «¡viva!» como si en vez de grano estuviera lleno de plumas.

Los mozos del molino parecen transformarse, alzan los brazos, se ríen, se golpean los muslos. Ni siquiera el propio Kito, siempre quejica, es una excepción.

Krabat quiere ir al granero a por otro costal.

—¡Alto! —exclama el oficial mayor—. ¡Para! ¡Ya está bien!

Filtran el trigo, luego Tonda detiene el mecanismo.

—¡Se acabó por hoy!

Un crujido, un tableteo final, la rueda del molino se para, se sacuden los cajones de la harina.

—¡Hermanos! —exclama Staschko—. ¡Vamos a celebrarlo!

De repente hay allí vino, en grandes jarras, y Juro lleva pastelillos de Pascua para acompañar: hechos con manteca de cerdo, de dorado color marrón y dulces, rellenos de leche cuajada o de compota de ciruela.

—¡Comed, hermanos, comed! ¡Y no olvidéis el vino!

Comen, beben, se cuidan bien. Más tarde, Andrusch empieza a cantar, en voz alta y muy alegre. Se tragan entonces sus pastelillos y los rocían con vino tinto. Luego se colocan en círculo, se cogen de los brazos y llevan el ritmo con los pies.

*¡El molinero estaba sentado
a la puerta del molino,
klabuster, klabaster,
klabumm!*

*¡Llegó un mozo muy fino,
klabuster, klabaster,
un mozo muy fino,
klabuster, klabaster,
klabumm!*

Lo de «klabuster-klabaster» lo cantaron los muchachos a coro, luego Hanko entonó la siguiente estrofa y así siguieron cantando cada uno cuando le tocaba el turno y bailando en círculo, ora hacia la izquierda, ora hacia la derecha, ora hacia el centro, ora hacia afuera.

Finalmente, como era natural dado que era el más joven, le tocó el turno a Krabat. Entonces cerró los ojos y cantó el final de la canción:

*¡Pero el mozo no era
un majadero,*

*klabuster, klabaster,
klabumm!*

*¡Le retorció el pescuezo
al molinero,
klabuster, klabaster,
al molinero,
klabuster, klabaster,
klabumm!*

Entonces dejaron de bailar y empezaron de nuevo a beber. Kubo, que normalmente era tan callado, se llevó aparte al muchacho, le dio palmadas en los hombros.

—Tienes una bonita voz, Krabat. Contigo se ha perdido un cantor.

—¿Conmigo? —preguntó Krabat y ahora que Kubo le había hablado de ello se había dado cuenta de lo que había ocurrido: que ahora podía volver a cantar, con una voz más grave, bien es cierto, pero firme y segura y sin aquel molesto picor en la garganta que le atormentaba desde principios del último invierno.

El Lunes de Pascua los ayudantes del molinero reanudaron su trabajo habitual. Seguían el ritmo de siempre, solo que Krabat ya no tenía que matarse trabajando como antes. Fuera lo que fuera lo que exigiera de él el maestro, ahora el joven podía hacerlo con gran facilidad. Los tiempos en los que noche tras noche caía en su catre medio muerto de agotamiento parecían haber quedado atrás.

Krabat agradeció el cambio. Podía imaginarse cómo había llegado a producirse. En la primera ocasión en que se encontró a solas con Tonda le habló de ello.

—Tienes razón —dijo Tonda—. Mientras aún llevábamos la marca en la frente tuvimos que trabajar como mulas, justo hasta que al último de nosotros se le borró con el sudor. A partir de ahora el trabajo nos resultará más fácil, en tanto lo hagamos desde por la mañana hasta por la tarde, a lo largo de todo el año.

—¿Y cuando no? —preguntó Krabat—. Quiero decir: ¿después de acabar la jornada?

—Entonces no —dijo Tonda—. Entonces tendremos que apanárnoslas por nosotros mismos. ¡Pero por eso puedes estar tranquilo, Krabat! Primero no es muy frecuente que tengamos que levantarnos de la cama por la noche y, segundo, eso se puede soportar.

De la víspera de Pascua y de la aflicción de Tonda por su muchacha no volvieron a hablar nunca más, ni siquiera mediante insinuaciones. Y sin embargo, Krabat creía saber dónde había estado Tonda cuando estaba sentado como muerto junto al fuego con la vista perdida en la lejanía. Cada vez que Krabat pensaba en la historia de Worschula se acordaba inmediatamente de la cantora, o más bien de su voz, tal como la había oído en aquella ocasión, procedente de Schwarzkollm, a medianoche. Eso le producía extrañeza, y hubiera querido olvidarlo, pero no podía.

Una vez a la semana, los viernes, los muchachos del molino se congregaban después de la cena ante la cámara negra, se transformaban en cuervos (también Krabat aprendió pronto a hacerlo) y se posaban en la barra. El maestro les leía cada vez un capítulo del *Grimorio*, tres veces de principio a fin, luego tenían que repetirlo, sin importar qué y cuánto habían memorizado: en esa cuestión el maestro no era meticuloso.

Krabat se esforzaba con ahínco en retener en la memoria todo lo que el maestro les enseñaba: a cambiar el tiempo gracias a un conjuro, a alejar el pedrisco, a afianzar y manejar balas embrujadas, a hacerse invisible, el arte de irse-de-sí-mismo, y todo lo que tocara. A lo largo del día durante el trabajo y por la noche antes de acostarse repetía incansable los textos y las fórmulas para memorizarlas bien.

Y es que entretanto Krabat había comprendido una cosa: el que estaba versado en el arte de las artes ganaba poder sobre otros seres humanos; y ganar poder —tanto como tenía el maestro, si no más— le parecía un alto objetivo; por eso aprendía y aprendía y aprendía.

Dos semanas después de Semana Santa, a los mozos del molino les sacaron una noche de la cama. El maestro estaba de pie en la puerta del dormitorio, con una luz en la mano.

—¡Hay trabajo, viene el compadre, moveos, moveos!

Krabat con las prisas no encontró sus zapatos, descalzo siguió corriendo a los otros, fuera del molino.

Había luna nueva, la noche era tan negra que los mozos del molino no veían lo que tenían delante de sus propias narices. En medio del barullo general alguien le pisó a Krabat los dedos del pie con sus zuecos.

—¡Eh! —exclamó el muchacho—. ¡Ten cuidado dónde pisas, camello!

Una mano entonces le tapó la boca.

—¡Ni una palabra más! —susurró Tonda.

El muchacho se dio cuenta de que ninguno de los otros había hablado desde que les habían despertado. Y siguieron sin decir nada durante el resto de la noche; Krabat hizo lo mismo.

Pudo imaginarse qué tipo de trabajo les esperaba. Pronto llegó a toda velocidad en su carruaje el extraño, con la flameante pluma de gallo en el sombrero. Los muchachos se precipitaron hacia el coche, descubrieron el toldo negro y empezaron a llevar los costales hasta la casa... al «juego muerto», en el rincón más alejado del cuarto de la molienda.

Todo era como hacía cuatro semanas, cuando Krabat había estado observando a los muchachos por el tragaluz, solo que el maestro en esta ocasión se subió al asiento del coche junto al extraño. Hoy era él el que hacía restallar el látigo: tan cerca de sus cabezas que los muchachos se encogían al sentir la ráfaga de aire.

Krabat ya casi se había olvidado de lo duro que era cargar costales así de llenos, y lo rápidamente que perdía uno el resuello. «¡Recuerda que eres un alumno!».

Cuanto más rumiaba las palabras del maestro, peor le sabían.

El látigo restalló, los muchachos corrieron, la rueda del molino se puso en marcha, y el matraqueo y el lloriqueo del «juego muerto» llenó la casa. ¿Qué contendrían los costales? Krabat echó un vistazo al sacudidor. Bajo la escasa luz de la linterna que se balanceaba colgada del techo no se podía distinguir mucho. ¿Eran bostas de caballo lo que estaba echando dentro? ¿Eran piñas de pino silvestre? También podían ser piedras, piedras redondas, cubiertas de una sucia costra.

El muchacho no tuvo tiempo de mirar con más detalle, Lyschko llegó jadeando con el siguiente costal. Dándole un codazo en las costillas apartó a

Krabat a un lado.

Michal y Merten se habían apostado en la salida del cajón de la molienda, llenaban los costales vacíos del producto recién molido y los ataban con una cuerda. Todo continuó igual que la otra vez. Con el primer canto del gallo el carro estaba de nuevo completamente lleno, el toldo estaba echado y bien amarrado. El extraño agarró el látigo y... ¡ea!, salió a toda velocidad con el carruaje: tan rápido que al maestro apenas le quedó tiempo para saltar de él sin romperse la crisma.

—¡Ven! —le dijo Tonda a Krabat.

Mientras los demás muchachos desaparecían en el interior de la casa ellos dos subieron hasta el estanque para cerrar la esclusa. Oyeron cómo abajo la rueda del molino se paraba y todo se quedaba en silencio; solo el gallo cantaba, y las gallinas cacareaban.

—¿Viene a menudo? —preguntó Krabat señalando con la cabeza en la dirección por la que el vehículo había desaparecido en la niebla.

—Siempre que hay luna nueva —dijo Tonda.

—¿Tú sabes quién es?

—Solo el maestro lo sabe. Él le llama compadre... y le teme.

Lentamente bajaron al molino caminando por los prados, húmedos por el rocío.

—Hay algo que no entiendo —dijo Krabat antes de que entraran en la casa—. La última vez que estuvo aquí el extraño el maestro también trabajó, pero hoy...

—En aquella ocasión —dijo el oficial mayor— tuvo que entrar para completar la docena. Pero desde Semana Santa ya estamos otra vez al completo en la Escuela Negra. Ahora puede permitirse el lujo de pasarse las noches de luna nueva haciendo restallar el látigo.

Blaschke, el boyero de Kamenz

A veces el maestro mandaba a los mozos del molino por parejas o en pequeños grupos al campo con algún encargo para darles la oportunidad de aplicar los conocimientos que habían adquirido en la Escuela Negra.

Una mañana Tonda se acercó a Krabat y le dijo:

—Hoy tengo que ir con Andrusch al mercado de ganado de Wittichenau. Si te quieres venir..., el maestro está de acuerdo.

—¡Muy bien! —dijo Krabat—. ¡Por una vez algo diferente al eterno moler y moler!

Tomaron el camino forestal que desembocaba en la carretera a la altura de las casas del pequeño lago de Neudorf. Era un hermoso y soleado día de julio. En las ramas graznaban los grajos, se oía el picoteo de un pájaro carpintero, enjambres de abejas y de abejorros llenaban las matas de frambuesas con sus zumbidos.

Krabat se dio cuenta de que Tonda y Andrusch ponían la misma cara que si fueran a una romería. Aquello no podía deberse únicamente al buen tiempo. Andrusch al fin y al cabo era un tipo divertido y estaba siempre de buen humor, pero que Tonda fuera silbando muy contento parecía extraño. Entretanto iba haciendo restallar el nervio de buey.

—Debes de estar practicando —dijo Krabat— para saber hacerlo luego en el camino de vuelta, ¿no?

—¿En el camino de vuelta?

—Me parece que tenemos que comprar un buey en Wittichenau, ¿no?

—Al contrario —dijo Tonda.

En ese momento se oyó detrás del muchacho un «¡muuuu!». Al darse la vuelta vio que justo donde hacía un momento estaba Andrusch había ahora

un gordo buey, de color rojo, con una piel suave, que le miraba amistosamente.

—¡Eh! —dijo Krabat frotándose los ojos.

Tonda de pronto tampoco estaba. En su lugar estaba un viejo y pequeño campesino lusaciano, con alpargatas en los pies, los pantalones de lino sujetos por los tobillos por atrás con correas, una cuerda en torno a la blusa, la gorra grasienta, el borde de piel muy raído.

—¡Eh! —dijo Krabat por segunda vez; entonces alguien le tocó en el hombro y se rio.

Cuando Krabat volvió la cabeza vio nuevamente a Andrusch.

—¿Dónde te has metido, Andrusch? ¿Y adónde ha ido a parar el buey que estaba ahora mismo ahí donde tú estás?

—¡Muuuu! —dijo Andrusch con voz de buey.

—¿Y Tonda?

Ante los ojos de Krabat el campesino se transformó de nuevo en Tonda.

—Ah... o sea, que era eso, ¿no? —dijo el muchacho.

—Sí —dijo Tonda—, eso era. Vamos a causar sensación con Andrusch en el mercado de ganado.

—¿Le vas a... vender?

—El maestro así lo desea.

—¿Y si sacrifican a Andrusch?

—¡No tengas ningún miedo! —aseguró Tonda—. Si vendemos a Andrusch no tenemos más que quedarnos con la cuerda de la cabeza con la que le llevamos: así podrá transformarse de nuevo en el momento que quiera y en la figura que quiera.

—¿Y si soltamos la cuerda?

—¡Ni se os ocurra! —exclamó Andrusch—. Entonces tendría que seguir siendo un buey y comer heno y paja por el resto de mis días. ¡Tenedlo muy presente y no me hagáis desgraciado!

Tonda y Krabat despertaron asombro y admiración con su buey en el mercado de ganado de Wittichenau. Los tratantes de ganado llegaron rápidamente de todas partes y se agruparon a su alrededor. También se acercaron un par de vecinos de la ciudad y algunos campesinos que ya habían convertido en dinero sus cerdos y sus vacas. Un buey tan gordo

como aquel no se veía todos los días: ¡había que hacerse con él antes de que otro se llevara aquel hermoso animal delante de las propias narices!

—¿Cuánto cuesta este animal?

Los tratantes de ganado le hablaban a Tonda por todas partes, le interpelaban a voces. Krause, el carnicero de Hoyerswerda, ofreció por Andrusch quince gulden, el encorvado Leuschner, de Königsbrück, dieciséis.

Tonda sacudió la cabeza ante aquellas ofertas.

—Demasiado poco —declaró.

¿Demasiado poco? ¡Debía de estar mal de la cabeza! ¿Es que les estaba tomando por tontos?

«Tontos o no —pensó Tonda—, de eso los que más deben saber son estos señores mismos».

—Está bien —dijo Krause, el de Hoyerswerda—, te daré dieciocho.

—Por dieciocho gulden prefiero quedármelo yo —gruñó Tonda.

Tampoco se lo dio a Leuschner, el de Königsbrück, por diecinueve, ni a Gustav Neubauer, el de Senftenberg por veinte.

—¡Pues entonces os podéis ir a hacer gárgaras tú y tu buey! —le increpó Krause el carnicero; y Leuschner se dio unos golpecitos en la frente y exclamó:

—¡Debo de ser tonto para arruinarme de esta manera! ¡Te ofrezco veintidós, y es mi última palabra!

Parecía como si el trato hubiera quedado cerrado. Entonces se abrió paso entre la multitud, resoplando a cada paso como una morsa, un hombre desmesuradamente gordo. Su cara de rana con sus redondos ojos saltones brillaba por el sudor. Llevaba un frac verde adornado con botones de plata, una ostentosa cadena de reloj sobre el rojo chaleco de seda, y en el cinturón, bien visible para todos, un repleto portamonedas.

—Por todos los diablos, ¿cómo va a ir a parar este buey tan gordo a unos campesinos tan flacos? Me lo llevo por veinticinco.

Tonda se rascó detrás de la oreja.

—Demasiado poco, señor...

—¿Demasiado poco? ¡Oye, escúchame!...

Blaschke sacó una gran caja redonda de plata de rapé, le quitó la tapa, se la tendió a Tonda.

—¿Te apetece una toma?

Primero tomó él mismo el rapé, luego dejó que lo hiciera el viejo lusaciano.

—¡Atchís!...

—¡Salud, señor!

Blaschke el boyero se sonó en un gran pañuelo de cuadros.

—¡Que sean veintisiete, diablos! ¡Y tráelo para acá!

—¡Demasiado poco, señor!

Blaschke se puso rojo.

—¡Eh! ¿Por quién me has tomado? ¡Veintisiete por tu buey, y ni un botón más, tan cierto que soy Blaschke el boyero de Kamenz!

—Treinta, señor —dijo Tonda—. Por treinta se lo puede quedar.

—¡Eso es una usura! —exclamó Blaschke—. ¿Quieres que me arruine?

Puso los ojos en blanco, se retorció las manos.

—¿Es que no tienes corazón? ¿Eres ciego y sordo a las penas de un pobre comerciante? ¡Compadéceme, viejo, y dame el buey por veintiocho!

Tonda permaneció impasible.

—Treinta... ¡y no hay más que hablar! Este es un ejemplar excelente, no lo doy por debajo de ese precio. No se puede usted imaginar lo que me cuesta desprenderme de él. Si tuviera que vender a mi propio hijo no me sabría tan mal.

Blaschke el boyero comprendió que no había nada que hacer. Pero el buey era un animal magnífico. Así pues, ¿para qué perder el tiempo con aquel testarudo lusaciano?

—¡Tráelo acá, por todos los diablos! —exclamó—. Hoy tengo mi día débil y me dejo llevar fácilmente al huerto, eso es lo que me pierde. Y todo eso solo es porque siento compasión por la gente pobre... ¡Venga esa mano... y trato hecho!

—¡Trato hecho! —dijo Tonda.

Entonces se quitó la gorra y Blaschke le fue echando en ella los treinta gulden, uno por uno.

—¿Los has ido contando?

—Así es.

—¡Pues entonces vente conmigo, lusaciano!

Blaschke el boyero cogió a Andrusch por la cuerda y quiso llevárselo tirando de él; Tonda sin embargo retuvo al gordo cogiéndole del brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Blaschke.

—Bueno, pues... —dijo Tonda haciéndose el tímido—. Una pequeñez de nada.

—¿El qué?

—Si el señor Blaschke fuera tan amable y quisiera dejarme la cuerda que lleva en la cabeza, yo se lo agradecería...

—¿La cuerda que lleva en la cabeza?

—Sí, como recuerdo. Es que el señor Blaschke debería saber lo mucho que me cuesta desprenderme del buey. Le daré al señor Blaschke algo a cambio, para que se pueda llevar a mi pobre buey, que ahora le pertenece a él...

Tonda desató la cuerda que llevaba a la cintura. Blaschke, encogiéndose de hombros, le permitió que se la cambiara por la cuerda que el buey llevaba en la cabeza. Luego el tratante se alejó con Andrusch; y apenas había doblado la primera esquina empezó a sonreír satisfecho, pues había pagado treinta gulden por Andrusch, que era un precio bastante alto, pero en Dresde no le resultaría difícil venderle a alguien aquel hermoso buey por el doble, o quizá más.

En la linde del bosque, detrás de las casas del pequeño lago, Tonda y Krabat se sentaron en la hierba a esperar a Andrusch. Habían comprado en Wittichenau un trozo de tocino y un pan y se pusieron a comer.

—¡Has estado muy bien! —le dijo Krabat a Tonda—. Tenías que haberte visto sacándole al gordo ese de sus propias narices las monedas de oro: demasiado poco, señor, demasiado poco... Y fue una suerte que te acordaras a tiempo de la cuerda; a mí se me había olvidado por completo.

—Es cuestión de costumbre —aseguró Tonda sin darle importancia.

Guardaron parte del pan y del tocino para Andrusch, lo envolvieron en la blusa de Krabat y decidieron echarse un rato. Hartos como estaban, y cansados por el largo camino por la carretera, se quedaron profundamente dormidos, hasta que un «¡muuuu!» les despertó y se encontraron ante ellos

a Andrusch: de nuevo con figura humana y, por lo que se veía, sano y salvo de la cabeza a los pies.

—¡Eh, vosotros! ¡Habrás visto, pues no se han quedado dormidos los muy bobos! ¿No tendréis al menos un pedazo de pan para mí?

—Pan y tocino —dijo Tonda—. ¡Siéntate a nuestro lado, hermano, y que te aproveche! ¿Cómo te ha ido con Blaschke el boyero?

—¡Cómo me iba a ir! —gruñó Andrusch—. Es evidente que para un buen buey, con este calor, no es ningún placer tener que trotar millas y millas por el campo tragando polvo, y menos cuando no está uno acostumbrado a ello. Sea como sea, no me disgustó nada que Blaschke entrara en casa de Kretschan el de Ossling. «¡Anda, mira!», exclama Kretschan cuando nos ve llegar. «¡Si es mi paisano el de Kamenz! ¿Qué tal? ¿Cómo va eso?»... «Ir lo que se dice ir», dice Blaschke, «voy tirando. ¡Si no fuera por la sed que le entra a uno con tanto calor!»... «¡Eso podemos arreglarlo!», dice Kretschan. «¡Entra en la taberna y siéntate en la mesa de los señores! Hay suficiente cerveza en la bodega, no te la terminarías ni en siete semanas... ¡ni siquiera tú te la podrías terminar!»... «¿Y el buey?», pregunta el gordo. «¿Mi buey de treinta gulden?»... «¡Lo llevaremos al establo, tendrá toda el agua y toda la comida que quiera!»... Comida para bueyes, se entiende...

Andrusch pinchó con su navaja un buen trozo de tocino y lo olisqueó antes de metérselo en la boca y continuar su relato:

—Me llevaron al establo, Kretschan el de Ossling llamó a la moza de cuadra. «¡Eh, Kathel!... ¡Trátame bien al buey de mi compadre de Kamenz, que no se nos muera de hambre!»... «Está bien», dice Kathel y me mete inmediatamente una brazada de heno en el pesebre. Entonces ya me harté de la vida de buey, y sin pensármelo dos veces dije, con voz humana: «¡El heno y la paja coméoslos vosotros! ¡Yo quiero cerdo asado con albondiguillas y verduras y también una buena cerveza!».

—¡Santo cielo! —exclamó Krabat—. ¿Y qué pasó entonces?

—Pues, nada —dijo Andrusch—, que los tres se cayeron de culo del susto y gritaron como condenados pidiendo ayuda. Y entonces como despedida les volví a mugir... y luego, convertido en golondrina, chip, chip, chip, salí volando por la puerta del establo, y eso fue todo.

—¿Y Blaschke?

—¡Que se vaya al diablo él y su comercio de ganado!

Andrusch echó mano del nervio de buey, y como para reforzar sus palabras lo hizo restallar salvajemente.

—Me alegro de estar otra vez aquí, con mi nariz picada de viruelas.

—Yo también —dijo Tonda—. Has hecho bien tu trabajo... y Krabat, creo yo, habrá aprendido muchísimo.

—¡Sí! —exclamó el muchacho—. ¡Ahora sé lo gracioso que es saber hacer magia!

—¿Gracioso? —preguntó el oficial mayor poniéndose serio—. Puede que tengas razón: a veces también es gracioso.

Música militar

El Príncipe Elector de Sajonia llevaba años de guerra con el Rey de Suecia por la Corona polaca; y como para hacer la guerra además de dinero y de cañones se necesitan sobre todo soldados, hacía sonar muy a menudo los tambores por el país para reclutar tropas. Había mozos suficientes que se alistaban voluntariamente, sobre todo al principio de la guerra; en otros casos los reclutadores tenían que ayudarles un poco, fuera a base de aguardiente o a base de bastonazos. Pero ¿qué no haría uno por servir en un glorioso regimiento, recibiendo como recibía cada recluta que se alistaba una buena suma de dinero?

Un destacamento de reclutadores, formado por un teniente del Regimiento de Infantería de Dresde, un grosero sargento, dos cabos y un tambor que llevaba su instrumento a la espalda como si fuera un cesto, un destacamento de reclutadores, en suma, se perdió también por Koselbruch una tarde de principios de otoño. Ya estaba oscureciendo, el maestro se había ido de viaje a caballo por el país, por tres, cuatro días, los mozos del molino estaban holgazaneando en el cuarto de los criados y tenían pensado pasarse el resto del día haciendo el vago: entonces llamaron a la puerta, y cuando Tonda fue a abrir se encontró afuera al teniente con los soldados que le informó que era oficial de Su Alteza Serenísima el Clementísimo Príncipe Elector, y que se había extraviado, por lo cual había resuelto acuartelarse por aquella noche en el maldito molino... y que si había quedado claro.

—Naturalmente, Vuestra Excelencia. Sin duda encontraremos un sitio para Vos en el pajar.

—¿En el pajar? —dijo el sargento en tono grosero—. ¡El tipo debe de estar mal de la cabeza! La mejor cama del molino para Su Excelencia, ¡que

me ahorquen si no!... ¡E irá a parar al verdugo como la mía sea algo peor! Además tenemos hambre. Así que a servir lo que haya en la cocina, y también cerveza o vino, eso es igual, lo importante es que haya suficiente... ¡Y ha de haber suficiente, o le partiré en dos con mis propias manos todos los huesos del cuerpo! ¡Adelante, y apresúrese, o la pestilencia le va a correr por las patas a bajo!

Tonda silbó entre dientes, muy leve y muy brevemente, pero los mozos del molino, que estaban en el cuarto, le oyeron. Cuando el oficial mayor entró en el cuarto con los reclutadores este se hallaba vacío.

—¡Tengan a bien tomar asiento los señores soldados, la cena vendrá enseguida!

Mientras los intrusos invitados se ponían cómodos en el cuarto de los criados, se aflojaban los corbatines y se desabotonaban las polainas, los mozos del molino deliberaban en la cocina cuchicheando.

—¡Esos pedantes petimetres! —exclamó Andrusch—. ¡Quiénes se han creído que son!

Ya tenía preparado un plan. Todos los muchachos, incluso Tonda, se mostraron de acuerdo con gran entusiasmo. A toda prisa Andrusch y Staschko prepararon las viandas con ayuda de Michal y Merten: una mesa hecha con tres fuentes llenas de salvado y de serrín mezcladas con aceite de linaza rancio y condimentadas con picadura de tabaco. Juro fue corriendo a la pocilga y regresó con dos panes enmohecidos bajo el brazo. Krabat y Hanzo llenaron cinco jarras de cerveza con agua salobre de la cuba donde recogían al agua de lluvia.

Cuando todo estuvo preparado, Tonda entró al cuarto donde estaban los soldados y les anunció que la cena estaba lista. Que si Sus Excelencias se lo permitían, se la haría servir. Luego hizo castañetear los dedos; y aquel fue un castañeteo de dedos especial, según se demostraría más adelante.

En primer lugar el oficial mayor hizo traer las tres fuentes.

—Aquí tienen, si me lo permiten, una sopa de fideos con carne de vaca y de pollo..., ahí una fuente de coles con callos..., allí un plato de productos de la huerta, con judías blancas, cebollas fritas y chicharrones.

El teniente olisqueó las viandas, le resultaba difícil la elección.

—Excelente lo que aquí nos sirve. ¡Permítame probar la sopa para empezar!

—También hay jamón y carne ahumada —prosiguió Tonda señalando los panes enmohecidos que Juro llevaba en una bandeja.

—¡Pero aún falta lo más importante! —advirtió el sargento—. La carne ahumada da sed y la sed debe ser saciada al momento. ¡Que me salga la tiña y la sarna en el cuello si no es así!

A una señal de Tonda entraron marchando Hanzo y Krabat, Petar, Lyschko y Kubo, cada uno con una jarra de cerveza llena de agua de lluvia.

—Con todos mis respetos, Su Excelencia... ¡A su salud!

El sargento vació su jarra a la salud del teniente, luego se limpió su mostacho y eructó.

—No está mal esta bebida ¡Por mi alma que no está nada mal este brebaje! ¿Está hecha en casa?

—No —dijo Tonda—. Es de la fábrica de cerveza de Traufersdorf, con permiso sea dicho.

Fue una velada divertida. Los reclutadores comieron y bebieron por diez, los mozos del molino se rieron muchísimo al ver lo que los señores soldados se estaban comiendo en realidad sin tener ni la más mínima sospecha de ello.

La cuba del agua de lluvia era grande. El agua bastaba para llenar una y otra vez las jarras de cerveza. Poco a poco los rostros de los invitados empezaron a ponerse colorados. El tambor, un muchacho de la edad de Krabat, se cayó hacia delante como un costal de harina después de la quinta jarra; se golpeó con la cabeza en la mesa como tanta fuerza que sonó como si fuera un golpe de timbal, y empezó a roncar. Los otros siguieron bebiendo con mucha diligencia... y a mitad del gran banquete el teniente al ver a los ayudantes del molinero se acordó del dinero que le esperaba por cada recluta que llevara a filas.

—¿Qué os parecería —exclamó bamboleando la jarra de cerveza— colgar la molinería y sentar plaza de soldado? De criado de un molinero no se es nada, no se es nadie, un montón de basura. De soldado por el contrario...

—De soldado —le quitó la palabra el sargento dando un puñetazo tan fuerte en la mesa que el tambor pegó un hipido—, de soldado se lleva una buena vida con un sueldo fijo y entre alegres camaradas. ¡Y entre gente de la ciudad, sobre todo entre las muchachas y las viudas jóvenes, se es alguien si se lleva pañuelo bicolor y botones de níquel en la chaqueta y polainas hasta más arriba de la rodilla!

—¿Y la guerra? —quiso saber Tonda.

—¿La guerra? —exclamó el teniente—. La guerra para un soldado es lo mejor que puede desear. Si es honrado a carta cabal y le ayuda la fortuna no le faltará ni honor ni botín. Recibirá una condecoración por sus heroicidades le harán sargento o incluso brigada...

—¡Y alguno —intervino el sargento en tono triunfal—, alguno ha conseguido en la guerra pasar de ser un hombre común a ser oficial, o incluso hasta general! ¡Me dejaría devorar y volver a escupir después si no es la pura verdad!

—¡Así que no lo dudéis! —exclamó el teniente—. ¡Sed buenos chicos y seguidnos a nuestro regimiento! Yo os acepto como reclutas tal como sois. ¡Venga esa mano!

—¡Venga esa mano! —contestó el oficial mayor estrechándole al teniente la mano derecha que le ofrecía.

Michal, Merten y todos los demás hicieron lo mismo.

El teniente estaba radiante. El sargento, que ya no se sostenía del todo bien sobre sus piernas, fue dando traspiés hasta cada uno de ellos para palparles los incisivos.

—¡Vamos a ver si están bien sujetos, maldita sea! Un soldado, como es sabido, debe tener los dientes en buenas condiciones, si no, no podría morder cartuchos durante el combate y no podría disparar contra el enemigo del Serenísimo Príncipe Elector, como se le ha enseñado y como debe a su bandera.

Pero todo estaba en orden. El sargento solo dudó en el caso de Andrusch.

Tiró hacia delante y hacia atrás con el pulgar... y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir.

—¡Condenado sea el cielo! —El sargento le había arrancado dos dientes a Andrusch—. ¿Qué es lo que se ha creído el muy piojoso? ¿Quiere ser soldado con esa dentadura de vieja que tiene? ¡Lárguese de mi vista, dientes lisiados, o no respondo de mis actos!

Andrusch siguió muy tranquilo y muy amable.

—Si me lo permite —dijo—, son *mis* dientes, me gustaría recuperarlos.

—¡Por mí como si se los guarda en el sombrero! —gruñó el sargento.

—¿En el sombrero? —dijo Andrusch como si no hubiera oído bien—. ¡No, no!

Cogió los dientes que le entregaban y escupió sobre ellos, luego se los colocó en el lugar en donde estaban antes.

—Ahora estarán más firmes que antes. ¿Tendría a bien el señor convencerse de ello?

Los muchachos sonrieron irónicamente, al sargento se le hinchó la vena del cuello. Al teniente, por su parte, pensando en el dinero, no le gustaba tener que renunciar a Andrusch, y apremió:

—¡Bueno..., tire ya de una vez!

El sargento, aunque de mala gana, obedeció la orden y le agarró los dientes a Andrusch. Pero extrañamente, por mucho que tiró de ellos y los zarandeó, en esta ocasión no se movieron ni un ápice, ni siguiera cuando intentó arrancarlos con el mango de su pipa inglesa.

—¡Aquí hay gato encerrado! —balbució jadeando—. ¡Aquí tiene que haber gato encerrado! Pero, en fin, a mí me da exactamente igual. Si «el nariz picada» este puede ser soldado o no, no soy yo quien tiene que decirlo, eso debe hacerlo Su Excelencia...

El teniente se rascó detrás de la oreja. También había bebido mucho, también a él le parecía aquello muy extraño.

—Vamos a consultar el caso con la almohada —opinó—. Antes de partir volveremos a examinar al mozo.

Luego exigió que le llevaran a dormir.

—¡Muy bien! —dijo Tonda—. He mandado preparar la cama para Su Excelencia, donde normalmente duerme el maestro, y para el señor sargento un sitio en el cuarto de invitados. Pero ¿dónde vamos a poner a los señores cabos y al señor tambor?

—¡Nnn... no tiene que molestarse! —balbució el sargento—. ¡Que... que se acuesten en el heno, que co... con ello ya tienen más que de... de sobra!

A la mañana siguiente el teniente se despertó dentro de una caja de remolachas forrajeras que había detrás de la cama; el sargento, por su parte, se encontraba, sin embargo, en el comedero de los cerdos. Ambos se pusieron a lanzar imprecaciones y a soltar maldiciones violentamente. Los ayudantes del molinero llegaron corriendo, los doce, e hicieron como si ellos no tuvieran culpa de nada.

¡Qué era aquello! ¡Cómo era posible aquello! ¡Pero si a los señores los habían llevado la noche anterior a la cama como era debido! ¿No serían sonámbulos? Aquello tenía todo el aspecto de ser sonambulismo, por lo menos, dicho fuera con todos los respetos, después de una fuerte borrachera de cerveza. ¡Qué suerte que los señores, mientras andaban de un lado a otro por el molino, no se hubieran hecho ningún chichón ni rasguño, u otra cosa aún peor! La experiencia, como era sabido, decía que los niños, los locos y los borrachos tenían su particular ángel de la guarda.

—¡Cerrad el pico! —ordenó el sargento—. ¡Desaparecer ahora mismo y preparaos para partir! ¡Y ese, el de la nariz picada, a ver los dientes!

Como los dientes superaron la prueba, el teniente no tuvo que tener ningún escrúpulo cuando decidió que el mozo era apto.

Después de desayunar los reclutadores se pusieron en marcha con los reclutas. Marcharon hacia Kamenz, a la caja de reclutas de su regimiento: a la cabeza el teniente, seguido del tambor, luego los ayudantes del molinero en filas, luego los dos cabos y por último, cerrando la formación, el sargento. Los mozos del molino estaban de buen humor, sus acompañantes parecían no sentirse tan bien. Cuanto más camino llevaban andado, más pálidos y más macilentos eran sus rostros y más a menudo tenía que irse este o aquel a hacer sus necesidades entre los matorrales que había al borde del camino. Krabat, que marchaba con Staschko en la última fila, oyó como uno de los dos cabos se quejaba al otro:

—Por Dios, camarada, me encuentro como si me hubiera comido diez libras de engrudo... ¡Tengo un dolor de estómago espantoso!

Krabat cambió una mirada divertida con Staschko. «¡Eso pasa —pensó—, por tragarse virutas por fideos, pan enmohecido por carne ahumada y picadura de tabaco por mejorana!».

Pasado el mediodía el teniente les permitió descansar otra vez al borde de un bosquecillo de abedules.

—De aquí a Kamenz nos queda un cuarto de legua —dijo—. Quien tenga que hacer sus necesidades que las haga ahora, pues esta es la última oportunidad. ¡Sargento!

—¡A la orden de Su Excelencia!

—Que los muchachos pongan sus cosas en orden, y vigile que no se deshagan las filas cuando entremos en la ciudad ¡y que marquen bien el paso, exactamente con el redoble del tambor!

Después de un breve descanso la formación se puso de nuevo en marcha, esta vez con el redoble del tambor y sonido de trompetas.

¿Con sonido de trompetas?

Andrusch se había puesto la mano derecha sobre los labios en forma de embudo, y estaba tocando a dos carrillos la marcha de los granaderos sueca, tan bien que el mejor corneta con la corneta más magnífica del mundo no la hubiera tocado mejor.

A los demás muchachos les gustó. También ellos empezaron a hacer música a todo volumen: Tonda, Staschko y Krabat tocaban el trombón de baras, Michal, Merten y Hanzo la trompeta, y Juro tocaba el bombardón. Aunque, igual que Andrusch, solo tocaban con las manos, aquello sonaba como si estuviera desfilando toda una banda de un regimiento real sueco.

«¡Basta!», quiso gritar el teniente, y «¡Basta ya, pillastres, basta!», pretendió vociferar el sargento, pero no pudieron decir ni una sola palabra, y tampoco pudieron, como les hubiera gustado, imponerse con la muletilla.

Tuvieron que seguir en sus puestos y seguir marchando, el uno delante y el otro detrás, tampoco sirvieron de nada ni las blasfemias ni las jaculatorias.

Con sonido de trompetas y cornetas entraron en Kamenz, para jolgorio de todos los soldados y ciudadanos que se encontraban por la calle. Los niños se acercaban corriendo hasta ellos y lanzaban hurras, en las casas se

abrían las ventanas, las solteras de Kamenz les saludaban y les enviaban besos con la mano.

Con aquel juego sonoro Tonda y sus camaradas, junto con la escolta, dieron varias vueltas a la plaza del ayuntamiento, cuyos extremos se llenaron rápidamente de espectadores, hasta que finalmente, alarmado por el son de la odiada música militar sueca, se fue a la explanada el señor Christian Leberecht Fürchtegott Edler von Landschaden-Pummerstorff, coronel del Regimiento de Infantería de Dresde de Su Excelencia Serenísima el Príncipe Elector de Sajonia, un viejo militar que con los largos años de servicio había engordado un poco.

El señor Von Landschaden-Pummerstorff llegó a paso de carga a la plaza, seguido por tres oficiales superiores y varios asistentes. Quiso desahogar su indignación por el desatinado espectáculo que se ofrecía ante sus ojos a base de un torrente de las más selectas maldiciones..., pero entonces se quedó perplejo.

Y es que Andrusch, en cuanto atisbó al señor coronel, entonó con sus camaradas la marcha de desfile de la caballería sueca, lo cual, como era previsible, dejó completamente blanco al viejo, como valiente soldado de Infantería del Príncipe Elector de Sajonia que era. Además aquel era un ritmo que se prestaba más a ir al trote que a ir a paso de marcha, por lo que los ayudantes del molinero y sus acompañantes se pusieron a trotar inmediatamente, lo cual resultaba muy cómico, salvo a los ojos del señor coronel.

Mudo de ira y respirando con dificultad, igual que una carpa en la red, Landschaden-Pummerstorff tuvo que contemplar cómo en la Plaza Mayor de Kamenz una docena de reclutas hacía el «arre-arre-caballito» al son de una marcha de caballería que para colmo era del enemigo. Pero ¡por Satanás!, ¿qué le habría ocurrido al teniente que les escoltaba para que el muy tunante fuera saltando delante de todos ellos con el sable entre las piernas como si fuera un caballo de palo? Ante aquel extraordinario e indigno comportamiento de un oficial del Electorado de Sajonia apenas tenía ya importancia que sus hombres, incluidos el tambor y el sargento, no se recataran en particular en aquella ridícula cabalgata.

—Escuadrón... ¡Alto! —ordenó Tonda cuando terminaron de tocar la marcha. Luego los ayudantes del molinero se plantaron ante el coronel, agitaron sus gorras como saludo y le sonrieron burlescamente.

El señor Von Landtschaden-Pummerstorff se acercó a ellos y empezó a vociferar como doce sargentos juntos:

—¡Por todos los diablos! ¿Quién se ha cagado en vuestros cerebros, maldita panda de piojosos, para que os permitáis hacer este baile de monos, a plena luz del día y delante de todo el mundo? ¿Quiénes sois vosotros, sinvergüenzas, para tener la frescura de burlaros de mí? Pero os diré una cosa: yo, el coronel de este glorioso regimiento, que se ha cubierto de gloria en treinta y siete batallas y en ciento cincuenta escaramuzas..., ¡yo os digo que estoy resuelto a acabar de raíz esas bufonadas! ¡Os voy a llevar al potro, os voy a empalar, os voy a...!

—¡Basta! —dijo Tonda dejándole con la palabra en la boca—. Me parece que puede ahorrarse el potro y el empalamiento, porque a nosotros, los doce que estamos ante Vos, no nos va en absoluto la vida de soldado. Ejemplares como ese de ahí —dijo indicando al teniente— o tocinos como aquel —dijo señalando al sargento—, pueden sentirse muy a gusto en el Ejército mientras no los maten a tiros. Pero nosotros, mis amigos y yo, estamos hechos de otra madera: nos importa un rábano todo vuestro ringorrango, incluso el Serenísimo Príncipe Elector, a quien, por nuestra parte, se lo podéis decir si Vos queréis.

Entonces los ayudantes del molinero se transformaron en cuervos y se elevaron por los aires. Graznando, hicieron el rizo sobre la plaza del ayuntamiento; y como despedida cubrieron el gorro y los hombros del señor coronel..., aunque no precisamente de gloria.

El recuerdo

En la segunda mitad de octubre el tiempo fue otra vez soleado y cálido, casi como a finales de verano. Aprovecharon aquellos hermosos días para sacar un par de carretadas de turba. Juro unció los bueyes, Staschko y Krabat cargaron el carro y dos carretillas con tablas y tablones. Luego se unió Tonda, y se pusieron en marcha.

La turbera estaba en las afueras, en la zona superior de Koselbruch, al otro lado de Aguas Negras. Krabat había trabajado allí en verano con algunos de los otros, durante la época más calurosa del año. Como era muy ducho en el manejo del tajo y del cuchillo para cortar turba, había ayudado a Michal y a Merten a sacar del hoyo en carretillas y a amontonar en filas los negros, pringosos y relucientes bloques de turba.

Lucía el sol, en los charcos que había al borde del camino se reflejaban los abedules. La hierba de las colinas de la landa amarilleaba, el brezo se había marchitado hacía tiempo. En los zarzales había bayas rojas, alguna que otra, como gotas de sangre aquí y allá. Y tendida de rama en rama, brillaba la tela tardía de una araña.

Krabat rememoró el pasado, los años de su niñez en Eutrich: cómo en los días de otoño como aquel iban a buscar madera al bosque y tarugos de pino silvestre. Y algunas veces habían encontrado setas todavía en octubre: armillaria, robellón y lactario... ¿Habría setas también esta vez? Calor para que hubiera sí que hacía...

Al llegar a la turbera Juro detuvo los bueyes.

—¡A descargar, que ya hemos llegado!

Colocaron los tablones sobre Aguas Negras en un estrechamiento y los aseguraron con estacas. Luego fueron poniendo una tabla con otra a lo largo y formaron un camino, y Staschko metió unos palos por debajo para que no

se combaran ni se hundieran en partes pantanosas del terreno. Pero el trecho que había desde el puentecillo hasta la turbera era más largo de lo que ellos habían calculado. Juro se ofreció a ir a buscar las tablas que faltaban, pero Staschko le aclaró que no era necesario. Corto una rama del abedul más próximo, luego caminó por la pista que habían hecho para pasar la carretilla golpeando las tablas con la rama al ritmo de una fórmula mágica. Entonces estas empezaron a estirarse y llegaron hasta la turbera.

Krabat estaba fascinado.

—¿Me pregunto yo —exclamó— que para qué seguimos aún trabajando, si todo lo que tenemos que hacer con nuestras manos se puede conseguir por arte de magia!

—Es cierto —dijo Tonda—, pero no te creas, ¡muy pronto estarías hasta la coronilla de esa vida! A la larga se acaba uno cansando de no trabajar, aunque tampoco hay que matarse trabajando, claro.

Al borde de la turbera había un cobertizo hecho con tablas, allí estaban almacenados los bloques secos de turba del año anterior. Los muchachos los llevaron hasta el carro, y Juro los fue cargando. Cuando terminó se subió al pescante, gritó «¡arre!», y los bueyes se pusieron lentamente en marcha hacia el molino.

Tonda, Staschko y Krabat emplearon el tiempo que tardó en regresar Juro en meter y apilar en el cobertizo la turba que habían arrancado en verano. No necesitaban darse ninguna prisa, y eso le dio una idea al muchacho.

Les preguntó al oficial mayor y a Staschko si le darían permiso para marcharse un rato.

—¿Adónde?

—A buscar setas. No tenéis más que silbarme y volveré inmediatamente.

—Bueno, si tú crees que vas a encontrar alguna...

Tonda estuvo de acuerdo y Staschko también.

—¡Supongo —exclamó— que llevarás una navaja larga!

—Si tuviera una, me la llevaría —dijo Krabat.

—Entonces te prestaré la mía —dijo el oficial mayor—. Toma ¡y no la pierdas!

Le enseñó como se abría la navaja, apretando en las cachas. La hoja salió, estaba tiznada de negro, como si Tonda la hubiera puesto sobre la mecha de una vela.

—¡Ahora tú! —dijo volviendo a cerrar la navaja y entregándosela al muchacho—. ¡A ver cómo te las apañas!

Cuando Krabat abrió la hoja esta estaba limpísima y sin tizne.

—Nnn... no —dijo Krabat. Tenía que haberse confundido.

—¡Pero vamos, vete ya! —le urgió Tonda—. ¡Que, si no, las setas se lo van a oler y van a huir de ti!

Pasaron cuatro días en la turbera, Krabat fue cuatro veces a buscar setas. Pero no encontró nada, salvo algunas setas de abedul muy pasadas que estaban marrones y correosas.

—No te preocupes —le dijo Staschko—. En esta época tan avanzada del año no puedes pretender encontrar nada, a no ser que pongas un poquito de tu parte...

Pronunció una fórmula mágica, giró siete veces sobre sí mismo, con los brazos muy separados del cuerpo... y entonces brotaron alrededor de la turbera unas setenta setas por lo menos. Salían del suelo como si fueran topos, sombrerete a sombrerete, dispuestas en círculo formando una especie de anillo mágico: robellones, sombreretes rojos, sombreretes marrones, setas de abedul, setas azules, todas igual de robustas y sanas.

—¡Oh! —Se asombró Krabat—. ¡Tienes que enseñarme el truco, Staschko!

Abrió la navaja y fue a abalanzarse sobre las setas para recogerlas. Pero antes de que pudiera tocarlas se contrajeron y volvieron a introducirse en la tierra, con gran ligereza, como si alguien tirara de ellas.

—¡Alto! —exclamó el muchacho—. ¡Para, hombre!

Pero las setas ya no estaban, y no aparecieron más.

—No te preocupes —le volvió a decir Staschko—. Estas setas sacadas por arte de magia son amargas como la hiel. ¡Lo único que consigues con ellas es arruinarte el estómago! A mí el año pasado no me faltó mucho para que estirara la pata por su culpa.

La tarde del cuarto día, Staschko se volvió con Juro, llevando la última carretada de turba, mientras Tonda y Krabat regresaban al molino a pie.

Sobre los hoyos de las turberas y sobre las charcas se formaban las primeras nieblas. El muchacho se alegró cuando llegaron por fin a tierra firme, cerca de la Planicie Yerma.

A partir de allí pudieron caminar el uno junto al otro. Era una zona que los ayudantes del molinero evitaban; Krabat no sabía por qué. Recordó el sueño de su fuga. ¿No aparecía en él algo relacionado con Tonda..., en un lugar de por allí en el que habían enterrado al oficial mayor?

Pero Tonda, gracias a Dios, caminaba a su lado, y estaba vivo.

—Me gustaría regalarte algo, Krabat —dijo el oficial mayor sacándose la navaja del bolsillo—. Como recuerdo mío.

—¿Es que nos vas a dejar? —preguntó el muchacho.

—Quizá.

—¡Pero, y el maestro! No puedo creerme que te vaya a dejar marchar.

—Hay cosas que ocurren que no se las puede uno creer —dijo Tonda.

—¡No hables así! —exclamó Krabat—. ¡Quédate por mí! No puedo imaginarme viviendo en el molino sin ti.

—Hay cosas en la vida —dijo el oficial mayor— que algunos no se las pueden imaginar, Krabat. Hay que resignarse a ellas.

La Planicie Yerma era un cuadrado sin vegetación, apenas mayor que una era, en cuyos bordes crecían deformes pinos silvestres. El muchacho reconoció en la penumbra una fila de montículos planos y alargados: como las tumbas de un cementerio abandonado, cubiertas de malas hierbas, descuidadas, sin cruz ni lápida... ¿De quién serían aquellas tumbas?

Tonda se había detenido.

—Cógela —dijo Tonda tendiéndole la navaja, y Krabat comprendió que no podía negarse.

—Tiene —dijo Tonda— una característica peculiar que debes conocer. Si alguna vez te amenaza, un peligro serio, la hoja cambiará de color en cuanto la abras.

—¿Se pondrá... negra? —preguntó Krabat.

—Sí —dijo Tonda—. Como si la hubieras tenido sobre la mecha de una vela encendida.

Sin pastor ni cruz

A aquel hermoso otoño le siguió un temprano invierno. Dos semanas después del día de Todos los Santos empezó a nevar, y ya de forma continuada. Krabat tuvo que volver a quitar nieve y dejar despejada la entrada del molino. A pesar de ello la siguiente noche de luna nueva llegó a toda velocidad el compadre con su carruaje atravesando los prados nevados. Sin quedarse atascado y sin que el vehículo dejara ninguna huella.

Al muchacho no le importaba el invierno, pues con tanta nieve no hacía demasiado frío; sin embargo, al resto de los ayudantes del molinero parecía afectarles el ánimo: con cada semana que pasaba se iban poniendo de peor humor, y cuanto más se acercaba el final del año, más difícil resultaba llevarse bien con ellos. Estaban muy susceptibles y más irascibles que un pavo. Por cualquier insignificancia llegaban a las manos; ni siquiera Andrusch era una excepción.

Krabat lo comprobó cuando le quitó la gorra de la cabeza tirándole una bola de nieve, por simple broma, porque le quemaban los dedos. Andrusch entonces se fue inmediatamente a por él y le hubiera pegado una paliza al muchacho si no se hubiera interpuesto Tonda y no los hubiera separado.

—¡Pero si es verdad! —gruñó Andrusch—. ¡Apenas tiene pelusilla en la barbilla, el imberbe este, y ya tiene que ser un fresco! ¡Pero espera y verás, la próxima vez que lo intentes te voy a dar una paliza que te vas a enterar!

Al contrario que el resto de los muchachos Tonda seguía tan juicioso y tan amable como siempre, solo que al muchacho le parecía que estaba un poquito más triste que de costumbre, aun cuando se esforzaba porque nadie lo notara.

«Quizá sienta nostalgia de su muchacha», supuso Krabat... y de nuevo, sin quererlo él, le vino a la memoria la cantora. Llevaba mucho tiempo sin

pensar en ella. Le parecía que lo mejor era olvidarse completamente de ella. Pero ¿cómo se conseguía eso?

Llegaron las Navidades, para los mozos del molinero fueron días como otros cualquiera. Afrontaban el trabajo débiles y de mala gana. Krabat quiso animarles, cogió en el bosque un par de ramas de abeto y adornó con ellas la mesa. Cuando los muchachos llegaron a comer se pusieron furiosos.

—¿Qué es esto? —exclamó Staschko—. ¡Quitad estos trastos, fuera con ellos!

—¡Fuera con ellos! —exclamaron por todas partes, hasta Michal y Merten empezaron a despotricar.

—¡El que haya traído esta cosa al cuarto —exigió Kito— que se la vuelva a llevar!

—¡Y además ahora mismo —amenazó Hanzo— o le romperé todos los dientes!

Krabat intentó tranquilizarles, quiso dar una explicación, pero Petar no le dejó disculparse.

—¡Llévatelo! —Le tapó la boca—. O te echaremos a golpes de palo.

Entonces Krabat accedió a la voluntad de los muchachos, pero se reconcomía por dentro. Pero, maldita sea, ¿qué era lo que había hecho mal? ¿O es que le daba al incidente mayor importancia de la que merecía? Al fin y al cabo últimamente siempre había broncas y peleas en el molino por nada, por nada en absoluto. Además él, no debía olvidarlo, era allí aprendiz... y siendo aprendiz tenía uno que soportar de cuando en cuando algunas cosas. Lo único extraño era que nunca se lo hubieran hecho sentir antes. Solo ahora, desde que había empezado el invierno, andaban todos metiéndose con él. ¿Seguiría siendo así durante los dos años que aún le quedaban de aprendizaje?

Cuando se presentó la ocasión, Krabat le preguntó al oficial mayor qué les pasaba a los muchachos.

—¿Qué tienen?

—Miedo —dijo Tonda rehuyéndole la mirada.

—¿Miedo de qué? —quiso saber Krabat.

—No puedo hablar de ello —dijo el oficial mayor—. Demasiado pronto te vas a enterar.

—¿Y tú? —preguntó Krabat—. Tú, Tonda, ¿no tienes miedo?

—Más de lo que te imaginas —dijo Tonda encogiéndose de hombros.

En noche vieja se fueron a la cama más temprano de lo habitual. El maestro no se había dejado ver en todo el día. Quizá estuviera sentado en la cámara negra y se hubiera encerrado en ella como hacía algunas veces..., o se había ido al campo con el trineo de caballos. Nadie le había echado de menos, nadie había hablado de él.

Sin decir ni una palabra, los muchachos se metieron en sus jergones de paja después de cenar.

—Buenas noches —dijo Krabat como todas las noches, pues eso era lo que debía hacer un aprendiz.

Aquel día los oficiales parecieron tomárselo a mal.

—¡Cierra el pico! —bufó Petar, y Lyschko le tiró un zapato.

—¡Oye, oye! —exclamó Krabat levantándose rápidamente de su jergón—. ¡Vamos por partes! Creo yo que podrá uno decir buenas noches, ¿no?

Llegó volando un segundo zapato, le pasó rozando el hombro; el tercero lo interceptó al vuelo Tonda.

—¡Dejad al muchacho en paz! —ordenó—. También esta noche quedará atrás.

Luego se dirigió a Krabat.

—Deberías acostarte, muchacho, y estar callado.

Krabat obedeció. Dejó que Tonda le tapara y le pusiera la mano en la frente.

—Ahora duérmete, Krabat... ¡y entra con buen pie en el nuevo año!

Habitualmente Krabat dormía toda la noche de un tirón hasta la mañana siguiente a no ser que alguien le despertara. Aquel día se despertó él solo alrededor de la medianoche. Le sorprendió que la luz de la lámpara estuviera encendida y que los demás muchachos también estuvieran despiertos..., todos ellos, al menos donde le alcanzaba la vista.

Estaban acostados en sus catres y parecían estar esperando algo. Apenas respiraban, apenas se atrevía a moverse ninguno de ellos.

En la casa reinaba un silencio de muerte..., reinaba tal silencio que el muchacho creyó haberse vuelto sordo.

Pero no estaba sordo, pues de pronto oyó un grito —y el golpetazo en el zaguán— y cómo los oficiales lanzaban un suspiro: mitad de horror, mitad de alivio.

¿Había ocurrido alguna desgracia?

¿Quién había sido el que había gritado en trance de muerte inminente?

Krabat no se lo pensó demasiado. Se puso en pie de un salto. Corrió hasta la puerta del desván, quiso abrirla, quiso bajar corriendo las escaleras para ver qué había ocurrido.

La puerta tenía el cerrojo echado por fuera. No fue posible abrirla por mucho que la sacudió.

Alguien le puso entonces la mano en el hombro y le habló. Era Juro, el tonto de Juro Krabat le reconoció por la voz.

—Ven —dijo Juro—. Acuéstate otra vez en tu jergón.

—¡Pero el grito!... —jadeó Krabat—. ¡El grito de antes!

—¿Crees acaso —repuso Juro— que nosotros no lo hemos oído?

Dicho aquello llevó otra vez a Krabat a su sitio.

Los mozos del molino estaban acurrucados en sus catres. En silencio, con los ojos muy abiertos, miraban fijamente a Krabat. No... ¡a Krabat no! Miraban fijamente más allá de donde él estaba, hacia la cama del oficial mayor.

—¿No... no está Tonda? —preguntó Krabat.

—No —dijo Juro—. Échate otra vez e intenta dormir. ¡Y no llores!, ¿me oyes? Con llorar no se resuelve nada.

La mañana de año nuevo encontraron a Tonda. Yacía boca abajo al pie de la escalera del desván. Los mozos del molino no parecían sorprendidos; solo a Krabat no le cabía en la cabeza que Tonda estuviese muerto. Sollozando, se arrojó sobre él, le llamó por su nombre suplicándole:

—¡Di algo, Tonda, di algo!

Le cogió la mano. La noche anterior misma la había sentido sobre su frente, antes de dormirse. Ahora estaba rígida y fría y le resultaba muy extraña, muy extraña.

—Levántate —dijo Michal—. No podemos dejarle aquí tirado.

Su primo Merten y él llevaron al muerto al cuarto de los criados y le colocaron sobre la tabla.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó el muchacho.

Michal vaciló antes de responder.

—Se... se ha —dijo tartamudeando— ro... roto el cuello.

—O sea que... debe haber tropezado en la escalera... en la oscuridad...

—Puede ser —dijo Michal.

Le cerró los ojos al muerto, le colocó bajo la nuca un manojo de paja que Juro había ido a buscar.

Tonda tenía el rostro macilento. «Como si fuera de cera», pensó Krabat. No podía mirarle sin que se le saltaran las lágrimas. Andrusch y Staschko le llevaron al dormitorio.

—Quedémonos aquí —opinaron—. Abajo lo único que haríamos sería estorbar.

Krabat se acurrucó en el borde del catre. Preguntó qué era lo que se iba a hacer con Tonda.

—Pues lo que se hace en estos casos —dijo Andrusch—. Juro se encargará de él, no es la primera vez que hace una cosa así, y luego le enterraremos.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, supongo.

—¿Y el maestro?

—No le necesitamos —dijo desabrido Staschko.

Por la tarde sacaron del molino a Tonda en un ataúd de pino a Koselbruch, a la Planicie Yerma. La fosa ya estaba preparada, las paredes del hoyo estaban cubiertas de escarcha, el montón de tierra tapado por la nieve.

Enterraron al muerto apresuradamente y sin ceremonias. Sin pastor ni cruz, sin velas ni cantos fúnebres. Los muchachos no se quedaron junto a la tumba ni un instante más de lo estrictamente imprescindible.

Krabat se quedó allí solo.

Quiso rezar un Padrenuestro por Tonda, pero se le había olvidado: por muchas veces que empezó no fue capaz de conseguirlo.

No pudo en lusaciano, y mucho menos aún en alemán.

EL SEGUNDO AÑO

Conforme al reglamento del molino y a los usos del gremio

El maestro siguió sin aparecer durante los siguientes días, y mientras el molino estuvo parado. Los mozos del molinero haraganeaban en sus catres, se acurrucaban al calor de la lumbre. Comían poco y no hablaban mucho, menos aún sobre la muerte de Tonda. Como si nunca hubiera existido en el molino de Koselbruch un oficial mayor que se llamara Tonda.

A los pies del catre que le había pertenecido estaba la ropa de Tonda, cuidadosamente doblada y colocada una prenda sobre la otra: los pantalones, la camisa y el blusón, el cinturón, el mandil y encima de todo la gorra. Juro había subido allí la ropa la tarde de año nuevo, y los muchachos se esforzaban por aparentar que eran capaces de no verla. Krabat estaba triste, se sentía abandonado y muy desgraciado. No podía ser casualidad que Tonda hubiera perdido la vida: cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de ello. Tenía que haber algo que él no supiera, algo que los oficiales le estaban ocultando. ¿En qué consistía el misterio? ¿Por qué no se lo había confiado Tonda?

Preguntas y más preguntas que no podía evitar hacerse el muchacho. ¡Si al menos hubiera tenido algo que hacer! Lo de estar holgazaneando le ponía enfermo.

Juro fue el único que aquellos días estuvo igual de atareado que siempre. Alimentaba el fuego, cocinaba, cuidaba de que la comida estuviera en la mesa a su debido tiempo, aunque los oficiales se dejaran la mayoría en las bandejas. Debió de ser probablemente en la mañana del cuarto día cuando le habló al muchacho en el zaguán.

—¿Querías hacerme un favor, Krabat? ¿Podrías cortarme unas cuantas astillas?

—Sí, claro —dijo Krabat siguiéndole hacia la cocina.

Al lado del horno estaba preparado un haz de leña. Juro fue al armario a coger un cuchillo, pero Krabat declaró que llevaba el suyo a mano.

—¡Tanto mejor! Manos a la obra entonces, ¡y ten cuidado, no te vayas a cortar!

Krabat se puso a la faena. Le parecía como si de la navaja de Tonda emanara una fuerza vital. La sopesó, pensativo. Por primera vez desde la noche de año nuevo había vuelto a cobrar ánimos, por primera vez sentía nueva confianza.

Sin que él se diera cuenta, Juro se había puesto a su lado y le miraba por encima del hombro.

—¡Vaya navaja! —dijo—. ¡Con ella sí que puedes ir presumiendo por ahí!

—Es un recuerdo —dijo el muchacho.

—¿De alguna muchacha quizá?

—No —dijo Krabat—. De un amigo como no volverá a haber otro en el mundo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Juro.

—De eso —dijo Krabat— estaré seguro toda mi vida.

A la mañana siguiente al entierro de Tonda los mozos del molinero llegaron al acuerdo de que a partir de entonces Hanzo ocuparía el puesto de oficial mayor, y Hanzo se declaró dispuesto a serlo.

El maestro estuvo fuera hasta la víspera del día de Reyes. Ya estaban acostados en sus catres, y Krabat iba a apagar la luz justo en el mismo momento en que se abrió la puerta del desván. El maestro apareció en el umbral, muy pálido, como si le hubieran pintado con cal. Echó un vistazo a la redonda. Pareció no ver que Tonda ya no estaba allí; por lo menos no dejó que se notara.

—¡A trabajar! —ordenó. Luego se marchó y no volvió a aparecer en el resto de la noche.

Los ayudantes del molinero parecieron cobrar vida. Echaron a un lado las mantas, saltaron de sus jergones de paja, se pusieron la ropa a toda prisa.

—¡Vamos! —instó Hanzo—. ¡Que si no el maestro se va a impacientar, ya le conocéis!

Petar y Staschko corrieron a la presa del molino, a abrir la esclusa. Los demás se fueron atropelladamente al cuarto de la molienda, echaron el grano y pusieron el molino en funcionamiento. Cuando se puso en marcha, con un gemido y un matraqueo y unas secas sacudidas, a los oficiales se les quitó un peso de encima.

«¡Vuelve a moler de nuevo! —pensó Krabat—. La vida continúa».

A eso de la medianoche habían terminado el trabajo. Cuando entraron en el dormitorio vieron que en el catre que había sido de Tonda había alguien acostado: un muchachito flaco y pálido de hombros estrechos y cabellos rojos. Se pusieron alrededor del durmiente y le despertaron, igual que habían despertado a Krabat hacía un año. Y al igual que Krabat se asustó de ellos, también el pelirrojo se asustó al ver a aquellos once fantasmas junto a su cama.

—¡No tengas miedo! —dijo Michal—. Somos los ayudantes del molinero, no tienes por qué temblar ante nosotros ¿Cómo te llamas?

—Witko. ¿Y tú?

—Yo soy Michal... y este de aquí es Hanzo, el oficial mayor. Este es mi primo Merten, este es Juro...

A la mañana siguiente cuando Witko llegó a desayunar llevaba puesta la ropa de Tonda. Le sentaba como si la hubieran hecho especialmente para él. Parecía que no le daba mayor importancia y tampoco preguntó a quién le había pertenecido. Estaba bien así, así a Krabat se le hacía la cosa más llevadera.

Por la noche —el nuevo aprendiz había estado todo el día matándose a trabajar en el cuarto de la harina y ya se había ido a la cama—, por la noche el molinero ordenó a los muchachos y a Krabat que fueran a verle al cuarto del maestro. Estaba sentado en su butaca vestido con un abrigo negro: encima de la mesa, ante él, dos velas encendidas, entre ellas había una hachuela y su sombrero de tres picos, que, asimismo, era de color negro.

—Os he mandado venir —dijo una vez que los muchachos estuvieron reunidos en el cuarto— como exige el reglamento del molino. ¿Hay algún aprendiz entre vosotros? ¡Que dé un paso al frente!

En un primer momento Krabat no comprendió que se estaba refiriendo a él. Petar le dio un codazo en las costillas, entonces se dio cuenta y dio un paso al frente.

—¡Tu nombre!

—Me llamo Krabat.

—¿Quién responde de ello?

—Yo —dijo Hanzo poniéndose al lado de Krabat—. Yo respondo de este muchacho y de su nombre.

—Uno es igual que ninguno —replicó el maestro.

—Es verdad —intervino entonces Michal colocándose al otro lado de Krabat—. Pero dos son un par, y un par es suficiente para dar testimonio. Por eso yo también respondo de este muchacho y de su nombre.

Entre el maestro y los oficiales que estaban a los lados de Krabat se entabló un diálogo que discurría siguiendo unas reglas y unas fórmulas fijas. El maestro les preguntó a ambos si el aprendiz Krabat había aprendido el oficio de molinero y dónde y cuándo lo había aprendido, y le aseguraron que el muchacho estaba suficientemente adiestrado en todas las artes y prácticas.

—¿Respondéis de ello ante mí?

—Respondemos de ello —dijeron Hanzo y Michal.

—¡Pues bien, entonces absolveremos a este aprendiz, Krabat, conforme al reglamento del molino y a los usos del gremio!

¿Absolverle? Krabat creía no haber oído bien. ¿Es que su período de aprendizaje había terminado ya... después del primer año?

El maestro se puso en pie, se puso el sombrero de tres picos. Luego agarró la hachuela y se acercó al muchacho. Mientras le tocaba la coronilla y los hombros con la hoja del hacha exclamó:

—¡En nombre del gremio, Krabat! Yo, como patrón y maestro tuyo, te libero con esto, en presencia de los mozos del molino aquí reunidos, de tu condición anterior de aprendiz. De ahora en adelante serás un oficial entre los oficiales y se te considerará mozo según las costumbres de la molinería.

Dicho aquello le puso a Krabat en la mano el hacha, llevarla al cinto era un privilegio de los muchachos absueltos; luego le hizo salir del cuarto junto a los demás.

Krabat estaba sorprendido y perplejo, con aquello no había contado. Abandonó la habitación el último y cerró la puerta tras de sí. Entonces, inesperadamente, le cayó un costal de harina sobre la cabeza, luego alguien le agarró de los hombros y de las piernas.

—¡Fuera con él, al cuarto de la molienda!

Era Andrusch el que había gritado. Krabat intentó soltarse a base de patear... ¡en vano! Riéndose y armando alboroto, los muchachos le llevaron al cuarto de la molienda, le tiraron al cajón de la harina y esperaron a zurrarle la badana.

—¡Hasta ahora era un aprendiz! —exclamó Andrusch—. ¡Pasémosle entre las piedras, hermanos! ¡Un mozo de molino deber estar limpio de polvo y paja!

Amasaron a Krabat como si estuvieran amasando pan; le revolcaron de tal manera de un lado a otro del cajón de la harina que hasta sintió mareos; le dieron puñetazos y empujones y uno de ellos le pegó un par de veces con todas sus fuerzas en la cabeza, hasta que Hanzo se interpuso:

—¡Basta ya, Lyschko! ¡Queremos molerle, no matarle!

Cuando le soltaron, Krabat se sentía como si realmente le hubieran pasado por una rueda de molino. Petar le bajó al costal, y Staschko le restregó un puñado de harina por la cabeza.

—¡Ya está bien molido! —anunció Andrusch—. ¡Os lo agradezco, hermanos! Ahora ya se ha convertido en un mozo de buena cepa del que ninguno de nosotros tiene que avergonzarse.

—¡Arriba! —exclamaron Petar y Staschko, que junto con Andrusch parecían ser los que llevaban la voz cantante—. ¡Arriba con él!

A Krabat le volvieron a coger por los brazos y por las piernas y le lanzaron hacia lo alto y le recogieron. Lo hicieron tres veces seguidas, luego mandaron a Juro a por vino de la bodega, y Krabat tuvo que beber a la salud de todos y cada uno de ellos.

—¡A tu salud, hermano! ¡Buen provecho!

—¡Buen provecho, hermano!

Mientras los demás seguían bebiendo, Krabat se sentó sobre un montón de costales vacíos. ¿Acaso era raro que tuviera la cabeza como un bombo después de todo lo que había tenido que pasar aquella noche?

Después llegó Michal y se sentó a su lado.

—Parece que hay determinadas cosas que no terminas de ver claras.

—No —dijo Krabat—. ¿Cómo es posible que el maestro me haya absuelto? ¿Es que ya ha terminado mi período de aprendizaje?

—El primer año en el molino de Koselbruch vale por tres —dijo Michal—. Debes de haberte dado cuenta de que desde que llegaste aquí te has hecho mayor, Krabat; justo tres años mayor.

—¡Pero eso no es posible!

—Sí que lo es —dijo Michal—. En el molino son posibles muchas más cosas, de eso deberías haberte dado cuenta ya.

Un invierno suave

El invierno siguió tal como había empezado: suave y con mucha nieve. El hielo que se formaba delante de la esclusa, en la presa y en el caz les dio aquel año poco trabajo a los muchachos. Lo arrancaban rápidamente, y a veces no se volvía a congelar otra vez en media semana. Por el contrario nevaba a menudo y en abundancia... para sufrimiento del nuevo aprendiz que apenas podía dar abasto quitando nieve.

Cuando Krabat observaba al tal Witko —tan enjuto y tan mocososo como era— comprendía que debía de ser cierto lo que Michal le había dicho de que él era ahora tres años más viejo y que realmente él mismo tenía que haberse dado cuenta de ello: por su voz, por su cuerpo, por sus fuerzas y porque desde el comienzo del invierno le había salido alrededor de la barbilla y de las mejillas un ligero vello, que no saltaba a la vista pero que se notaba claramente cuando se pasaba el dedo por encima.

Durante aquellas semanas pensó constantemente en Tonda, le echaba de menos en todo, y le dolía no poder visitar su tumba. Lo había intentado en dos ocasiones, pero ninguna de las dos veces había podido llegar muy lejos: había demasiada nieve en Koselbruch, se había quedado atascado en ella, después de haber dado solo unos pocos centenares de pasos. A pesar de todo, seguía decidido a hacer un tercer intento en cuanto se presentara la ocasión, pero un sueño se le anticipó.

Es primavera, la nieve se ha derretido, el viento la ha disipado. Krabat va por Koselbruch, es de noche y de día. La luna está en el cielo, el sol brilla. Krabat va a llegar pronto a la Planicie Yerma, entonces ve entre la niebla una figura que avanza hacia él. No, se aleja. Le parece que es Tonda.

—¡Tonda! —exclama—. ¡Detente! ¡Soy yo, Krabat!

Le parece como si la figura dudara un instante. Como luego sigue andando también él prosigue su camino.

—¡Detente, Tonda!

Krabat empieza a correr. Corre todo lo que puede. La distancia que les separa se reduce.

—¡Tonda! —exclama.

Ya está tan solo a unos cuantos pasos, está de pie ante una zanja. La zanja es ancha y profunda, no hay ninguna pasarela que la cruce, no hay ningún madero cerca por el que poder cruzar.

Al otro lado está Tonda, le da la espalda.

—¿Por qué huyes de mí, Tonda?

—No huyo de ti. Debes saber que estoy en la otra orilla. Quédate tú en la tuya.

—¡Vuelve la cara hacia mí al menos!

—No puedo mirar atrás, Krabat, no me está permitido. Pero oigo y te contestaré, tres veces en total. Ahora pregúntame lo que tengas que preguntar.

¿Lo que tenga que preguntar? Krabat no necesita pensárselo dos veces.

—¿Quién es el responsable de tu muerte, Tonda?

—Sobre todo yo mismo.

—¿Y quién más?

—Lo sabrás, Krabat, si mantienes los ojos abiertos. Ahora la tercera pregunta.

Krabat se lo piensa. ¡Habría aún tantas cosas que le gustaría saber!

—Estoy muy solo —dijo—. Desde que no estás ya no me queda ningún amigo. ¿A quién puedo confiarme? ¿Qué me aconsejas?

Tonda no le mira, ni siquiera ahora.

—Vete a casa —dijo— y confíate al primero que te llame por tu nombre: en él podrás confiar. ¡Y otra cosa antes de que me vaya! ¡La última! Que visites mi tumba no es importante. Yo sé que piensas en mí, eso es más importante.

Lentamente Tonda levanta la mano como despedida. Luego se disipa en la niebla, y sin volver la cabeza desaparece.

—¡Tonda! —le llama Krabat—. ¡No te vayas, Tonda! ¡No te vayas!

Grita con toda su alma, y de repente oye cómo alguien exclama «¡Krabat!»... «¡Despierta, Krabat, despierta!».

Michal y Juro estaban ante el catre de Krabat, se inclinaron hacia él. Krabat no sabía si todavía estaba soñando o ya estaba despierto.

—¿Quién me ha llamado? —preguntó.

—Nosotros —dijo Juro—. ¡Tenías que haberte oído, cómo gritabas en sueños!

—¿Yo? —preguntó Krabat.

—Era para sentir compasión por ti —dijo Michal cogiéndole la mano—. ¿Tienes fiebre?

—No —dijo Krabat—. Solo ha sido un sueño...

Y luego añadió apresuradamente:

—¿Quién de vosotros ha sido el primero en exclamar mi nombre? ¡Decídmelo, tengo que saberlo!

Michal y Juro declararon que no sabían qué contestar, no se habían fijado.

—Pero la próxima vez —opinó Juro— nos echaremos a suertes a ver quién puede despertarte..., para que luego no haya ninguna duda.

Krabat estaba convencido de que tenía que haber sido Michal el primero que le había llamado. Juro, sin duda alguna, era un buen chico, un pedazo de pan, pero también un tonto. Tonda solo podía haberse referido a Michal cuando habían hablado en sueños. A partir de entonces Krabat siempre se dirigió a él cada vez que necesitaba un consejo o la respuesta a una pregunta.

Michal nunca le decepcionaba, siempre estaba dispuesto a informarle sobre cualquier cosa. Solo le rechazó una vez que Krabat empezó a hablar de Tonda.

—Los muertos están muertos —dijo Michal—. No volverán a la vida por mucho que hable uno de ellos.

En muchas cosas Michal se parecía a Tonda. Krabat sospechaba que le estaba prestando ayuda a escondidas al nuevo aprendiz, porque le veía a menudo hablando con Witko, igual que Tonda había hablado con Krabat y le había ayudado en el invierno anterior.

También Juro acogió para sí al nuevo a su manera, instándole constantemente a que comiera.

—¡Come, muchachito, come para que te hagas grande y fuerte y te salgan grasas encima de las costillas!

La semana después de la fiesta de la Candelaria empezaron a trabajar en el bosque.

Seis muchachos, entre ellos Krabat, tenían que llevar hasta el molino los troncos que habían talado y almacenado fuera el año anterior. Con la nieve tan alta eso no era tarea fácil. Para limpiar con palas el sitio donde estaba la madera necesitaron una semana entera y eso a pesar de que entre ellos estaban Michal y Merten, que eran los que con más empeño trabajaban.

Andrusch se mostraba poco comprensivo con aquel afán. Él solo hacía lo imprescindible para mantenerse en calor.

—El que trabajando pasa frío es un asno —declaraba—, y el que suda un estúpido.

Al mediodía, aquellos días de febrero fueron tan cálidos que los muchachos se calaban los pies de nieve derretida en el bosque. Cuando por la tarde regresaban a casa tenían que untarse las botas con sebo abundante, luego lo abatanaban para mantener flexible el cuero, pues si no, a lo largo de la noche, mientras las botas colgaban sobre la chimenea para secarse, se habría quedado duro como una piedra.

Todos hacían aquel duro trabajo por sí mismos, todos excepto Lyschko, que acudía a Witko y le obligaba a hacerlo por él. Cuando Michal se dio cuenta llamó la atención a Lyschko en presencia de todos los muchachos.

A Lyschko aquello no le causó ninguna impresión.

—¿Qué hay de malo en ello? —declaró tranquilamente—. Las botas están mojadas... y los aprendices están para trabajar.

—¡Pero no para ti! —dijo Michal.

—¡Bah! —repuso Lyschko—. Estás metiendo las narices en cosas que no son de tu incumbencia. ¿Acaso eres tú aquí el oficial mayor?

—No —tuvo que reconocer Michal—, pero yo creo que Hanzo no me lo tomará a mal si a pesar de ello te digo que en el futuro, Lyschko, te debes abatanar tú mismo tus botas... y nadie me podrá decir que no te lo he advertido.

El que poco después tuvo un disgusto no fue precisamente Lyschko.

El viernes siguiente por la noche, cuando los muchachos estaban en la cámara negra convertidos en cuervos, el maestro les reveló que había llegado a sus oídos que uno de ellos le estaba echando una mano a escondidas al nuevo aprendiz y, algo que estaba prohibido, le estaba haciendo más fácil el trabajo. Aquello merecía un castigo. Entonces se dirigió a Michal.

—¿Cómo se te ocurre ayudar al muchacho? ¡Contesta!

—Porque me da pena, maestro. El trabajo que le exiges es demasiado duro para él.

—¿Eso crees?

—Sí —dijo Michal.

—¡Entonces escúchame bien lo que te voy a decir!

El maestro se había puesto de pie de un salto, estaba con las manos apoyadas en el *Grimorio*, la parte superior del cuerpo muy inclinada hacia delante.

—¡Lo que yo le exija o no le exija a alguien a ti te importa un comino! ¿Te has olvidado de que el maestro soy yo? ¡Lo que yo ordeno, lo ordeno, y no hay más que hablar! ¡Te voy a dar una lección que no la vas a olvidar por el resto de tus días! ¡Fuera los demás!

Los muchachos se retiraron a sus camas muy preocupados. Estuvieron media noche oyendo unos chillidos y unos graznidos terribles en la casa, luego Michal subió al desván tambaleándose, pálido y descompuesto.

—¿Qué es lo que te ha hecho? —quiso saber Merten.

Agotado, Michal le hizo un gesto de rechazo.

—¡Dejadme, os lo ruego!

Los muchachos podían figurarse quién había delatado a Michal ante el maestro. Al día siguiente estuvieron deliberando en la cámara de la harina y decidieron hacérselo pagar a Lyschko.

—¡Esta noche —dijo Andrusch— le sacaremos del catre y le zurraremos la badana!

—¡Cada uno con un garrote! —exclamó Merten.

—Y después —gruñó Hanzo— le raparemos el pelo y le untaremos la cara con el sebo de las botas ¡y luego le echaremos hollín encima!

Michal estaba sentado en un rincón sin decir nada.

—¡Di algo tú también! —exclamó Staschko—. ¡Al fin y al cabo es de ti de quien se ha chivado al maestro!

—Bien —dijo Michal—, yo también diré algo.

Esperó a que todos se callaran, luego empezó a hablar. Habló con voz tranquila, como lo hubiera hecho Tonda en su lugar.

—Lo que ha hecho Lyschko —dijo— ha sido una canallada. Pero lo que vosotros pensáis hacer no es mucho mejor. Cuando se está furioso no mide uno bien sus palabras... Bien, ahora os habéis desahogado, y se acabó. ¡No me obliguéis a tener que avergonzarme de vosotros!

¡Vivat Augustus!

Los ayudantes del molinero no le dieron una paliza a Lyschko; simplemente le eludieron durante una temporada. Nadie hablaba con él, nadie respondía cuando Lyschko le preguntaba algo a alguien. Juro le ponía la sémola y la sopa en una escudilla aparte «porque no puedes pretender de nadie que coma de la misma fuente que un miserable como tú». A Krabat aquello le parecía bien. Quien acusaba a un camarada ante el maestro se merecía que los demás le hicieran sentir su desprecio.

En las noches de luna nueva, cuando el compadre se presentaba con el material para moler, el maestro tenía ahora que volver a ser de la partida en el trabajo. Lo hacía con gran afán, como si quisiera demostrarles a los oficiales lo que era trabajar... ¿o acaso lo hacía más bien por el señor compadre?

Por lo demás, a finales del invierno el maestro se fue muchas veces de viaje, ora a caballo, ora en el trineo de caballos. A los muchachos les preocupaba bastante poco qué tipo de negocios serían los que le obligaban a hacerlo. Lo que no les importaba no tenían por qué saberlo; y lo que no sabían tampoco les hacía ningún mal.

Una tarde, por San José, la nieve se había derretido, llovía mucho, y los ayudantes del molinero agradecieron no tener que trabajar con aquel tiempo de perros: ¡esa tarde el maestro exigió de buenas a primeras que le prepararan el coche de viaje, que tenía que marcharse a un asunto importante, que se dieran prisa!

Krabat ayudó a Petar a enganchar los dos bayos. Cuando estuvieron listos cogió el caballo de reserva por las riendas y le dijo:

—¡Arre!

Mientras Petar corría hasta la casa para anunciarle al maestro que el coche estaba listo para partir, Krabat sacó el coche de caballos a la explanada. Se había echado una de las mantas de los caballos por encima de la cabeza, para protegerse de la lluvia, y, por si acaso, había preparado también un par de mantas para el maestro, pues era un coche ligero con una portezuela que se abría en el sentido de la marcha.

Seguido por Petar con una antorcha, el maestro llegó allí con paso rápido. Llevaba un abrigo amplio y su sombrero de tres picos negros. En sus botas rechinaban las espuelas, una espada se balanceaba bajo el paño del abrigo.

«¡Qué locura!», pensó Krabat mientras el molinero tomaba asiento en el pescante. «¿No le queda más remedio que salir de viaje con este tiempo de perros?».

El maestro se había envuelto en las mantas, y entonces preguntó como de pasada:

—¿Te quieres venir?

—¿Yo?

—Sí, ya que te gustaría saber por qué salgo de viaje.

La curiosidad de Krabat era mayor que todo su temor a la lluvia y en un instante estuvo arriba sentado al lado del molinero.

—¡Ahora demuéstreme que sabes conducir! —dijo el maestro tendiéndole el látigo y las riendas—. ¡Dentro de una hora tenemos que estar en Dresde!

—¿En Dresde? ¿Dentro de una hora?

Krabat debía de haber oído mal.

—¡Venga, ponte en marcha!

Salieron traqueteando por el accidentado camino forestal. Estaba muy oscuro, como si fueran por el tubo de una estufa.

—¡Más rápido! —le instó el maestro—. ¿No puedes conducir más deprisa?

—Si lo hago volcaremos, maestro...

—¡Tonterías! ¡Trae aquí!

A partir de entonces condujo el coche el propio maestro. ¡Y cómo condujo!: salió del bosque como un relámpago, entró en la carretera de

Kamenz. Krabat se agarró con fuerza al asiento, tuvo que pegar las suelas a la tabla para apoyar los pies. La lluvia le azotaba en la cara, el aire que se producía con la marcha a punto estaba de tirarle del coche.

Se había levantado niebla, se metieron en ella como una exhalación y esta les rodeó con sus vapores. No por mucho tiempo, pues entonces sus cabezas asomaron por encima de ella y luego fue asomando más y más hasta que finalmente apenas les llegaba a los bayos hasta los corvejones.

Había dejado de llover, brillaba la luna, hilachas de niebla cubrían el suelo, de un blanco plateado, una extensa llanura, como si estuviera totalmente tapado por la nieve. ¿Iban sobre una pradera? No se oían los cascos de los caballos, ni el ruido de las ruedas del coche. El traqueteo y las sacudidas del coche habían cesado hacía un buen rato. Krabat tenía la misma impresión que si estuvieran rodando sobre una alfombra, sobre la nieve, sobre plumas... La marcha de los caballos era magnífica, suave y elástica. Era un placer ir a toda velocidad bajo la luna por la extensa campiña.

¡De repente, un golpe hizo que el coche crujiera por los cuatro costados! ¿El tronco de algún árbol? ¿Algún guardacantón? ¿Qué hacer si se había roto la lanza del coche, o quizá una de las ruedas?

—¡Voy a mirar!

Krabat ya está con un pie en el estribo..., entonces el maestro le agarra y tira de él hacia atrás.

—¡Quédate sentado!

Señala hacia abajo, la niebla se ha levantado.

Krabat no da crédito a sus ojos. Muy abajo el remate de un tejado, un cementerio: cruces y túmulos arrojan su sombra a la luz de la luna.

—Nos hemos quedado enganchados en la torre de la iglesia de Kamenz—dice el maestro—. ¡Ten cuidado no te vayas a caer del coche!

Tira de las riendas, azota con el látigo.

—¡Adelante!

Un segundo tirón... y el coche está suelto otra vez. Sin mayores contratiempos continúan su viaje, sin ruido y rápidamente por los aires, sobre las nubes que brillan bajo la luz de la luna.

«Y yo que había creído, insensato de mí, que era niebla», pensó Krabat.

En la iglesia de la corte daban las nueve y media cuando el maestro y Krabat llegaron a Dresde. Con un crujido el coche se posó sobre la empedrada explanada del palacio. Un mozo de cuadra llegó corriendo hasta allí y cogió las riendas.

—¿Como siempre, señor?

—¡Qué pregunta tan tonta!

El maestro le tiró una moneda. Luego saltó del coche e invitó a Krabat a que le siguiera al palacio. Subieron de prisa hasta el portal por la escalinata.

Arriba se interpuso en su camino un oficial, alto como un chopo, con una ancha banda de seda, en su coraza se reflejaba la luna.

—¿Santo y seña?

El maestro en lugar de responderle le apartó de un empujón. El oficial echó mano de su espada, fue a desenvainarla, pero no lo consiguió. Con un chasquido de dedos el maestro le había hechizado: se había quedado rígido y tieso, todo lo alto que era, con los ojos muy abiertos, con la mano derecha en la empuñadura de la espada.

—¡Ven! —exclamó el maestro—. ¡Este tipo debe de ser nuevo aquí!

Subieron rápidamente por una escalera interior de mármol, pasaron por pasillos y salas, dejando a su paso paredes de espejo y ventanales con pesadas cortinas con dibujos de oro. Los ujieres y lacayos que se encontraban por el camino parecían conocer al maestro. Nadie le negó el paso, nadie le detuvo para preguntarle. Todos se apartaban sin decir una palabra, hacían una reverencia, les dejaban pasar.

Desde que entraron en el palacio Krabat creyó que estaba soñando. Estaba subyugado por todo aquel lujo, aquella pompa y suntuosidad... y con su blusón de molinero se sentía indescriptiblemente miserable.

«¿Se estarán riendo de mí los lacayos?», pensó. «¿Me mirarán con desprecio los ujieres por detrás?».

Sintió cómo estaba cada vez más inseguro, dio un traspié. ¡Pero..., pero si era una espada lo que se le había caído entre los pies! ¿La espada de quién?, maldita sea. Una mirada al espejo más próximo le dejó atónito, aquello superaba su razón: llevaba una chaquetilla negra con botones de plata, botas altas de cuero y, efectivamente, ¡un ceñidor con un estoque! ¿Era un sombrero de tres picos lo que llevaba en la cabeza? ¿Desde cuándo

llevaba él una peluca, empolvada de blanco, con una redecilla en la parte de atrás?

«¡Maestro! —quiso exclamar—. ¿Esto qué es?».

No llegó a hacerlo, pues de repente llegaron a una antesala iluminada con velas en la que había varios señores, capitanes y coroneles, también algunos oficiales de la corte entre ellos, con estrellas y bandas de condecoraciones.

Un chambelán se acercó al maestro.

—¡Por fin estáis aquí! ¡El Príncipe Elector ya os está esperando! —Y señalando a Krabat—: ¿No habéis venido solo?

—Es mi doncel —dijo el maestro—. Puede esperar aquí.

El chambelán le hizo una seña a uno de los capitanes.

—¡Encargaos del doncel, señor!

El capitán llevó del brazo a Krabat hasta una mesita que había junto a una de las ventanas.

—¿Vino o chocolate, caro mío?

Krabat se decidió por un vaso de vino tinto. Mientras él brindaba con el capitán, el maestro pasó a los aposentos del Príncipe Elector.

—¡Ojalá lo consiga! —opinó el capitán.

—¿El qué? —preguntó Krabat.

—¡Vos deberíais saberlo, doncel! ¿No se esfuerza vuestro señor desde hace muchas semanas para convencer a Su Alteza Serenísima de que sus consejeros, que le aconsejan que firme la paz con los suecos, son unos estúpidos y hay que mandarlos al diablo?

—Sí, sí, claro —dijo rápidamente Krabat aunque no tenía ni idea de todo aquello.

Los señores coroneles y capitanes que estaban a su alrededor se rieron y bebieron a su salud.

—¡Por la guerra contra los suecos! —exclamaron—. ¡Por que el Príncipe Elector decida continuarla! ¡Hasta la victoria o la derrota, pero debe continuar la guerra contra Suecia!

A eso de la medianoche regresó el maestro. El Príncipe Elector le acompañó hasta el umbral de la antesala.

—Os lo agradezco —dijo—. Vuestro consejo Nos es muy valioso y caro, ya lo sabéis... y aun cuando se haya requerido tiempo para que Nos no pudiéramos negarnos a aceptar vuestras razones y vuestros argumentos, la decisión está tomada: ¡la guerra continúa!

Los señores que estaban en la antesala hicieron resonar sus sables, lanzaron sus sombreros al aire.

—¡*Vivat Augustus!* —exclamaron—. ¡Honor y gloria al Príncipe Elector!... ¡Muerte a los suecos!

El Príncipe Elector de Sajonia, un hombre pesado, entrado en carnes, de figura hercúlea, con las espaldas de un herrero y unos puños que harían honor a cualquier marinero, dio las gracias a los señores con un ademán. Luego se dirigió al maestro, le dijo unas cuantas palabras que nadie pudo entender debido al ruido que reinaba en la antesala, y que difícilmente debían de estar destinadas a los oídos de otra persona, y con ello le despidió.

Mientras los señores de la corte y del ejército permanecían en la antesala, Krabat salió siguiendo al maestro. Abandonaron el palacio por el mismo camino por el que habían entrado: dejando a un lado ventanales y paredes de espejo, atravesando salas y pasillos, bajando por la escalera interior de mármol hasta el portal... y saliendo a la escalinata, donde seguía estando el alto oficial, con los ojos muy abiertos, la mano derecha en la empuñadura de la espada, tieso y rígido como un soldadito de plomo.

—Vuélvele en sí, Krabat —dijo el maestro.

Aquello a Krabat no le costó más que un chasquido de dedos, tal como había aprendido en la Escuela Negra.

—¡Presenten armas! —ordenó—. ¡Por la derecha... meedia vuelta!

El oficial desenvainó la espada, saludó con la hoja desnuda. Luego dio la media vuelta que le habían ordenado y se marchó marcando el paso.

En la plaza del palacio ya les tenían preparado el coche. El mozo de cuadra anunció que había atendido a los bayos como le habían ordenado.

—¡Y yo se lo agradezco! —dijo el maestro.

Luego se montaron, y fue entonces cuando Krabat se dio cuenta de que llevaba puesta otra vez su ropa habitual. Así estaba bien... ¿qué iba a hacer él en el molino con sombrero de tres picos, espada y chaquetilla?

Pasaron traqueteando por los puentes de piedra sobre el Elba. Cuando ya habían salido de la ciudad y alcanzaron las colinas de la otra orilla del río, el maestro llevó el coche a campo abierto. Allí los caballos se elevaron nuevamente del suelo, y siguieron el camino de regreso a casa por los aires.

La luna estaba en el oeste, ya muy baja, pronto se pondría. Krabat se abandonó a sus pensamientos. Miraba los pueblos y las pequeñas ciudades que cruzaban en su vuelo, miraba campos y bosques, charcas y regatos, y zonas pantanosas con sus ciénagas y sus planos arenales. Paisaje tranquilo allí abajo, oscuro y silencioso.

—¿En qué piensas? —quiso saber el maestro.

—Estoy pensando —dijo Krabat— en hasta dónde puede llegar uno con el arte negra... y en que es un medio que le da a uno poder incluso sobre príncipes y reyes.

A la luz de un cirio pascual

La Semana Santa aquel año fue muy tarde, cayó en la segunda mitad de abril. La tarde del Viernes Santo Witko fue admitido en la Escuela Negra. Nunca había visto Krabat un cuervo tan flaco y tan desgredado como él; también creyó apreciar un reflejo rojizo en su plumaje, pero quizás aquello no fueran más que imaginaciones suyas.

El sábado de Gloria lo pasaron los ayudantes del molinero durmiendo, en previsión de lo que les esperaba. A media tarde Juro les puso de comer en abundancia.

—Comed todo lo que podáis —les exhortó Hanzo—. ¡Ya sabéis que tiene que duraros para rato!

A Lyschko volvieron a dejarle comer por primera vez de la misma fuente que todos: al entrar en la víspera de Pascua debían estar enterradas todas las disputas que hubiera habido entre los ayudantes del molinero, así lo exigía la regla.

Cuando empezó a oscurecer el maestro envió a los mozos a por la marca. Todo transcurrió exactamente igual que el año anterior. El maestro volvió a contar a los muchachos, estos volvieron a salir del molino por parejas. A Krabat aquella vez le tocó con Juro.

—¿Adónde vamos? —preguntó Juro después de haber cogido unas mantas.

—Si te parece bien, a la Muerte de Bäumel.

—Está bien —opinó Juro—, si tú te sabes el camino... De noche no puede fiarse uno de mí, si encuentro el establo desde la casa sin perderme, ya puedo darme por contento.

—Yo iré delante —dijo Krabat—. ¡Procura no perderte en la oscuridad!

El camino por el que tenían que ir ya lo había recorrido Krabat en una ocasión, aquella vez con Tonda. Atravesar Koselbruch no era difícil. Solo podía haber dificultades una vez fuera, más allá del bosque, cuando hubiera que encontrar el camino vecinal que iba por las afueras de Schwarzkollm.

«En el peor de los casos —se dijo Krabat—, tendremos que ir campo a través».

Pero no hubo necesidad de ello.

A pesar de la oscuridad, llegaron como si tal cosa al sendero. Con las luces del pueblo a mano izquierda, fueron por los campos, alcanzaron pasado un rato el camino que había al otro lado de la localidad y lo tomaron hasta el siguiente cruce.

—Aquí tendría que ser —dijo Krabat.

En la linde del bosque fueron tanteando pino por pino. Krabat se puso muy contento cuando, finalmente, tocó con sus dedos el angulado tronco de la cruz de madera.

—¡Ven aquí conmigo, Juro!

Juro llegó rápidamente hasta allí a trompicones.

—¡Hay que ver cómo lo has conseguido, Krabat! ¡Debería imitarte todo el mundo!

Rebuscó en sus bolsillos y sacó acero y pedernal, luego hicieron arder un puñado de ramitas secas. Al resplandor del pequeño fuego recogieron trozos de corteza de árbol y ramas secas del suelo del bosque.

—Yo me encargaré de avivar la lumbre —dijo Juro—. Con el fuego y con la madera sí que sé manejarme bien.

Krabat se envolvió en la manta y se sentó al pie de la cruz. Igual que Tonda había estado allí sentado hacía un año estaba sentado él ahora: erguido, con las rodillas estiradas, la espalda apoyada contra el tronco de la cruz.

Juro se pasó todo el tiempo contando historias. De cuando en cuando Krabat decía «sí», o «ah» o «¡fíjate tú!». Lo decía al buen tuntún, sin estar escuchando realmente. Más no necesitaba para contentar a Juro. Este seguía hablando apasionadamente sobre esto o aquello, lo que se le iba ocurriendo en cada momento. Parecía no importarle nada que Krabat apenas le estuviera prestando atención.

Krabat pensaba en Tonda... y pensaba al mismo tiempo en la cantora. Se había acordado de ella sin quererlo. Se alegraba de que fuera a llegar el momento en que la oiría cantar, desde el pueblo, alrededor de medianoche.

¿Y si no la oía? ¿Y si aquel año cantaba otra muchacha?

Al intentar imaginarse la voz de la cantora descubrió que le resultaba imposible, que se le había ido de la memoria, había desaparecido, se había esfumado. ¿O acaso solo se lo parecía?

Aquello le resultaba doloroso; y el dolor que sentía era de una naturaleza peculiar que era nueva para él: como si le hubiera afectado alguna parte cuya existencia desconocía hasta ahora.

Intentó sobreponerse diciéndose: «Nunca me han interesado nada las muchachas, y así quiero que siga siendo en el futuro. ¿Qué es lo que sacaría de ello? Lo único que conseguiría sería que un día me ocurriera lo mismo que a Tonda. Estaría con el corazón oprimido de aflicción. Y por las noches, cuando mi vista cayera sobre la landa iluminada por la clara luz de la luna, saldría de mí mismo y buscaría el lugar en que yaciera bajo la hierba aquella a la que yo hubiera llevado la desgracia».

Krabat entretanto ya había aprendido el arte de «salirse de sí mismo». Era una de las pocas artes de cuyo uso el maestro había prevenido a los muchachos: «porque es bastante fácil que alguien que haya abandonado su cuerpo no pueda volver a entrar en él». Y es que el maestro les había advertido encarecidamente a los mozos del molino que uno solo podía salirse de sí mismo después de anochecer y regresar solamente antes de despuntar el nuevo día.

Para aquel que se descuidara y estuviera más tiempo fuera de sí mismo no había regreso posible. Su cuerpo permanecería cerrado para él y teniéndolo por muerto lo enterrarían, mientras él mismo tendría que vagar sin descanso entre la muerte y la vida, incapaz de mostrarse a los demás, incapaz de hablar o de hacerse notar de alguna otra manera y en eso radicaba el mayor tormento de aquel estado: hasta el más fútil de los duendes podía al menos dar golpes, hacer sonar cacharos y arrojar maderos contra la pared.

«No —pensó Krabat—, me guardaré muy mucho de salir de mí mismo... sea lo que sea lo que me atraiga a ello».

Juro se había callado, estaba acurrucado junto al fuego y apenas se movía. Si no hubiera sido porque de vez en cuando echaba alguna astilla a la lumbre o reavivaba el fuego con alguna ramita seca, Krabat habría estado tentado de creer que se había quedado dormido.

Así llegó la medianoche.

Volvieron a repicar a lo lejos las campanas de Pascua, y nuevamente empezó a cantar en Schwarzkollm una voz de muchacha: la voz que Krabat conocía, la que había estado esperando después de haberla buscado en vano en su memoria.

Ahora, sin embargo, al oírla le parecía incomprendible que hubiera podido olvidarla.

*¡Jesucristo
ha resucitado!
¡Aleluya,
aleluya!*

Krabat escucha atentamente el canto de la muchacha del pueblo, cómo las voces se iban alternando, primero la una y luego las demás, y mientras las otras cantan él ya está esperando que la primera vuelva a entonar.

«¿Qué pelo tendrá la cantora? —Piensa—. ¿Castaño quizá? ¿O negro? ¿O del color del trigo?».

Le gustaría saberlo. Le gustaría ver a la muchacha a la que está oyendo cantar, lo necesita.

«¿Y si saliera de mí mismo?», piensa. «Solo durante unos instantes, solo hasta que pueda verle la cara».

Ya pronuncia la fórmula mágica, ya siente cómo se va desprendiendo de su cuerpo, cómo se va exhalando hacia la negra noche.

Echa un vistazo al fuego: a Juro, que está allí acurrucado como si fuera a dormirse en cualquier momento, a sí mismo, cómo, sentado erguido, se apoya en la cruz, ni muerto, ni vivo. Todo lo que constituye la vida en Krabat está ahora allí fuera, está fuera de él. Está libre, ligero y sin carga

alguna, y muy despierto, mucho más despierto con todos sus sentidos de lo que lo ha estado jamás.

Aún vacilaba en dejar solo su cuerpo. Se trataba de soltar un último vínculo. No le es fácil porque sabe que puede ser una separación para siempre. A pesar de ello, se aparta de la mirada del muchacho que está junto al fuego y lleva su nombre y se encamina hacia el pueblo.

Nadie oye a Krabat, nadie le puede ver. Él, por el contrario, lo oye y lo ve todo con una claridad que le sorprende.

Cantando, las muchachas recorren de arriba abajo la calle principal del pueblo con sus faroles y los cirios pascuales, con sus trajes de comulgar, que son negros desde los zapatos hasta la cofia, excepto por la blanca cinta de la frente sobre el pelo con raya en medio peinado muy tirante hacia atrás.

Krabat actúa como hubiera actuado Krabat si hubiera sido visible: se une a los mozos del pueblo, que están de pie en grupos a ambos lados de la calle, observando a las muchachas. Hay chistes y recados.

—¿No podéis cantar más fuerte? ¡Apenas se os oye!

—¡Tened cuidado con las luces, no os vayáis a quemar la nariz!

—¿No queréis venir aquí a calentaros un poco? ¡Estáis completamente moradas por el frío!

Las muchachas hacen como si para ellas los mozos que están en las aceras no existieran. Aquella es su noche, les pertenece solo a ellas. Siguen tranquilas su camino y cantan, calle arriba, calle abajo.

Más tarde van a una de las casas de labor para calentarse. Los mozos intentan meterse tras ellas, el padre de familia no les deja entrar. Entonces se apresuran a las ventanas del cuarto y miran dentro. Las muchachas están alrededor de la chimenea, la aldeana les da pastelillos de Pascua y leche caliente. Los mozos no pueden ver nada más, pues entonces vuelve a aparecer el padre de familia, esta vez con un palo.

—¡Zape! —exclama, igual que se ahuyenta a los gatos molestos—. ¡Fuera de aquí, rufianes... u os doy un palo!

Los mozos se retiran enfurruñados; Krabat, que no tendría en absoluto por qué hacerlo, les sigue. Se quedan esperando por los alrededores hasta que las muchachas abandonan la casa y siguen su camino.

Ahora Krabat ya sabe que la cantora tiene el pelo claro. Es delgada y de buena estatura, y tiene un modo orgulloso de caminar y de llevar la cabeza erguida. Realmente podría haber regresado con Juro junto al fuego hace ya tiempo, y seguramente debería hacerlo ya.

Pero hasta ahora solo ha conseguido observar a la cantora desde lejos, desde la acera, y ahora quiere mirarla a los ojos.

Krabat se identifica con la luz de la vela que la cantora lleva ante sí. Ahora está tan cerca de ella..., tan cerca como él nunca lo ha estado jamás de una muchacha. Mira y ve un rostro joven, muy hermoso en el estrecho marco que forman la cinta de la frente y la cofia. Sus ojos son grandes y apacibles, dirigidos hacia abajo le miran y no le ven... ¿o sí?

Krabat sabe que no puede quedarse ni un instante más y que debe regresar junto al fuego. Pero los ojos de la muchacha, los claros ojos coronados por aquellas pestañas, le retienen, ya no es capaz de marcharse de allí. La voz de la cantora ya solo la oye muy lejana, ahora ya no es importante para él desde que la mira a los ojos.

Krabat sabe que va a hacerse de día; no puede apartarse de ella. Sabe que su vida está perdida si no se separa a tiempo y regresa. Lo sabe... y no lo consigue.

Hasta que le sacude un dolor repentino y agudo que abrasa como el fuego y le arranca súbitamente de allí.

Krabat volvía a encontrarse en la linde del bosque, al lado de Juro. En el dorso de la mano tenía un trocito de madera ardiendo, se lo sacudió rápidamente.

—¡Oh Krabat! —exclamó Juro—. ¡Ha sido sin querer! De repente me pareció que estabas tan raro..., tan diferente a como estás normalmente... que te he iluminado la cara con esta astilla. ¿Quién iba a figurarse que te iba a caer la brasa en la mano?... ¡Enséñamela, a ver si es grave!

—No es mucho —dijo Krabat.

Escupió sobre la quemadura. No debía mostrar lo agradecido que le estaba a Juro por su torpeza. Sin su quemadura él ahora no estaría allí, seguro que no. El dolor en el dorso de la mano había provocado que Krabat se hubiera unido a su cuerpo en un abrir y cerrar de ojos..., no le había sobrado ni un minuto.

—Se está haciendo de día —dijo Krabat—, vamos a cortar las astillas.
Cortaron las astillas, las metieron en la lumbre.

*Te signo, hermano,
Con carbón de la cruz de madera,
Te signo
Con la marca de la Hermandad Secreta.*

Por el camino de vuelta al molino se encontraron a las muchachas con sus cántaros de agua. Durante un instante Krabat pensó si debía hablarle a la cantora. Pero luego lo dejó estar: porque Juro estaba allí presente... y porque no quería asustar a la cantora.

Historias de Pumphutt

Y de nuevo el yugo ante la puerta, y las bofetadas en la mejilla, y la promesa solemne de seguir obedeciendo al maestro en todo. Krabat estaba en las nubes. Los ojos de la cantora le perseguían: y eso que solo habían mirado la llama de un cirio pascual, sin ver a Krabat.

«La próxima vez apareceré ante sus ojos en forma visible —se propuso—. Debe saber que es a mí a quien mira».

Los últimos muchachos habían regresado, el agua golpeó en el caz, el molino se puso en marcha. El maestro echó a los doce al cuarto de la molienda, a que se pusieran a trabajar.

Krabat hacía lo que tenía que hacer, con la sensación de que no era él quien llevaba allí los costales desde el granero, quien echaba el grano dentro del sacudidor (aquel día cayó mucho fuera) y quien poco a poco empezaba a sudar. Oía la voz del maestro como si hubiera paredes por medio, no le interesaba nada. Un par de veces chocó contra un camarada, sin querer, pues con sus pensamientos estaba muy lejos de allí. Una vez se escurrió en el último peldaño de la escalera que subía a la plataforma y se golpeó la rodilla; no lo sintió mucho, equilibró el costal, que amenazaba con resbalársele del hombro, y siguió subiendo.

Trabajó como una mula. No le importaba mucho, no le molestaba demasiado que con el tiempo le fueran pesando los pies, que salpicara gotas de sudor cuando se sacudía, que tuviera que bregar y que dejarse la piel con los malditos costales de doce fanegas. Todo lo que ocurría aquella mañana en el molino era cosa del Krabat que había estado toda la noche sentado a los pies de la cruz de madera; al otro, al que había estado en Schwarzkollm, aquello le era indiferente, él era un extraño allí, él no tenía nada que ver con todo aquello, no lo comprendía.

Aquella vez fue Witko el primero que gritó de júbilo y el que dio la señal para el gran regocijo.

Krabat se detuvo asombrado, luego se escupió en las manos y fue a lanzarse a por el siguiente costal. Juro le dio un codazo.

—¡Déjalo, Krabat!

El golpe había sido certero, debajo del hombro izquierdo, en el sitio en donde más dolía. Durante un rato Krabat se quedó sin respiración; luego, cuando ambos Krabat ya volvían a ser uno, con voz oprimida, dijo:

—¡Eh, Juro te voy a dar un puñetazo... en la nariz..., imbécil!

Se rieron, bebieron, comieron los buenos y dorado amarillentos pastelillos de Pascua... y más tarde bailaron:

*Rum-bidi-bum-bidi-bado
La rueda rueda, rueda rodado,
El molinero es un viejo
Tonto y jorobado.*

*Y llega el mes de mayo
Con flores bellas
Y él va y se busca
A una doncella
De cuerpo joven y bien formado.*

*La rueda rueda, rueda rodado
Y el molinero que es jorobado
Y está alelado.*

Cantaron y bailaron, y Witko cantaba a grito pelado las canciones, como si quisiera acallar completamente con su voz estridente y metálica las de todos los demás.

Más tarde Staschko se dirigió a Andrusch y le preguntó si no querría contarles alguna historia, por ejemplo, de Pumphutt.

—Está bien —dijo Andrusch—. ¡Pasadme el vino!

Tomó un buen trago antes de comenzar con su historia.

—Pues bien —empezó a contar—, un buen día Pumphutt llegó a Schleife, a ver al molinero mayor, que, como debéis saber, era tan avaro que clamaba al cielo... Pero me estoy dando cuenta de que quizá Witko no sepa siquiera quién es Pumphutt...

Por lo que se vio, Witko no lo sabía, y Krabat tampoco.

—Pues entonces tendré que explicarlo antes.

Andrusch les prometió a los oficiales que sería breve.

—Pumphutt —dijo—, es un mozo de molino lusaciano igual que nosotros, de la región de Spohla, me parece. Delgado él, muy alto... y tan viejo que nadie puede decir con seguridad cuánto. Sin embargo, si le vierais no le echaríais más de cuarenta años. En el lóbulo de la oreja izquierda lleva un arillo de oro, muy pequeño y muy estrecho, que apenas se ve a no ser que por casualidad le dé el reflejo del sol. En cambio lleva un sombrero muy grande, de ala ancha y copa puntiaguda. Es por este sombrero por lo que le llaman Pumphutt, y por él se le puede reconocer..., aunque no siempre, como vais a oír. ¿Me seguís?

Krabat y Witko asintieron con la cabeza.

—Y debéis saber además que Pumphutt es un mago..., quizá el más grande que haya habido jamás en Lusacia, y eso ya es mucho. Todos nosotros juntos no tenemos ni la mitad del arte que tiene Pumphutt solamente en su dedo meñique. A pesar de ello ha seguido siendo toda su vida un simple mozo de molino. Nunca ha tenido ninguna gana de hacerse maestro... y muchísimo menos aún de ser algo más importante, como empleado de la administración, por ejemplo, o juez o algo en la corte. Y eso que le hubiera resultado muy fácil si él hubiera querido, pero no quiere. ¿Y por qué no quiere? Pues porque es un mozo libre y quiere seguirlo siendo, y en verano va de molino en molino, a su aire, sin tener a nadie por encima de él, ni a nadie por debajo..., eso es lo que le gusta, ¡y a mí también me gustaría, maldita sea, si pudiera elegir!

Los mozos del molino eran del mismo parecer que Andrusch. Llevar una vida como la de Pumphutt, ser uno dueño de sí mismo, no tener que bailar al son que otro toque..., eso hubiera sido muy de su agrado, y más que nunca aquel día, que habían tenido que volverle a prometer obediencia

al molinero y se habían comprometido a pasar un año más en el molino de Koselbruch.

—¡Está bien, Andrusch, pero ahora cuéntenos la historia! —exclamó Hanzo.

—Tienes razón, hermano: ¡El preámbulo ya ha sido bastante largo, creo yo! Pasadme otra vez el jarro y escuchad...

»Un buen día —empezó a contar Andrusch—, Pumphutt llegó a Schleife, y fue a ver al molinero mayor, que como ya he dicho antes era un avaro como no había otro igual. Aquel hombre escatimaba hasta la mantequilla del pan y la sal de la sopa. Por eso siempre había tenido también problemas con los mozos de molino, pues ninguno se quería quedar con él. Trabajar mucho y comer mal, como es sabido, no hay nadie que lo resista por mucho tiempo.

»Pues bien, aquella vez Pumphutt se presenta en aquel molino y pide trabajo.

»—Trabajo hay más que suficiente —dice el molinero mayor, que realmente hubiera debido figurarse quién era aquel que tenía delante, con su puntiagudo sombrero y su pendiente en la oreja.

»Pero precisamente siempre ocurre que quien tiene que tratar con Pumphutt se da cuenta demasiado tarde de lo que hubiera tenido que darse cuenta enseguida. Y el molinero mayor de Schleife tampoco se da cuenta de ello, y Pumphutt se compromete a ser su ayudante durante tres semanas.

»Hay allí otros dos mozos y un aprendiz, más delgados que una estaca los tres, con las piernas hinchadas de tanto beber agua. Pues agua hay más que de sobra en el molino, eso es lo único que el molinero no les escatima. De pan andan bastante escasos, de sémola más escasos todavía, y carne o tocino nada en absoluto, solo a veces queso, y medio arenque alguna que otra vez. Los tres trabajan mal que bien porque son unos pobres diablos, y el molinero tiene un papel firmado por ellos conforme le deben dinero, y por eso no pueden marcharse.

»Pumphutt observa todo aquello durante una temporada. Oye cómo al aprendiz le suenan las tripas de hambre todas las noches hasta que se queda dormido. Ve cómo a los dos oficiales, cuando se lavan por las mañanas en la fuente, se les transparenta al sol la tripa de tan flacos como están.

»Más adelante, un día a la hora de comer, están sentados a la mesa, hay mucho ruido en el cuarto, el molino sigue trabajando, anteriormente han echado a moler una partida de alforfón y ahora se está moliendo... Pues bien, un día a la hora de comer llega el maestro justo cuando se están tomando la sopa: una cosa aguada e insípida, con ortigas y armuelle dentro y cinco, seis, quizá siete granos de comino. Ese es el momento oportuno para que Pumphutt se las vea con el molinero.

»—¡Eh, maestro! —exclama indicándole la soper—. Llevo ya dos semanas viendo lo que le sirves de comer a la gente de tu molino. ¿No crees tú que a la larga resulta un poquito escaso? ¡Pruébala! —le dice tendiéndole la cuchara.

»El molinero hace como si con el ruido que hace el molino no hubiera podido entender lo que Pumphutt ha dicho. Se señala los oídos con el dedo, sacude la cabeza y sonríe burlonamente.

»Pero la sonrisa burlona se le borra enseguida. Pumphutt, que sabe hacer muchas más cosas que simplemente comer pan, pega una palmada en la mesa... y en un instante, ¡zas!, el molino se para, y además completamente, sin que nada traquatee ni dé sacudidas. Solo el agua corre rápidamente por el saetín y choca contra las paletas de la rueda: y no puede ser porque alguien haya abierto la esclusa. Se tiene que haber atascado alguna cosa en el mecanismo. ¡Mientras no haya sido la rueda dentada o el eje de la muela!

»Al molinero mayor de Schleife, una vez que se ha repuesto del susto inicial, le entran los nervios.

»—¡Rápido! —exclama—. ¡Rápido! —vuelve a exclamar—. ¡Muchacho, tú vete a cerrar la esclusa! ¡Y los demás iremos a ver qué le ha pasado al molino! ¡Pero aprisa, aprisa, vamos!

»—No tenéis por qué hacerlo —dice Pumphutt con toda la tranquilidad del mundo, y esta vez es él el que sonríe burlonamente.

»—¿Cómo es eso? —preguntó el maestro.

»—Porque he sido yo el que ha hecho que se pare el molino.

»—¿Tú?

»—Yo soy Pumphutt.

»Un rayo de sol entra, que ni a propósito, por la ventana del cuarto, y brilla cierto pendiente de oro en el lóbulo de cierta oreja.

»—¿Tú eres Pumphutt?

»Al molinero se le ponen las rodillas como si fueran de mantequilla. Y es que sabe cómo se las gasta Pumphutt con los maestros que tratan mal a sus mozos y los tienen viviendo en la miseria. ¡Dios mío! —Piensa—. ¿Cómo no me daría cuenta cuando vino a pedirme trabajo? ¿Es que he estado ciego todo este tiempo?

»Pumphutt le manda que salga a buscar papel y tinta. Luego le va indicando lo que tiene que darles a sus ayudantes de ahora en adelante:

»—Para cada uno media libra de pan al día, bien pesada. Por la mañana temprano una abundante papilla de granos de trigo o de mijo, también puede ser de alforfón o de cebada, cocida en leche, los domingos y días festivos con azúcar. Dos veces a la semana, a mediodía, carne y verdura hasta que todo el mundo se harte; los demás días un puré de guisantes o judías con tocino o albondiguillas fritas o cualquier otro plato nutritivo a tu elección, en cantidad suficiente, bien condimentado con todo lo necesario... —Así va escribiendo y escribiendo, toda una lista completa. Determina con absoluta precisión lo que el molinero mayor de Schleife tiene que darles en el futuro a los muchachos—. ¡Fírmalo con tu nombre —dice Pumphutt cuando ha terminado con su lista— y luego júrame que lo cumplirás!

»El molinero sabe que no le queda otra elección, así que pone su nombre debajo y jura.

»Pumphutt entonces deshace el hechizo del molino —¡zas!— dando con la mano en la mesa... y ya vuelve a girar. La lista se la da a uno de los dos oficiales para que la guarde; luego, y esta vez a pesar del ruido del molino le entiende perfectamente, le dice al molinero:

»—Para que nos entendamos, maestro: lo que has jurado, jurado está. Cuando me vaya guárdate de romper tu juramento, si no... ¡zas! —El molino ya volvía a estar parado, sin ningún traqueteo y sin ninguna sacudida, y el molinero se llevó un susto tremendo—. Y entonces —dice Pumphutt—, entonces se habrá acabado el trabajo para siempre, entonces ya no habrá nadie que pueda volver a poner en marcha este trasto. ¡No lo olvides!

»Y, según lo ha dicho, hace que el molino vuelva a funcionar, y se marcha.

»Desde entonces, según se dice, los mozos de molino del molino de Schleife llevan una buena vida. Les dan lo que les apetece, nadie pasa hambre, y tampoco tiene ya las piernas hinchadas por tanta agua».

A los muchachos les gustó la historia de Pumphutt que Andrusch les había contado.

—¡Sigue! —Le exigieron—. ¡Cuéntanos más cosas de él! ¡Échate otro trago y cuéntanos!

Andrusch se llevó el jarro a los labios para aclararse la garganta, y siguió contando cosas de Pumphutt: cómo se las había tenido con los maestros de Bautzen y de Sohrau, de Rumburg y de Schluckenau... para su diversión y beneficio de los ayudantes de los molineros.

Krabat hubo de pensar en su propio maestro, le vino a la memoria el viaje a Dresde cuando fueron a visitar al Príncipe Elector... y se preguntó qué ocurriría si por casualidad Pumphutt se las viera alguna vez con su maestro: ¿quién de los dos se impondría al otro en caso de que ambos se enfrentaran en una prueba de fuerza?

Comercio de caballos

Después de Semana Santa empezaron a renovar todo el maderaje que había en el molino. El maestro se lo había encargado a Staschko, que era el más hábil de los muchachos; le había asignado como ayudantes a Kito y a Krabat. Desde la cámara de la harina hasta el tejado, revisaron todo lo que era de madera; y donde los tres veían que algo estaba dañado, que una viga amenazaba con romperse, que un estribo se había separado de su espiga o que las tablas del piso intermedio tenían carcoma, lo cambiaban o lo arreglaban de alguna otra forma, ya fuera apuntalando, ya fuera con una viga maestra. En el encofrado del caz había algunas cosas que reparar, había que entibar de nuevo la presa, y en la casa les estaba esperando la construcción de una nueva rueda hidráulica.

Staschko y sus ayudantes lo hacían casi todo con sus hachuelas, como era natural en unos mozos de molino que se preciaban. No echaban mano de la sierra sino cuando era imprescindible, y aun entonces no lo hacían de buen grado.

Krabat se alegraba de tener un trabajo que apenas le permitía pensar «en ninguna otra cosa», o sea, en la cantora.

A pesar de ello, pensaba demasiado a menudo en ella, y a veces temía que los demás estuvieran dándose cuenta de cuáles eran sus pensamientos. Lyschko al menos ya se había olido algo; un día le preguntó qué le pasaba.

—¿A mí? —preguntó Krabat—. ¿Por qué?

—Porque últimamente apenas escuchas cuando alguien te dice algo. Yo conocí una vez a uno que estaba preocupado por una muchacha... y a él le ocurría algo parecido a lo que te ocurre a ti.

—Y yo —dijo Krabat lo más tranquilo y lo más natural que pudo—, yo conocí una vez a alguien que creía oír crecer la hierba; pero no era más que

la paja que crujía dentro de su mollera.

En la Escuela Negra Krabat se aplicaba mucho, pronto ya no tuvo nada que envidiarles a la mayoría de sus camaradas en el conocimiento de las Ciencias Ocultas. Solo Hanzo y Merten estaban aún por delante de él y, sobre todo, Michal, que desde comienzos de año se había convertido en un alumno modelo y había aventajado con mucho a todos los demás muchachos.

El molinero estaba visiblemente satisfecho del empeño de Krabat; lo elogiaba a menudo y le espoleaba para que siguiera por ese camino.

—Veo ya —dijo un viernes por la tarde del mes de mayo después de la clase— que vas a llegar a algo en las Ciencias Ocultas. Por las cualidades que observo en ti tienes para ello madera como pocos. ¿Crees que te hubiera llevado conmigo, si no, a la corte del Príncipe Elector?

Krabat estaba orgulloso de que el maestro estuviera satisfecho de él. ¡La única lástima era que no tuviera ocasión de poner en práctica más a menudo los conocimientos adquiridos en las clases de magia!

—Eso tiene fácil remedio —dijo el maestro como si le hubiera leído a Krabat el pensamiento—. Mañana irás con Juro al mercado de Wittichenau y le venderás por cincuenta gulden como si fuera un caballo negro. ¡Pero ten cuidado no te vaya a causar problemas el tonto ese!

Al día siguiente Krabat iba con Juro camino de Wittichenau. Se acordó de Blaschke, el boyero de Kamenz y pegó un silbido. Lo de la venta del caballo prometía ser muy divertido. Por eso le extrañó aún más cuando se dio cuenta de que Juro estaba preocupado y cada vez iba más cabizbajo.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque llevas una cara que se diría que te están llevando a la horca.

—¿Y cómo no la voy a llevar? —dijo Juro sonándose la nariz con dos dedos—. No lo voy a conseguir, Krabat..., yo nunca me he transformado en caballo.

—No puede ser tan difícil, yo te ayudaré.

—¿Y de qué me sirve eso? —Juro se quedó parado y le miró con tristeza—. Con tu ayuda me convertiré en caballo, bien, tú me venderás por

cincuenta gulden... y con ello se habrá acabado el asunto. ¡Para ti, Krabat, pero no para mí! ¿Y por qué no? ¡Muy sencillo! ¿Cómo voy a poder volver a salir de la piel del caballo sin tu ayuda? Estoy casi seguro de que el maestro me ha cargado el mochuelo para librarse de mí.

—¡Bah! —dijo Krabat—. ¡Que tonterías dices!

—Que sí, que sí —le rebatió Juro—. No lo conseguiré, soy demasiado estúpido.

Tal como estaba en ese momento, con las orejas gachas y el moco caído, parecía la viva imagen de la desolación.

—¿Y si cambiamos los papeles? —propuso Krabat—. Lo principal es que consiga su dinero. ¿Qué más le da quién de nosotros sea el que vende a quién?

Juro estaba feliz.

—¡Vas a hacer eso por mí, hermano!

—No es para tanto —repuso Krabat—. Prométeme que no le dirás nada a nadie; no nos resultará muy difícil, creo yo.

Siguieron su camino silbando hasta que divisaron los tejados de Wittichenau. Entonces se salieron de la carretera y se fueron detrás de un granero.

—Este es un buen sitio —dijo Krabat—, aquí nadie nos verá cuando me transforme en caballo. Ya sabes que no me debes vender por debajo de cincuenta gulden bajo ningún concepto. Y antes de que me sueltes de tus manos quítame el ronzal: si no, tendré que seguir siendo un jamelgo durante toda mi vida ¡y desearía algo mejor para mí!

—No temas —dijo Juro—, ¡ya tendré cuidado! Aunque sea tonto..., tan tonto no soy.

—Está bien —dijo Krabat—. A ver si es verdad.

Murmuró una fórmula mágica y se transformó en un negro corcel, magníficamente ensillado y embridado.

—¡Caray! —exclamó Juro—. ¡Menudo alarde de caballo!

Los tratantes de caballos del mercado de Wittichenau se quedaron con los ojos y la boca de par en par en cuanto vieron aquel semental, y se acercaron corriendo.

—¿Cuánto cuesta?

—Cincuenta gulden.

No pasó mucho tiempo y ya había un tratante de caballos de Bautzen que estaba a punto de pagar el precio que le pedían. Cuando Juro iba ya a exclamar «¡trato hecho!» se inmiscuyó en el trato un extraño. Llevaba un gorro polaco y una guerrera de montar roja con cordones de plata: era quizá un coronel retirado... o alguna otra persona distinguida.

—Está a punto de hacer un mal negocio —le advirtió a Juro con voz estridente—. Su semental vale mucho más de cincuenta gulden. ¡Yo le ofrezco cien!

El tratante de Bautzen se puso furioso. ¿Por qué tenía que entrometerse aquel loco? Y además, ¿quién era? Nadie conocía a aquel extraño que parecía un noble y no lo era, nadie excepto Krabat.

Krabat le había reconocido enseguida por el parche que llevaba en el ojo izquierdo y por la voz. Hinchó los ollares, bailoteó de un lado a otro. ¡Si hubiera podido advertirle a Juro de alguna manera! Pero Juro parecía no darse ninguna cuenta de lo intranquilo que se había puesto Krabat. Al parecer no pensaba más que en los cien gulden.

—¿Qué es lo que duda? —le urgió el extraño. Sacó una bolsa y se la tiró al mozo.

Juro le hizo una reverencia.

—¡Mil gracias, señor!

Un instante después el extraño puso manos a la obra. Le arrancó de las manos las riendas al perplejo Juro y de un salto ya estaba montado en la grupa de Krabat. Le clavó las espuelas en los flancos con tanta fuerza que se encabritó pegando un relincho.

—¡No os marchéis, señor! —exclamó Juro—. ¡El ronzal! ¡Habéis de dejarme el ronzal!

—¡De eso nada! —contestó el extraño soltando una carcajada, y entonces hasta Juro le reconoció.

El maestro le golpeó a Krabat con la fusta.

—¡Arre!

Y sin preocuparse más de Juro se marchó rápidamente de allí.

¡Pobre Krabat! El maestro le hizo galopar la landa de abajo arriba, le atosigó llevándole a todo correr por setos y zanjas, por zarzales y lodazales.

—¡Te voy a enseñar yo a ti a obedecer!

Cuando Krabat empezaba a desfallecer el molinero le golpeaba con la fusta. Le metía las espuelas con tanta fuerza que al muchacho le dolía igual que si le estuvieran clavando en la carne agujas al rojo.

Krabat intentó descabalgarse al maestro, se encabritó, tiró de las riendas, se esparrancó.

—¡Encabritate todo lo que quieras! —exclamó el maestro—. ¡No conseguirás tirarme!

A base de fusta y de espuelas fue volviendo más dócil a Krabat. Un último intento que hizo de desmontar al jinete no dio resultado. Krabat entonces dio la batalla por perdida y se doblegó. Tenía las crines empapadas en sudor y echaba espuma por el morro. Echaba vaho por todo el cuerpo, jadeaba, temblaba. Por los flancos le manaba sangre, la sentía correr, caliente, hacia abajo por la parte interior del muslo.

—¡Bien así!

El maestro dejó reposar a Krabat, luego le hizo ir al trote. Galope derecho, galope izquierdo, de nuevo un trote ligero, un rato al paso... y luego parar.

—Podías haberlo tenido todo mucho más fácil.

El maestro desmontó del caballo, soltó el ronzal.

—¡Ahora conviértete de nuevo en hombre!

Krabat se transformó; las contusiones, los desgarros, las heridas y los moratones se le quedaron.

—¡Tómalo como un castigo por tu desobediencia! ¡Cuando te haga un encargo has de cumplirlo exactamente como te lo ordene y no de otra manera! ¡La próxima vez no vas a escapar tan bien librado, no lo olvides!

El maestro no dejó lugar a dudas de que lo estaba diciendo muy en serio.

—¡Y una cosa más! —exclamó levantando un poco la voz—. ¡Nadie te impide que te resarzas con Juro! ¡Toma!

Le puso al muchacho la fusta en la mano. Luego se dio la vuelta y echó a andar, y pocos pasos después se elevó por los aires: un azor que emprendió el vuelo a toda velocidad.

Krabat hizo el camino de regreso cojeando. Cada dos pasos tenía que pararse. Parecía que tenía plomo en los pies. Le dolían todos los huesos del cuerpo, tenía todos los músculos doloridos. Cuando llegó a la carretera de Wittichenau se dejó caer a la sombra del árbol más cercano para descansar. ¿Qué diría la cantora si le viera ahora?

Pasado un rato vino Juro andando por el camino, apocado, con remordimientos de conciencia.

—¡Eh, Juro!

El tonto se asustó cuando Krabat le llamó.

—Pero ¿eres tú?

—Sí —dijo Krabat—. Soy yo.

Juro dio un paso atrás. Señaló la fusta con una de sus manos mientras se tapaba la cara con la otra.

—Me vas a dar una paliza, ¿verdad?

—Seguramente eso es lo que debería hacer —opinó Krabat—. Por lo menos eso es lo que el maestro espera que haga.

—¡Pues entonces hazlo pronto! —dijo Juro—. Me he merecido una buena tunda, es verdad, y prefiero pasar el mal trago cuanto antes.

Krabat se sopló el pelo que le caía sobre la frente.

—¿Crees tú que de esta manera se me iba a curar antes el pellejo?

—Pero, y el maestro qué.

—No me lo ha ordenado —repuso Krabat—. No ha sido más que un consejo suyo. ¡Ven aquí, Juro, siéntate aquí en la hierba a mi lado!

—Como tú digas —dijo Juro.

Se sacó del bolsillo un trozo de madera, o algo por el estilo, y con él pintó un círculo alrededor del sitio en donde estaban descansando; luego añadió al círculo tres cruces y una estrella de cinco puntas.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —quiso saber Krabat.

—Bah..., nada —dijo Juro restándole importancia—. No es más que una protección contra los mosquitos y las moscas, ¿sabes? No me gusta que me piquen. ¡Déjame que te vea la espalda! —dijo levantándole la camisa a Krabat—. ¡Qué barbaridad! ¡El maestro te ha dejado hecho «un cristo»!

Silbó entre dientes y se rebuscó en los bolsillos.

—Tengo yo aquí una pomada, siempre la llevo conmigo, la receta es de mi abuela. ¿Quieres que te la unte?

—Si sirve de algo... —opinó Krabat.

Y Juro le aseguró:

—En todo caso, mal no te va a hacer.

Le untó la pomada a Krabat con cuidado. Era agradablemente fresca e hizo que los dolores remitieran rápidamente. Krabat tenía la misma sensación que si le estuviera saliendo una nueva piel.

—¡Hay que ver qué cosas! —exclamó sorprendido.

—Es que mi abuela —dijo Juro— era una mujer muy lista. Nosotros en general somos una familia lista, Krabat..., excepto yo. Cuando pienso que por mi estupidez podrías haber tenido que seguir siendo un caballo toda tu vida...

Se estremeció y puso los ojos en blanco.

—¡Déjalo! —le rogó Krabat—. ¡Ya ves que al final hemos tenido suerte!

Regresaron a casa en buena armonía. Cuando ya casi habían atravesado Koselbruch, poco antes de llegar al molino, Juro empezó a cojear.

—¡Tú debes cojear también, Krabat!

—¿Y eso por qué?

—Porque el maestro no debe enterarse de lo de la pomada. No debe enterarse nadie.

—¿Y tú? —preguntó Krabat—. ¿Por qué cojeas tú también?

—¡Porque me has pegado una paliza, no lo olvides!

Vino y agua

A finales de junio empezaron a construir la rueda hidráulica. Krabat ayudó a Staschko a tomar las medidas del viejo rodezno. La nueva rueda tenía que tener las mismas medidas en todas sus partes, porque cuando estuviera terminada la iban a montar sobre el eje que había. Detrás de la cuadra, entre el granero y el cobertizo, tenían su taller de carpintería. Allí pasaban ahora los días preparando todo lo necesario, los escalones y los radios, las piezas de la pestaña de la rueda, los puntales y los alabes, según se lo iba haciendo y facilitando Staschko.

—¡Todo tiene que encajar bien! —Les advertía a sus ayudantes—. ¡Que nadie pueda burlarse de nosotros cuando montemos la rueda!

Ahora ya anochecía bastante tarde; los mozos del molino, cuando hacía buen tiempo, se solían sentar al aire libre delante del molino, y Andrusch tocaba la armónica.

A Krabat, a esas horas, le hubiera gustado irse a Schwarzkollm. Podría ser que la cantora, sentada a la puerta de su casa, le hiciera un gesto con la mano respondiendo a su saludo mientras pasaba por su lado. ¿O estaría ella acaso en compañía de las otras muchachas, cantando de nuevo? Más de una tarde, cuando el viento soplaba de Schwarzkollm, creyó poder oír el canto lejano; pero la verdad es que aquello no era muy probable, estando el bosque por medio.

¡Si hubiera podido encontrar alguna excusa para marcharse! ¡Un motivo razonable y poco comprometido que no despertara recelos ni siquiera a Lyschko! Era posible que algún día se presentara por sí sola esa excusa, sin despertar las sospechas de nadie... y sin poner en peligro a la cantora.

En el fondo no sabía demasiado de ella. Qué aspecto tenía sí. Cómo caminaba y cómo mantenía alta la cabeza, y cómo sonaba su voz..., todo

eso lo sabía él con tanta seguridad como si lo hubiera sabido desde siempre; y también sabía que la cantora nunca se le quitaría de la mente en toda su vida igual que no se le iba de la mente Tonda.

Y sin embargo ni siquiera sabía cómo se llamaba ella.

Se lo preguntaba a sí mismo una y otra vez, y se complacía en buscarse un nombre: Milenka... Raduschka... Duschenka sería un nombre que le quedaría bien.

«Lo de no saber cómo se llama realmente está bien, —pensaba Krabat—. No sabiendo cuál es su nombre tampoco lo revelaré, ni despierto ni en sueños, tal como me advirtió encarecidamente Tonda aquella vez, hace mil años, sentados junto al fuego aquella víspera de Pascua... él y yo».

Krabat seguía sin haber ido a visitar la tumba de Tonda. En aquellas semanas, un día que se despertó con las primeras luces del alba, salió del molino a hurtadillas y se fue corriendo a Koselbruch. En cada tallo de hierba, en cada rama había gotas de rocío. Krabat iba dejando allá por donde iba un rastro oscuro en la hierba.

Cuando salió el sol estaba en el extremo inferior de la Planicie Yerma, no lejos del lugar en el que habían alcanzado por primera vez suelo firme en aquella ocasión en que Tonda y él volvían de extraer turba.

Por el camino, Krabat había arrancado en la orilla de una charca unas cuantas flores silvestres para ponerlas sobre la tumba de Tonda.

Vio entonces ante sí a la luz del sol de la mañana la fila de montículos planos y alargados: eran todos iguales, sin ninguna señal característica, sin nada que los diferenciara. ¿Habían enterrado a Tonda al final de la fila empezando por la izquierda o por la derecha? Las separaciones que había entre los montículos eran desiguales. También era posible que la tumba de Tonda estuviera allí en medio.

Krabat estaba desorientado. En su memoria no había nada que le pudiera servir de referencia. Cuando enterraron a Tonda todo aquello estaba blanco, allanado por la nieve.

«Me parece que no la voy a poder encontrar», pensó Krabat.

Lentamente fue recorriendo la fila y dejando una flor silvestre encima de cada montículo. Al final le sobraba una. Hizo girar el tallo entre sus dedos, la observó y dijo:

—Para el próximo que enterremos aquí fuera...

Luego dejó caer la flor, y solo entonces, durante el breve tiempo que tardó en llegar al suelo, se dio cuenta de lo que acababa de decir. Krabat se asustó, pero ya no podía retirar sus palabras, y la flor estaba allí donde estaba: al extremo superior de la fila, entre el montículo que estaba más a la derecha y la linde del bosque.

Cuando volvió al molino nadie parecía haberse dado cuenta de dónde había estado Krabat; y, sin embargo, alguien le había estado observando a escondidas: Michal. Por la tarde le reprendió cuando se encontraron a solas.

—Los muertos, muertos están —dijo Michal—. Ya te lo dije una vez, y te lo vuelvo a decir ahora. Al que muere en el molino de Koselbruch se le olvida como si nunca hubiera existido: solo así pueden seguir viviendo los demás... y hay que seguir viviendo. ¡Prométeme que te atenderás a ello!

—Lo prometo.

Krabat asintió con la cabeza..., pero mientras asentía sabía que había prometido algo que ni quería ni podía cumplir.

El trabajo de la rueda hidráulica duró, en total, sus buenas tres semanas. No utilizaron ni un solo clavo. Las piezas se ajustaron y se ensamblaron perfectamente unas con otras; más tarde, cuando hubieran puesto la rueda en el agua las espigas se hincharían: eso resistía mejor que cualquier cola.

Staschko se aseguró por última vez de que las medidas estaban bien y de que ya no faltaba nada; luego fue a ver al maestro para anunciarle que la rueda estaba lista.

El maestro fijó para el miércoles siguiente la fecha en la que montarían la rueda. Entonces hubiera debido enviar un mensaje a todos los molineros de los alrededores invitándoles para ese día con sus mozos, según era costumbre. Pero el molinero de Koselbruch hacía caso omiso de ese tipo de costumbres, a él le importaban un comino los molineros vecinos, y dijo:

—¿Para qué queremos a esa gente extraña aquí en el molino? La rueda podemos montarla nosotros solos.

Hasta el miércoles, Staschko, Krabat y Kito aún tuvieron suficientes cosas que hacer. Había que colocar un fuerte andamiaje sobre la rueda vieja y el saetín; tenían que encargarse de proveerse de cuerdas, torno y polea;

también había que preparar soportes, garruchas y palancas de uña y el resto de la madera de construcción.

El martes por la tarde los ayudantes del molinero colocaron un festón entrelazado a los radios de la nueva rueda, y Staschko puso unas cuantas flores como remate. Estaba orgulloso de su obra. ¡Que se dieran cuenta de ello los demás!

El miércoles lo empezaron con las tortas con tocino que Juro les sirvió para desayunar.

—Porque he pensado que si tenéis algo bueno en el estómago trabajaréis mejor. Así que comed hasta hartaros... ¡pero no os atiborréis!

Después de desayunar se fueron al taller de carpintería, donde el maestro ya les estaba esperando. Siguiendo las indicaciones de Staschko, pasaron los soportes por debajo de la rueda, tres a un lado del cubo y tres al otro.

—¿Listos? —exclamó Staschko.

—¡Listos! —exclamaron el molinero y sus oficiales.

—¡Pues entonces que todo salga bien! ¡Levantad! ¡Aaaa... rriba!

Colocaron la rueda sobre los soportes que había junto al caz y allí la depositaron en el prado al lado del andamiaje.

—¡Despacio! —exclamó Staschko—. ¡Muy poquito a poco, no se vaya a desvencijar!

Michal y Merten treparon por el andamiaje y con ayuda de la polea y de algunas cuerdas que había por detrás de la rueda vieja dejaron el eje suspendido de la riostra. Ahora los muchachos pudieron, con sus barras y sus palancas de uña, pasar la rueda de molino sobre el extremo anterior del eje, y levantarla y sacarla del saetín.

Elevaron la rueda hidráulica, la llevaron junto al saetín y la fueron dejando caer verticalmente hasta que el cubo quedó a la misma altura que el eje. Ahora se trataba de empujar la rueda para que el eje entrara por la estornija. Staschko sudaba de excitación. Se había subido al saetín, con Andrusch; desde allí impartía sus órdenes.

—Soltad un poco por la izquierda... y luego hacia aquí, despacio... Ahora a la derecha un palmo más abajo... ¡Y tened cuidado no se os vaya a ladear!

Hasta ese momento todo había ido bien... Andrusch entonces se llevó las manos a la cabeza y soltó una maldición.

—¡Mira eso! —le gritó a Staschko—. ¡Qué chapuza habéis hecho! —dijo señalando el agujero del cubo—. ¡Ahí todo lo más que puedes meter es el palo de una escoba, pero no un eje!

Staschko se quedó aterrado, se le pusieron las orejas coloradas. ¡Pero si lo había medido todo con sumo cuidado y suma precisión!... Y a pesar de todo resultaba que ahora el agujero del cubo era demasiado pequeño, tan pequeño que hasta Juro se hubiera dado cuenta calculando simplemente a ojo.

—No..., no me lo..., no me lo explico —balbució Staschko.

—¿No? —preguntó Andrusch.

—No —contestó Staschko.

—¡Yo sí! —dijo Andrusch con una risita burlona.

Los demás ya se habían dado cuenta hacía rato de que solo le estaba gastando una broma a Staschko. Entonces chasqueó los dedos... y en un instante todo volvió a estar en orden: el agujero del cubo tenía el tamaño adecuado, y cuando fueron a meter la rueda en el eje encajó perfectamente.

Staschko no se tomó a mal la broma de Andrusch; estaba muy contento de haber superado con éxito la parte más difícil del montaje de la rueda. Comparado con eso lo que aún quedaba por hacer era un juego de niños. Volvieron a colocar el eje en su emplazamiento habitual y retiraron las cuerdas. Luego aseguraron la rueda al eje con cuñas y espigas. Unas cuantas maniobras más, unos cuantos golpes aquí y allá... y listo.

El molinero había ayudado a levantar la rueda igual que los demás. Ahora se subió al andamiaje, y Juro le tuvo que llevar vino. De pie sobre el saetín, el maestro agitó la jarra. Luego bebió a la salud de los mozos, el resto lo vertió sobre la festoneada rueda.

—¡Primero vino... y después agua! —exclamó—. ¡Pongámosla en marcha!

Hanzo entonces abrió la esclusa, y entre el júbilo de los discípulos del molinero la nueva rueda del molino se puso en movimiento.

Una vez hecho el trabajo los mozos sacaron a la explanada del molino la mesa larga y los bancos del cuarto de los criados, y Lyschko, con la ayuda

de Witko, llevó el sillón del maestro y lo colocaron presidiendo la mesa. Luego se lavaron en el estanque del molino, y mientras los mozos se acicalaban, se ponían camisas y blusones limpios, Juro se encargó en la cocina de los últimos preparativos para el banquete.

Para celebrar el montaje de la rueda hubo carne asada y vino. Estuvieron sentados a la mesa al aire libre hasta bien avanzada la tarde. El maestro estuvo locuaz y de un humor excelente. Alabó a Staschko y a sus ayudantes por el trabajo que habían hecho e incluso tuvo palabras de elogio para el tonto de Juro diciéndole que el asado estaba exquisito y el vino era de lo más reconfortante. Cantó con los muchachos, bromeó con ellos, les animó a beber y él mismo fue el que más bebió.

—¡Divertíos! —exclamó—. ¡Divertíos, muchachos! ¡Da envidia veros! ¡No sabéis lo afortunados que sois!

—¿Nosotros? —preguntó sorprendido Andrusch—. ¿Lo habéis oído, hermanos y camaradas? ¡El maestro nos envidia!

—Porque sois jóvenes.

El maestro se había puesto serio, pero no lo estuvo mucho tiempo; empezó a contarles cosas de la época en la que él era aún un mozo de molino, más o menos de la edad de Krabat.

—Tenía entonces un buen amigo, ¿sabéis? Se llamaba Jirko. Aprendimos el oficio juntos, en el molino de Commerau. Más adelante nos fuimos de allí juntos, a correr mundo, nos recorrimos Lusacia de arriba abajo, fuimos también a Silesia, y pasamos a Bohemia. Cada vez que llegábamos a un molino preguntábamos al molinero si tenía trabajo para dos, pues Jirko y yo, cada uno por nuestro lado, ni siquiera hubiéramos empezado a trabajar. Juntos era mejor y más divertido. Jirko siempre se encargaba de que tuviéramos de qué reírnos. ¡Y cómo trabajaba! Trabajaba por tres si hacía falta. ¡Y las muchachas estaban detrás de nosotros que no os podéis ni hacer una idea! —El maestro se había sumido en el relato. De vez en cuando se interrumpía para beber, luego retomaba el hilo y seguía contando: cómo Jirko y él habían ido a parar un día a una Escuela Negra, cómo en siete años habían aprendido a hacer magia y una vez concluido el aprendizaje habían empezado de nuevo a recorrer el país de un lado para otro—. Una vez —contó el maestro— estábamos sirviendo en un molino,

no lejos de Coswig, y un día pasó por allí el Príncipe Elector con una partida de caza. Hicieron allí un descanso, en la pradera que había detrás del estanque del molino, a la sombra de los árboles.

»Nosotros, los ayudantes del molinero, también Jirko y yo, estuvimos detrás de los arbustos observándoles mientras comían. Dos criados habían extendido un mantel sobre la hierba y alrededor de él estaban ahora sentados allí fuera el Príncipe Elector y sus invitados a la cacería comiendo en platos de plata lo que los criados les servían: pastelillos de codorniz con trufas, y venado, y, con ello, tres tipos distintos de vino... y de postre dulces, todo llevado hasta allí en caballos de carga, en grandes cuévanos.

»Cuando el Príncipe Elector —también él era un hombre joven por aquel entonces— ha terminado de comer con sus damas y sus caballeros suelta un sonoro eructo como señal de que está satisfecho y contento. Luego dice que después de aquella comida al aire libre se encuentra tan bien que se siente más fuerte que doce bueyes. Y al ver que los mozos estamos detrás de los arbustos mirando embobados nos grita que alguno de nosotros le lleve una herradura, ¡pero rápido, que, si no, todavía se va a hacer pedazos con tanta fuerza acumulada como tiene!

»Nosotros ya sabíamos que, por lo que contaban, el Príncipe Elector era capaz de partir una herradura en dos con las manos, cric-crac, por la mitad. Así que podíamos imaginarnos para qué quería la herradura, y Jirko se fue corriendo al molino a buscar una en la caballeriza.

»—¡Aquí tenéis, Vuestra Serenísima Excelencia!

»El Príncipe Elector agarró la herradura por ambos extremos. Los mozos de los cazadores, que estaban acampados algo aparte con los caballos y los perros, ya se habían puesto en pie de un salto, y tenían los labios en posición adelantada, como las trompas de caza ante ellos... y en cuanto el Príncipe Elector parte la herradura en dos empiezan a tocar, a pleno pulmón, con los carrillos inflados como fuelles de órgano. Bajo el son de las trompas de caza el Príncipe Elector sostiene en alto las dos mitades de la herradura y las enseña a su alrededor. Luego les pregunta a los caballeros de la partida de caza si alguno de ellos es capaz de hacer lo mismo que él ha hecho.

»Todos dicen que no, solo nuestro Jirko vuelve a ser un insolente. Da un paso y se acerca al Príncipe Elector y afirma:

»—Yo, con Vuestro permiso, sé hacer algo mejor: volver a dejar entera la herradura.

»—Eso —opina el Príncipe Elector— lo sabe hacer cualquier herrero.

»—Con fuelle y fuego de fragua —objeta Jirko—. ¡Pero no simplemente con las manos!

»No espera a la respuesta del Príncipe Elector. Le quita las dos partes de la herradura sin más ni más. Luego las encaja por el sitio de la fractura y aprieta al tiempo que pronuncia una fórmula mágica.

»—¡Con el permiso de Vuestra Excelencia! —dice.

»El Príncipe Elector le arranca la herradura de las manos, la mira bien por todas partes: la herradura está entera, como de una sola pieza.

»—¡Bah! —gruñe el Príncipe Elector—. ¡No pretenderá hacernos creer que eso resiste!

»Por segunda vez quiere partir en dos la herradura, piensa que no puede ser nada difícil. ¡Pero ahí no ha contado con Jirko! Tira y tira de la herradura de tal forma que casi se le saltan las venas del cuello, de un dedo de gruesas. El sudor le corre sin cesar por la frente, los ojos amenazan con salirse de las órbitas. Primero se le pone la cara colorada como un pavo, luego violeta y finalmente morada. Tiene los labios blancos por el esfuerzo, blancos y delgados como dos trazos de tiza.

»Luego, de repente, Su Señoría el Príncipe Elector deja caer la herradura. Ahora está rojo de ira.

»—¡Los caballos! —ordena—. ¡Nos vamos!

»Pero apenas es capaz de montarse en su silla de tan débiles como tiene las piernas, Su Excelencia. Y desde entonces ha evitado aquel molino de las cercanías de Coswig. —El maestro bebió, el maestro contó cosas de cuando era un mozo, de Jirko, y sobre todo de sí mismo. Hasta que Michal le preguntó qué había sido del tal Jirko; cuando lo hizo ya era tarde, y las estrellas brillaban en el cielo, y tras la fachada de la caballeriza salía la luna—. ¿De Jirko? —preguntó el maestro agarrando la jarra de vino con las dos manos—. Le asesinó.

Los muchachos de un salto se levantaron de los bancos.

—Sí —repitió el maestro— le asesiné... y un día os contaré cómo ocurrió. Ahora, sin embargo, tengo sed... ¡Así que traed vino, traed vino!

El maestro se emborrachó sin decir ni una sola palabra más, hasta que se quedó tirado en su sillón, más tieso que un muerto.

A los muchachos les daba miedo verlo así. No se atrevieron a llevarle a la casa, y le dejaron sentado allí fuera, hasta que a la mañana siguiente se despertó por sí mismo y se fue a la cama sin hacer ruido.

Pelea de gallos

De cuando en cuando ocurría que llegaban al molino de Koselbruch mozos de molino ambulantes y, como era costumbre y estaban en su derecho de hacerlo, le pedían al molinero provisiones para el viaje y alojamiento. Pero en eso con el maestro de Aguas Negras no tenían ninguna suerte, pues aunque hubiera estado obligado a conceder por un día comida y alojamiento por la noche a los mozos viajeros, él no se atenía a las costumbres del gremio, sino que los echaba con palabras de burla. Les aducía que no quería saber nada de vagabundos ni de chusma errante, que para gentuza de esa calaña no tenía él ni pan en el cajón ni puré en el puchero; que se fueran al diablo inmediatamente, que, si no, les iba a soltar los perros hasta que llegaran a Schwarzkollm.

Eso generalmente era suficiente para deshacerse de los oficiales ambulantes. Si, por el contrario, alguno se hacía el remolón, el molinero sabía apañárselas para que el pobre diablo se creyera inmediatamente perseguido por perros, diera bastonazos como loco a su alrededor y se escapara gritando.

—Aquí no necesitamos fisgones —solía decir el maestro— y glotones que no sirven para nada tampoco.

Era pleno verano, un día bochornoso y plomizo. Sobre Koselbruch había niebla, el aire era tan espeso que costaba trabajo respirar. Del caz salía un olor agrio, a algas y a cieno putrefacto: pronto habría tormenta.

Krabat se había puesto cómodo después de comer a la sombra de los sauces que había a la orilla del estanque del molino. Con las manos cruzadas por detrás de la nuca, estaba tumbado boca arriba en la hierba mordisqueando una pajita. Estaba lánguido y adormilado, se le cerraban los ojos.

En medio de la modorra oyó venir a alguien por el camino silbando a todo volumen. Cuando abrió los ojos tenía delante a un mozo viajero.

El extraño, un hombre alto y delgado, ya algo mayor, de piel oscura y agitanada, llevaba un sombrero alto y curiosamente puntiagudo y un estrecho aro de oro en el lóbulo de la oreja izquierda. Por lo demás iba vestido como cualquier otro mozo del molino errante, con unos amplios pantalones de lino, una hachuela al cinto, el hatillo sujeto por la correa sobre el hombro izquierdo.

—¡Un saludo, hermano! —exclamó.

—Un saludo —dijo Krabat bostezando—. ¿Adónde vas y de dónde vienes?

—De allá para acá —dijo el extraño—. ¡Llévame hasta tu molinero!

—Está sentado en el cuarto del maestro —contestó indolente Krabat—. A la izquierda según entras en el zaguán, la primera puerta. No tiene pérdida.

El extraño miró a Krabat con una sonrisa burlona.

—¡Haz lo que te digo, hermano, y llévame hasta él!

Krabat sintió que una poderosa fuerza emanaba de aquel extraño. Esa fuerza le obligó a levantarse y a guiarle tal como le había exigido.

El molinero estaba sentado en el cuarto del maestro, en la cabecera de la mesa. Levantó la vista indignado cuando Krabat hizo pasar al mozo extraño; a este, sin embargo, no pareció inquietarle.

—¡Con permiso! —exclamó levantándose ligeramente el sombrero—. Te transmito, maestro, mis saludos y te pido, según los usos del gremio, provisiones para el viaje y alojamiento para esta noche.

El maestro le señaló la puerta con sus expresiones habituales; el extraño no se inmutó.

—Lo de los perros —dijo— te lo puedes ahorrar, sé que no tienes ninguno. Me permites, ¿no?

Se sentó sin más miramientos en la silla que había al otro extremo de la mesa. Krabat ya no entendía nada de nada. ¡Cómo podía tolerar aquello el maestro! Hubiera debido saltar, hubiera debido echar a aquel extraño, le hubiera tenido que sacar del molino a golpes, si era preciso... Pero ¿por qué no hacía nada?

Los dos hombres estaban sentados el uno frente al otro sin decir nada, mirándose fijamente por encima de la mesa, llenos de odio, como si estuvieran a punto de saltarle al cuello del otro cuchillo en mano.

Fuera resonó el primer trueno: muy lejano aún, un rumor sordo, apenas perceptible.

Entonces entró Hanzo por la puerta, luego Michal, luego Merten. Los discípulos del molinero fueron entrando uno tras otro en el cuarto del maestro, hasta que estuvieron todos allí congregados. Habían sentido de repente la necesidad perentoria de ir a ver al maestro —dirían más tarde—, casualmente a todos les había entrado aquella necesidad y les había llevado hasta allí...

La tormenta se acercaba, una ráfaga de viento hizo tintinear los cristales de las ventanas, hubo un relámpago. El extraño frunció los labios, luego escupió sobre la mesa. En el sitio donde había escupido había ahora un ratón rojo.

—¡Ahora, molinero, escupe tú contra esto!

El maestro escupió un ratón negro sobre la mesa, tenía un solo ojo igual que él mismo. Los ratones, con sus ágiles patas, se rodearon el uno al otro: el rojo al negro, el negro al rojo. El negro ya estaba a punto de morder... y entonces el mozo extraño chasqueó los dedos.

Allí donde estaba el ratón rojo había ahora un gato rojo, preparado para saltar. En un instante el ratón negro se transformó también en un gato, negro y con un solo ojo. Bufando, con las zarpas amenazadoramente sacadas, se abalanzaron el uno sobre el otro.

¡Zarpazo, mordisco y zarpazo!

El gato rojo había puesto sus miras en el único ojo del negro. Se abalanzó sobre él con un chillido. Estaba a punto de sacarle el ojo de un zarpazo.

En aquella ocasión fue el maestro quien chasqueó los dedos. En lugar del gato negro apareció de repente un gallo negro. Agitando las alas, dando picotazos y arañazos como loco a diestro y siniestro, atacó de tal forma que el gato rojo retrocedió aterrado..., pero no mucho, pues entonces el mozo de molino chasqueó los dedos.

Encima de la mesa, frente a frente, había dos gallos, la cresta tiesa, las plumas erizadas.

Fuera caía la tormenta, los mozos del molino no se preocuparon de ello. Entre los gallos estalló una furibunda pelea. Aleteando bruscamente, chocaron el uno contra el otro. Cayó una lluvia de picotazos y espolonazos por ambas partes, se defendían con las alas de tal forma que salían plumas volando, gritaban, chillaban.

Finalmente el gallo rojo consiguió subírsele al lomo al negro. Se aferró con las patas al plumaje del contrario, lo desplumó de forma inmisericorde, lo picoteó ciego de ira... hasta que el negro emprendió la huida.

El gallo rojo lo persiguió por medio molino, lo echó a Koselbruch.

Llameó un último y potente relámpago, luego un trueno más fuerte que mil tambores... y después el silencio, y ya nada más que la lluvia cayendo a cántaros al otro lado de las ventanas.

—Has perdido el duelo, molinero de Aguas Negras —habló entonces el mozo extraño—. Ahora rápido, estoy hambriento: ¡tráeme de comer y no te olvides tampoco del vino!

El maestro, con la cara blanca como la cera, se levantó de su sillón. Con sus propias manos le llevó al oficial errante pan y jamón, carne ahumada y queso, pepinillos y cebollas en vinagre. Luego subió de la bodega una jarra de vino tinto.

—Demasiado ácido —opinó el extraño después de probarlo—. ¡Tráeme un poco del barril ese pequeño que está en aquel rincón de la derecha! Tú te lo guardas para las grandes ocasiones... y esta es una gran ocasión.

El maestro obedeció rechinando los dientes. Había perdido el duelo, tenía que someterse al otro.

El extraño degustó la comida con toda tranquilidad, el maestro y los oficiales le estuvieron mirando mientras lo hacía. Estaban de pie en su sitio como si se hubieran quedado petrificados y no eran capaces de apartar su vista de él. Finalmente retiró el plato, se limpió con la manga y dijo:

—¡Ah, qué bueno estaba! ¡Y también era una buena cantidad!... ¡A vuestra salud, hermanos! —dijo cogiendo el vaso y brindando por los oficiales—. Tú, por el contrario —le aconsejó al maestro—, deberías mirar

mejor en el futuro antes de señalarle la puerta a un extraño. ¡Te lo dice Pumphutt!

Dicho aquello se levantó, cogió hachuela y hatillo y se marchó del molino. Krabat y sus camaradas le siguieron, dejando solo al maestro.

Fuera, la tormenta ya se había despejado, el sol brillaba sobre el humeante Koselbruch, el aire era fresco como el agua de la fuente.

Pumphutt siguió su camino sin volver la vista atrás. Atravesando los mojados prados se encaminó silbando hacia el bosque. Un par de veces su pendiente de oro destelló al sol.

—¿No os lo había dicho yo? —dijo Andrusch—. El que tiene que vérselas con Pumphutt siempre se da cuenta demasiado tarde de que le hubiera ido mejor si se hubiera dado cuenta a tiempo...

Tres días y tres noches estuvo encerrado el molinero en la cámara negra. Los mozos del molino andaban de puntillas por la casa. Habían estado presentes cuando Pumphutt había vencido al maestro en la pelea de magia; ya se imaginaban que les esperaban malos tiempos.

La noche del cuarto día ocurrió lo que tenía que ocurrir. El maestro apareció durante la cena en el cuarto de los criados y les hizo dejar los platos.

—¡A trabajar!

Debía haber bebido, se lo notaron por el aliento. Estaba allí ante ellos con aspecto demacrado, pálido como un muerto, con barba de varios días.

—¿Cómo, aún no estáis en el cuarto de la molienda? ¿Queréis que os ponga yo en marcha? ¡Vamos, poned el molino a funcionar, echad el grano! ¡Vamos a moler a toda muela...! ¡Y ay de vosotros como alguno me remolonee!

Los mozos tuvieron que matarse a trabajar toda la noche en el molino. El maestro les metía prisas sin ninguna compasión. Les iba persiguiendo por todas partes gritando y maldiciendo, profería insultos, les amenazaba con castigos, apenas les dejaba respirar. No hubo ni un descanso en toda la noche, no tuvieron ni un momento de respiro.

Cuando por fin empezó a clarear, los muchachos estaban muertos de cansancio. Se sentían como si les hubieran partido a estacazos todos los

huesos de cuerpo, y no había ninguno de ellos que no respirara con dificultad. El maestro les mandó a sus catres a descansar.

A lo largo del día les dejó completamente en paz, pero por la noche todo volvió a empezar de nuevo. Y así ocurrió noche tras noche. Cuando oscurecía el maestro los mandaba al cuarto de la molienda, y entonces tenían que trabajar duramente, insultados y escarnecidos y atosigados, hasta que empezaba a clarear el nuevo día.

Únicamente no tenían que trabajar las noches del viernes al sábado, porque las clases de los viernes se seguían celebrando. Solo que los muchachos estaban tan cansados que cuando, transformados en cuervos estaban posados en la barra apenas eran capaces de mantenerse despiertos, y algunos incluso se dormían de agotamiento.

Al maestro aquello le traía sin cuidado. Lo que aprendieran y cuánto era cosa de ellos. Solo una vez que Witko se quedó dormido y se cayó de la barra no pudo evitar reprenderle.

De todos los muchachos era Witko el que peor lo llevaba, porque todavía estaba en fase de crecimiento. A él era a quien más le debilitaba el trabajo nocturno. Bien era cierto que Michal y Merten intentaban interceder por el muchacho; también Hanzo, Krabat y Staschko le echaban una mano en el trabajo siempre que era posible, pero el maestro estaba en todas partes, y poco se escapaba a la mirada de su único ojo.

De Pumphutt nunca se hablaba. A pesar de ello los mozos sabían que el maestro les estaba castigando por haber presenciado su derrota.

Así transcurrieron las semanas hasta la primera noche de luna nueva en el mes de septiembre. El de la pluma de gallo llegó en su carruaje como siempre, los mozos se pusieron a la faena, el maestro se subió al pescante. Había agarrado el látigo, lo hacía restallar. En silencio los mozos corrían con sus costales del coche al cuarto de la molienda, echaban el material al sacudidor del «juego muerto» y regresaban apresuradamente al coche. Todo discurría como solía discurrir todas las noches de luna nueva, aunque, claro está, con mucho más esfuerzo... y más tarde, a eso de las dos de la madrugada, Witko ya no pudo más. Cargado con uno de los últimos costales, empezó a tambalearse y se desplomó, a medio camino entre el carruaje y el cuarto de la molienda. Tirado en la hierba respiraba con

dificultad, boca abajo. Michal le dio la vuelta y le puso boca arriba, le rasgó la camisa.

—¡Eh, oye! —gritó el maestro poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Y todavía lo preguntas?

Michal, incorporándose, había roto el silencio que habitualmente se mantenía las noches de luna nueva.

—Semanas enteras nos has estado haciendo trabajar como mulas noche tras noche... ¿Cómo va a poder soportar eso el muchacho?

—¡Chitón! —exclamó el maestro. Golpeó con el látigo hacia donde estaba Michal y se lo enrolló en el cuello.

—¡Déjalo estar!

Krabat oía por primera vez la voz del extraño. Era una voz como carbones al rojo y un frío crepitante, todo al mismo tiempo. Sintió escalofríos en la espalda, mientras al mismo tiempo, le parecía estar en medio de un ardiente y arrebatador fuego.

El de la pluma de gallo le indicó con un ademán a Michal que se llevara a Witko de allí; luego le quitó el látigo al maestro y le echó del coche de un empujón.

En lugar del muchacho, al que Michal llevó a la cama, el maestro tuvo que trabajar el resto de la noche con los mozos, como se veía obligado a hacerlo únicamente desde año nuevo hasta Semana Santa... y los mozos del molino bien que se alegraron de ello.

Al final de la fila

A partir del día siguiente los muchachos tuvieron tranquilidad. Solo los cardenales que Michal tenía en el cuello recordaban que el maestro durante semanas les había estado maltratando noche tras noche. Últimamente podían hacer otra vez su trabajo a la luz del día, lo cual les costaba poco esfuerzo, y después de la jornada habían terminado. Entonces podían hacer lo que querían: tocar la armónica, contar historias y tallar cucharas de madera. Todo era como había sido siempre. Las ampollas de las manos se les estaban secando, las heridas que tenían en el pecho y en la espalda se les curaron pronto. Ahora volvían a aprender con dedicación y con provecho cuando el molinero, los viernes por la noche, les leía el *Grimorio*; y cuando les preguntaba, la mayoría de las veces, era Juro el único que se quedaba atascado y no sabía seguir; pero, bueno, eso para él era la misma cantilena de siempre.

Unos días después de San Miguel sucedió que el maestro envió a Petar y a Krabat a Hoyerswerda a por un barril de sal y todo tipo de cacharros para la cocina. El molinero nunca dejaba que fuera uno de los mozos solo. Cuando había que salir a hacer algo, él mandaba al menos a dos juntos, y sus motivos tendría..., o sus órdenes.

Ambos partieron cuando empezaba a clarear el día, en la carreta, tirada por los caballos zainos. En Koselbruch había niebla. Cuando dejaron atrás el bosque salió el sol, la niebla se deshizo en el suelo.

Schwarzkolm estaba ante ellos.

Krabat tenía esperanzas de poder ver a la cantora. Mientras pasaban por el pueblo fue mirando a ver si la veía, en vano. Entre las muchachas que con sus cubos de agua estaban charlando en la fuente de abajo no se

encontraba ella, y en la fuente de arriba tampoco. Aquella mañana tampoco se la veía por ningún otro sitio.

Krabat estaba triste, le hubiera gustado volver a verla, ya había pasado mucho tiempo desde la víspera de Pascua.

«¿Tendré más suerte esta tarde cuando volvamos para casa?», pensó. Quizá fuera mejor no hacerse ninguna ilusión: así no me decepcionaría.

Por la tarde, cuando regresaron de Hoyerswerda con su barril de sal y los demás cachivaches, resultó, sin embargo, que sus deseos se vieron cumplidos. Allí estaba ella, rodeada de un tropel de gallinas, no muy lejos de la fuente de abajo del pueblo, con una bandeja de paja en la mano, echándoles de comer a las gallinas.

—¡Pitas, pitas, pitas! ¡Pitas, pitas, pitas!

Krabat la reconoció a primera vista. La hizo un gesto con la *cabeza*, al pasar, muy leve, pues Petar no debía darse cuenta de nada. La cantora le devolvió el gesto, también muy leve, aunque amable, como se suele saludar a los desconocidos, pero para ella las gallinas a las que tenían que dar de comer eran diez veces más importantes que él.

Entre las gallinas se abrió paso un bonito gallo rojo que se puso a picotear diligente a los pies de ella el grano; en aquel momento Krabat le tuvo mucha envidia, y si hubiera sido posible, se hubiera cambiado por él.

El otoño esta vez fue muy largo, desapacible, fresco y gris, con mucha niebla y mucha lluvia. Emplearon los pocos días medianamente secos que hubo en transportar hasta allí la turba para el invierno. El resto del tiempo lo pasaron en el molino, en el granero y en el establo, en el almacén o en el cobertizo. Todos se alegraban cuando tenían que hacer algún trabajo para el que no tenía que salir fuera bajo la lluvia.

Witko había crecido considerablemente desde la primavera, pero seguía estando muy delgado.

—Deberíamos colocarle un ladrillo en la cabeza —dijo una vez Andrusch—. ¡Si no, todavía va a ser más alto que nosotros!

Y Staschko propuso engordarle como a un ganso de San Martín, «¡porque necesita tener tocino en las costillas y más carne en el trasero para que no parezca un espantajo!».

Últimamente también a Witko le había salido la primera pelusilla en la barbilla y en el bigote: pelirroja, claro está. Witko no le prestaba ninguna atención a todo aquello, Krabat en cambio sí. Podía comprobar en Witko cómo un muchacho se hacía tres años mayor en uno solo.

Aquel año la primera nieve cayó por San Andrés, o sea, bastante tarde. Volvió entonces la gran inquietud entre los muchachos del molino de Koselbruch, de nuevo se volvieron taciturnos y pendencieros. A la mínima organizaban un altercado. Según iban avanzando las semanas era cada vez más raro el día en que no había uno por lo menos que se liara a puñetazos con otro.

Krabat se acordó de la conversación que había mantenido con Tonda el año anterior: ¿tenían también en esta ocasión los mozos el miedo metido hasta los huesos porque a uno de ellos le esperaba la muerte?

¿Cómo no se habría dado cuenta antes? ¡Si conocía la Planicie Yerma y la fila de montículos planos!... Siete eran u ocho..., o quizá más, no los había contado. Ahora entendía el miedo de los muchachos, ahora también él lo compartía. A cualquiera de ellos, con la excepción de Witko quizá, le podía tocar el turno aquel año. Pero ¿a quién? Y además, ¿por qué?

Krabat no se atrevió a preguntárselo a ninguno de sus camaradas, a Michal tampoco.

Sacaba más a menudo que de costumbre la navaja de Tonda, la abría, comprobaba la hoja blanca. Así pues, él, Krabat, parecía estar fuera de peligro... pero eso podía cambiar al día siguiente mismo.

En la leñera había un ataúd preparado. Krabat lo descubrió por casualidad cuando fue a por madera el día de nochebuena. El ataúd estaba tapado por un trozo de lona. Krabat apenas lo hubiera mirado si no se hubiera dado un golpe en la espinilla contra él al pasar.

¿Quién había construido el ataúd? ¿Desde cuándo estaba allí preparado? Y ¿para quién?

Aquella pregunta no se le iba a Krabat de la cabeza. Le tuvo preocupado durante el resto del día, incluso en sueños.

Krabat ha encontrado un ataúd en la leñera, que está tapado con un trozo de lona. Krabat abre el ataúd con precaución y echa un vistazo dentro, está vacío.

Decide entonces hacer pedazos el ataúd. Le resulta insoportable que esté allí esperando a alguien, el ataúd.

Con la hachuela Krabat se pone manos a la obra. Separa las tablas, las raja, de arriba abajo, todas las veces que puede. Luego las despedaza en trozos pequeños y manejables, va a meterlos en un cesto para llevárselos a Juro y que atice el fuego con ellos.

Pero cuando se vuelve a ver si encuentra un cesto... ¡clap!, el ataúd se ha vuelto a recomponer, está entero y sin un solo rasguño.

Krabat entonces se lanza por segunda vez sobre él con el hacha y hace astillas de él. Pero apenas ha terminado cuando... ¡clap!, el ataúd está otra vez entero.

Krabat lo intenta una tercera vez, ahora completamente enfurecido. Corta y corta de tal manera que salen astillas volando, hasta que todo queda reducido a un montón de virutas: pero ¿de qué le sirve?... ¡Clap!, allí está el ataúd de nuevo, sin un rasguño, sin un solo arañazo..., esperando a aquel para el que sin duda es.

Presa del pánico Krabat sale corriendo a Koselbruch. La nieve cae en gruesos copos y le impide ver. Krabat no sabe hacia dónde está corriendo. Tiene miedo de que pudiera estarle persiguiendo el ataúd. Pasado algún tiempo se detiene y escucha con atención a sus espaldas.

Ningún tableteo de pies de madera... ningún golpeteo... En cambio, sí algunos pasos delante de él, crujidos y raspaduras, como si alguien estuviera escarbando en la arena, y la arena parece estar congelada.

Krabat sigue aquel ruido, llega hasta la Planicie Yerma. Entre los torbellinos de nieve cobra forma una figura que está abriendo una fosa, con pico y pala, en el extremo de arriba de la fila de montículos, cerca de la linde del bosque, allí donde se cayó al suelo en verano la flor silvestre que sobraba. Krabat cree reconocer a aquella figura. Sabe que tiene ante sí a uno de los mozos del molino, pero no es capaz de distinguir cuál de ellos en medio de los torbellinos de nieve.

«¡Eh! —quiere gritar—. ¿Quién eres?».

Le falla la voz, no consigue pronunciar ni un sonido. Y no le es posible dar ni un paso más. Está fijo al lugar en el que está. Los pies se le han quedado pegados al suelo congelados, no consigue soltarlos.

«¡Maldita sea! —Piensa—. ¿Me he quedado parálítico?... Tengo que dar el par de pasos que me faltan... tengo que hacerlo... tengo que hacerlo...».

Empieza a sudar, reúne las últimas fuerzas que le quedan. Los pies no le obedecen. Ya puede hacer lo que sea que no consigue levantarlos del suelo. Y sigue nevando y nevando... y poco a poco empieza a cubrirle la nieve...

Krabat se despertó bañado en sudor. Retiró la manta de un tirón, se arrancó del cuerpo la camisa empapada. Luego se acercó al tragaluz y miró fuera.

Había amanecido el día de Navidad, había estado nevando la nochebuena... y vio unas huellas recientes de pasos que conducían a Koselbruch.

Cuando fue a la fuente para lavarse venía Michal por el camino: con pico y pala. Iba encorvado, arrastrando los pasos, la cara lívida. Cuando Krabat fue a hablarle le rechazó con un ademán. Se entendieron sin necesidad de cruzar entre ellos ni una sola palabra.

Desde entonces Michal parecía transformado. Se aisló de Krabat y de todos los demás, incluso de Merten. Entre los demás y él parecía haber un muro, como si estuviera ya muy lejos.

Así se fue aproximando la nochevieja.

Aquel día el maestro había desaparecido desde por la mañana. No se dejó ver. Cayó la noche, los mozos del molino se fueron a la cama.

Krabat, aunque se había propuesto permanecer despierto, se quedó dormido como todos los demás. A medianoche se despertó y empezó a escuchar atentamente.

Un golpetazo sordo en la casa... y un grito... y luego el silencio.

Merten, fuerte como un oso y con las espaldas que tenía, empezó a sollozar como un niño.

Krabat se subió la manta hasta más arriba de las orejas, aferró los dedos al jergón y deseó estar muerto.

El día de año nuevo por la mañana encontraron a Michal. Estaba tirado en el suelo de la cámara de la harina, la viga maestra se había caído del techo, le había destrozado el cuello. Le colocaron sobre una tabla y le llevaron al cuarto de los criados, allí se despidieron de él.

Juro le atendió, le quitó la ropa, le lavó y le colocó en el ataúd de pino, con un haz de paja bajo la nuca. Después de comer lo sacaron a la Planicie Yerma. Lo metieron en la fosa que había en el extremo superior de la fila de montículos, cerca de la linde del bosque.

Le enterraron apresuradamente, los muchachos no se quedaron al pie de su tumba ni un instante más de lo necesario.

Solo Merten se quedó allí.

EL TERCER AÑO

El Rey Negro

El maestro siguió sin aparecer durante los siguientes días; durante todo ese tiempo el molino estuvo parado. Los mozos del molino holgazaneaban en sus jergones, se acurrucaban junto a la chimenea encendida. ¿Había habido alguna vez en el molino de Koselbruch un oficial que se llamara Michal? Ni siquiera Merten hablaba de él, estaba allí todo el día sin decir nada. Una sola vez, el día de año nuevo por la tarde, cuando Juro había llevado la ropa del muerto y la había colocado a los pies de la cama huérfana, salió de su ensimismamiento. Se marchó corriendo al granero y allí se quedó acurrucado en el heno hasta la mañana siguiente. Desde entonces se comportó con una apatía absoluta, no veía nada ni oía nada, no decía ni hacía nada, simplemente estaba.

Durante aquellos días la cabeza de Krabat no hacía más que darle vueltas a la misma torturadora pregunta. Tonda y Michal, eso parecía evidente, no habían tenido que morir por casualidad, los dos la noche de fin de año. ¿A qué juego se estaba jugando allí? ¿Quién y según qué reglas?

El molinero siguió fuera de casa hasta la víspera del día de Reyes. Witko ya iba a apagar la luz de un soplido cuando se abrió la puerta de la buhardilla. El maestro apareció en el umbral, con la cara pálida, como pintada con cal. Echó un vistazo a su alrededor. Pareció no advertir que faltaba Michal.

—¡Poneos a trabajar! —ordenó, luego se dio media vuelta y desapareció para el resto de la noche.

Los mozos se vistieron a toda prisa, se precipitaron hacia la escalera. Petar y Staschko se fueron corriendo al estanque del molino a abrir la esclusa. Los demás entraron atropelladamente en el cuarto de la molienda,

echaron grano y pusieron a funcionar el molino. Se puso en marcha con un ruido potente y atronador, a los oficiales se les quitó un peso de encima.

«¡Vuelve a moler de nuevo!», pensó Krabat. «La vida continúa...».

A medianoche habían terminado con el trabajo. Cuando entraron en el dormitorio vieron que en el jergón que había sido de Michal había alguien tendido: un muchacho de unos catorce años, bastante pequeño para su edad, eso les llamó la atención, y el chiquillo tenía la cara negra, pero las orejas rojas. Los mozos se pusieron a su alrededor llenos de curiosidad, y Krabat, que llevaba el farol, dirigió su luz hacia él. El pequeño entonces se despertó, y cuando vio de pie junto a su lecho a aquellos once fantasmas se llevó un susto de muerte. Krabat creyó conocer al muchacho... pero ¿de qué?

—No tienes por qué tener miedo de nosotros —le dijo—. Somos los mozos del molino. ¿Cómo te llamas tú?

—Lobosch... ¿Y tú?

—Yo soy Krabat. Y este de aquí...

El chiquillo de la cara negra le interrumpió.

—¿Krabat? Yo conocí una vez a uno que se llamaba Krabat...

—¿Pero?

—Tendría que ser más joven.

Krabat entonces cayó.

—¡Entonces tú eres el pequeño Lobosch de Maukendorf! —exclamó—. Y estás negro porque estabas haciendo de Baltasar.

—Sí —dijo Lobosch—, hoy ha sido la última vez, porque ahora soy aprendiz aquí, en el molino.

Lo dijo todo orgulloso, y los mozos del molino se sintieron incluidos.

A la mañana siguiente, cuando Lobosch llegó al desayuno, llevaba puesta la ropa de Michal. Había intentado quitarse completamente el hollín, pero no lo había conseguido del todo, en el raballo del ojo y alrededor de la nariz le quedaban restos de color negro.

—¡Qué importa! —opinó Andrusch—. Cuando lleves medio día en la cámara de la harina se te habrá quitado.

El pequeño estaba hambriento, se puso a comer sémola como una fiera. Krabat, Andrusch y Staschko comían de la misma fuente que él. Estaban

asombrados de lo que era capaz de comerse.

—¡Como trabajes igual que comes —opinó Staschko— los demás nos vamos a poder tumbar a la bartola!

Lobosch le miró interrogante.

—¿Tengo que comer menos?

—¡Tú come todo lo que quieras! —dijo Krabat—. ¡Vas a necesitar fuerzas, ya verás! El que pasa hambre aquí es porque quiere.

Lobosch, en lugar de seguir cogiendo cucharadas, ladeó la cabeza y examinó a Krabat engurruñando los ojos.

—Tú podrías ser su hermano mayor.

—¿Hermano de quién?

—¡Pues del otro Krabat! Ya sabes que yo conocía a uno.

—Que por aquel entonces estaba cambiando la voz, ¿verdad? Y que luego os dejo plantados en Gross-Partwitz.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó perplejo Lobosch... y luego se llevó la mano a la frente—. ¡Hay que ver —exclamó— cómo puede engañarse uno! Yo creía entonces que serías año y medio mayor que yo, dos años todo lo más...

—Son cinco —dijo Krabat.

En aquel momento se abrió la puerta. Entró el maestro, los mozos del molino bajaron la cabeza.

—¡Basta ya! —exclamó dirigiéndose hacia el nuevo aprendiz—. ¡Hablas demasiado para acabar de empezar! ¡A ver si se te quita esa costumbre!

Luego se dirigió a Krabat, a Staschko y a Andrusch.

—Debe comerse la sémola, no charlotear. ¡Ocupaos de que lo aprenda!

El maestro abandonó el cuarto de los criados dando un portazo al salir.

Lobosch de repente parecía estar harto. Dejó la cuchara, levantó los hombros y durante un rato humilló la cabeza.

Cuando levantó la vista, Krabat desde el otro lado de la mesa le hizo un gesto con la cabeza, apenas perceptible, pero suficiente para que el muchacho entendiera el gesto, ahora sabía que tenía un amigo en el molino de Koselbruch.

Tampoco Lobosch se libró de estar en la cámara de la harina hasta mediodía. Después del desayuno el maestro le ordenó que le acompañara.

—¿Por qué iba a irle a él mejor que a nosotros? —opinó Lyschko—. No se va a morir por un poquito de harina en polvo.

Krabat no replicó nada. Pensó en Tonda, pensó en Michal. Si quería ayudar a Lobosch, no debía dar motivo a que Lyschko desconfiara, y menos por cosas sin importancia.

De momento no podía hacer nada por Lobosch. El chiquillo tendría que ver cómo se las podía apañar hasta mediodía manejando la escoba en medio del torbellino de harina, las pestañas pegadas como con engrudo, la nariz taponada. Ahí no cabía ninguna ayuda, tendría que apañárselas él solo, no había otro remedio.

Krabat apenas pudo resistir su impaciencia hasta que Juro llamó a los muchachos a comer. Mientras los demás entraban atropelladamente en el cuarto, él se fue corriendo a la cámara de la harina, descorrió el cerrojo y abrió la puerta de par en par.

—¡Sal! ¡Es mediodía!

Lobosch estaba encogido en un rincón, con las rodillas dobladas, la cabeza entre las manos. Cuando Krabat le llamó se sobresaltó y pegó un respingo; luego se acercó lentamente a la puerta arrastrando detrás de él la escoba. Señaló con el pulgar hacia atrás por encima del hombro.

—No lo he conseguido —admitió apocado—. Y entonces, pasado un rato, lo he dejado y me he sentado. ¿Crees tú que el maestro me echará de su servicio?

—No tendrá ningún motivo para hacerlo —dijo Krabat.

Pronunció una fórmula mágica, y dibujó con la mano izquierda en el aire la estrella. Entonces el polvo que había en la cámara se levantó como si soplara el viento por los cuatro costados. Un penacho de polvo, blanco, salió tempestuoso por la puerta, por encima de la cabeza de Lobosch, hacia el bosque.

La cámara estaba completamente barrida, hasta la última mota de polvo. El muchacho se quedó con los ojos abiertos.

—¿Cómo se hace eso?

Krabat eludió la respuesta.

—Prométeme —dijo— que no se lo contarás a nadie... Y ahora vámonos a la casa, que, si no, se nos va a enfriar la sopa.

Por la noche, cuando el nuevo aprendiz ya se había ido a dormir, el molinero llamó a los mozos y a Witko para que fueran a verle al cuarto del maestro, y tal como habían procedido con Krabat la noche de Reyes del año anterior procedieron ahora con Witko, conforme al reglamento del molino y a los usos del gremio. Hanzo y Petar hablaron y respondieron en nombre de Witko ante el maestro, luego el pelirrojo fue absuelto. El maestro le rozó la coronilla y los hombros con el filo de la hachuela.

—En nombre del gremio, Witko...

Andrusch había dejado preparado en el zaguán un costal de harina vacío, con él le taparon la cabeza a Witko en cuanto el maestro les hizo salir, y llevaron a empujones al mozo de molino recién nombrado al cuarto de la molienda, para bautizarle en el oficio.

—¡Tened piedad de él! —les advirtió Hanzo—. ¡No os olvidéis de lo flaco que está!

—Flaco o no —le contradijo Andrusch— un mozo de molino no es un figurín: ¡tiene que ser capaz de aguantar! ¡Agarradle, hermanos, cumplamos con nuestro deber!

Zurraron y amasaron a Witko según era costumbre y tradición, pero Andrusch les pidió que pararan mucho antes de lo que lo habían hecho con Krabat.

Petar le quitó el costal a Witko, Staschko le embadurnó la cabeza con harina: ya estaba molido. Luego le agarraron y le tiraron tres veces por los aires.

Después tuvo que beber por ellos.

—¡A tu salud, hermano, buen provecho!

—¡Buen provecho, hermano!

El vino de aquella noche de Reyes no era peor que otras veces. A pesar de ello, en esta ocasión los mozos no pudieron ponerse contentos por culpa de Merten. Durante todo el día había hecho su trabajo en silencio, en silencio se había tomado las comidas, en silencio había estado mientras zurraban a Witko; ahora estaba sentado sobre una caja de harina, ajeno y

rígido, como si se hubiera quedado petrificado, y no había manera de moverle a que rompiera su silencio.

—¡Eh! —le dijo Lyschko—. ¡Estás como si alguien te hubiera robado el alma! —dijo riéndose y tendiéndole un vaso lleno—. ¡Emborráchate, Merten!... ¡Al menos no nos agües la fiesta con esa cara de Viernes Santo que tienes!

Merten se levantó. Sin malgastar ni una palabra se acercó a Lyschko y le tiró el vino que tenía en la mano. Ambos se encontraron entonces frente a frente. Lyschko empezó a sudar, los mozos contuvieron la respiración.

En el cuarto de la molienda se hizo un silencio, un silencio sepulcral.

Entonces oyeron fuera, en el pasillo, unas suaves pisadas que se acercaban vacilantes. Todos, también Merten y Lyschko, miraron hacia la puerta y Krabat, que era el que más cerca estaba de ella, la abrió.

En el umbral apareció Lobosch, descalzo, en camisa, una manta echada por encima.

—¿Eres tú, Rey Negro?

—Sí..., soy yo —dijo Lobosch—. Me daba miedo estar tan solo en la buhardilla. ¿No os venís a dormir?

Cómo se vuela con alas

¡Qué Lobosch aquel! Desde el primer día les cayó bien a todos. Hasta el propio Merten era cariñoso con él aunque solo le demostrara su amistad sin palabras: con un asentimiento en todo caso, una mirada, un ademán.

Con los demás, Merten seguía estando cerrado. Hacía su trabajo, se adaptaba al curso de los quehaceres diarios, no se enfadaba, no se oponía a ninguna orden, ya fuera del maestro o del oficial mayor..., pero no hablaba. Con nadie y en ningún momento. Incluso los viernes por la noche, cuando el maestro les preguntaba el *Grimorio*, Merten guardaba el silencio que se había impuesto desde el día de año nuevo. El maestro se lo tomaba con calma.

—Ya sabéis —les explicaba a los oficiales— que queda a vuestra elección si queréis esforzaros o no y cuánto por aprender las Ciencias Ocultas... ¡A mí me da lo mismo!

Krabat estaba preocupado por Merten. Tenía la sensación de que debía intentar hablar con él. Uno de los días siguientes se dio la circunstancia de que tuvo que ir con Petar y con él al granero, para aventar con la pala el grano. Casi ni habían empezado cuando subió Hanzo y se llevó a Petar a la caballeriza.

—¡Seguid vosotros solos mientras tanto! En cuanto se quede alguno libre abajo os lo mando para acá.

—Muy bien —dijo Krabat.

Esperó a que Hanzo se marchara con Petar y cerrara la puerta; luego dejó su pala para el grano en un rincón y poniéndole la mano en el hombro a Merten dijo:

—¿Sabes lo que me dijo a mí Michal?

Merten volvió la cara y le miró.

—Que los muertos, muertos están —dijo Krabat—. Me lo dijo dos veces, y la segunda vez añadió que a quien muere en el molino de Koselbruch se le olvida como si nunca hubiera existido; que solo así pueden seguir viviendo los demás... y que hay que seguir viviendo.

Merten le había estado escuchando muy tranquilo. Entonces le agarró la mano a Krabat, que aún la tenía sobre su hombro. Se la bajó en silencio, después siguió con su trabajo.

Krabat no sabía qué hacer con Merten. ¿Cómo tenía que comportarse con él? Tonda seguro que le hubiera podido aconsejar, quizá Michal también. Ahora Krabat solo dependía de sí mismo, y eso no era fácil.

¡Tener a Lobosch era una suerte!

Al pequeño no le iba ni mucho menos mejor que a todos los aprendices que le habían precedido. Apenas hubiera sido capaz de superar la primera etapa en el molino si Krabat no le hubiera ayudado... y Krabat le ayudaba.

Sabía apañárselas para coincidir con él de vez en cuando mientras trabajaban..., no demasiado a menudo, y como si le hubiera llevado hasta allí el puro azar. Se plantaba junto a él, cambiaban un par de palabras, ponía la mano sobre el muchacho y le infundía fuerzas: siguiendo el ejemplo de Tonda, y tal como lo había aprendido un viernes por la noche.

—¡Pero que no se te note! —Le había encarecido a Lobosch—. Procura que el maestro no se entere y Lyschko tampoco, que se lo chiva todo.

—¿Está prohibido que me ayudes? —le había preguntado Lobosch—. ¿Qué pasaría si alguien descubriera que lo haces?

—De eso tú —había respondido Krabat— no tienes por qué preocuparte. ¡Lo principal es que no te delates!

Lobosch, por pequeño que fuera, había comprendido al instante qué era lo que había que hacer. Representaba con mucha habilidad su papel, con el que solo ellos dos sabían que les estaba haciendo creer a los demás algo que en realidad solo era la mitad de malo. Con cada cosa que hacía gemía y jadeaba de tal manera que daba lástima. No había noche que no se fuera de la mesa al catre, apenas capaz de subir a duras penas la escalera de la buhardilla; no había mañana que ya en el desayuno no pareciera tan cansado como si se fuera a caer de la silla de un momento a otro.

Sin embargo, no solamente era un chico listo y un excelente actor: eso quedó demostrado dos semanas más tarde cuando Krabat llegó mientras Lobosch se afanaba detrás del molino en quitar un montón de hielo a base de pico.

—Quiero preguntarte algo —empezó a decir el pequeño—. ¿Me responderás?

—Si puedo... —dijo Krabat.

—Me estás ayudando desde que estoy aquí en el molino —dijo Lobosch—, y me ayudas a escondidas del maestro porque tú, si no, te llevarías una buena bronca... Eso es verdad, no hace falta ser muy listo para darse cuenta...

—¿Era eso —le interrumpió Krabat— sobre lo que me querías preguntar?

—No —dijo Lobosch—, la pregunta viene ahora.

—¿Y es?

—Dime cómo puedo agradecerte tu ayuda.

—¿Agradecerme? —repuso Krabat, que iba a hacerle un gesto de que lo dejara...; pero luego se lo pensó mejor—. Algún día —dijo— te hablaré de mis amigos, de Tonda y de Michal, los dos han muerto. Con que me escuches consideraré que me lo habrás agradecido lo suficiente.

A eso de finales del mes de enero empezó a deshelar, tan violenta como inesperadamente. El día anterior había hecho aún un frío terrible en Koselbruch; aquel día, sin embargo, estaba soplando alrededor de la casa desde primeras horas de la mañana el viento del oeste, demasiado cálido para aquella época del año. Y brilló el sol, y la nieve se derritió en pocos días de una forma sorprendente. Solo aquí o allá, en una zanja, en una hondonada, en las huellas de algún carruaje, quedaban un par de raídos restos grises. Pero ¿qué era eso en comparación con el marrón de los prados, con el negro de los montículos hechos por los topos, con los primeros destellos verdes bajo la hierba marchita?

—¡Hace tiempo —decían los mozos del molino— de Semana Santa!

A cada día que pasaba el cálido viento del oeste afectaba cada vez más a los muchachos. Les volvía cansados y volubles, o como Andrusch decía: «como borrachos».

Durante aquel tiempo dormían intranquilos, tenían pesadillas y hablaban en voz alta en sueños. Algunas veces estaban mucho tiempo despiertos dando vueltas de un lado a otro en sus jergones de paja. El único que no se movía nunca era Merten, que estaba rígido en su catre y no hablaba ni en sueños.

En aquellos días Krabat pensó en la cantora. Se había propuesto hablar con ella en Semana Santa. Hasta entonces, bien lo sabía, quedaba aún bastante tiempo. A pesar de ello la idea no se le iba de la cabeza estuviera donde estuviera.

Las últimas noches se había marchado en sueños dos o tres veces a ver a la cantora, pero nunca había llegado hasta ella porque siempre se lo había impedido algo..., algo de lo que después no se podía acordar.

¿Qué había sido? ¿Qué era lo que le había detenido?

Del principio del sueño se acordaba con toda claridad. Había aprovechado el momento propicio para salir corriendo del molino, sin que nadie le viera, sin que nadie se diera cuenta. No cogía el camino de siempre hacia Schwarzkollm, elegía el sendero que cruzaba los pantanos, aquel por el que Tonda le había llevado aquella vez que regresaban a casa después de extraer turba. Hasta ahí todo estaba claro, pero ya no sabía qué pasaba después. Eso le atormentaba.

Una noche que estaba acostado en el catre y le había despertado el ulular del viento estuvo cavilando de nuevo sobre ello. Con obstinación repitió en su mente el principio del sueño, una tercera vez, una cuarta, una sexta hasta que se quedó dormido. Y en esta ocasión consiguió por fin soñar el sueño hasta el final.

Krabat ha salido corriendo del molino. Aprovechando un momento propicio se ha ido de la casa a escondidas, sin que nadie le haya visto, sin que nadie se haya dado cuenta. Quiere ir a Schwarzkollm, a ver a la cantora, pero no coge el camino de siempre, elige el sendero que cruza los pantanos, aquel por el que Tonda le llevó aquella vez que regresaban a casa después de extraer turba.

Ya fuera, en los pantanos, se siente de repente inseguro. Se ha levantado niebla, no le deja ver. Krabat sigue avanzando a tientas, sobre un terreno inestable.

¿Ha perdido el sendero?

Nota cómo el lodo se le va pegando a las suelas, cómo se va hundiendo cada vez más con cada paso que da, hasta el empeine, luego hasta los tobillos, poco después hasta media pantorrilla. Debe de haberse metido en un agujero del pantano. Cuanto más se esfuerza por poner nuevamente el pie en terreno firme, más rápidamente se hunde.

El pantano está frío como la muerte misma, una viscosa y pegajosa masa negra. Siente cómo le envuelve las rodillas, luego los muslos, las caderas: pronto estará perdido.

Entonces empieza, mientras aún tiene libre el pecho, a gritar pidiendo ayuda. Sabe que eso no tiene mucho sentido. ¿Quién va a oírle allí fuera? A pesar de todo, grita y grita todo lo que le dan de sí los pulmones.

—¡Socorro! —grita—. ¡Salvadme que me hundo, salvadme!

La niebla se ha hecho más densa. Por eso Krabat no advierte a las dos figuras hasta que no están tan solo a unos pocos pasos de él. Le parece reconocer que vienen hacia él Tonda y Michal.

—¡Alto! —les grita—. ¡Deteneos! ¡Ahí hay un agujero!

Las dos figuras que están en medio de la niebla se funden en una sola, es muy extraño. La figura en la que ambas se han unido le lanza entonces una cuerda, que lleva bien atada una traviesa en su extremo anterior. Krabat echa mano de ella, se agarra fuerte a la traviesa, luego siente cómo la figura, tirando de la cuerda, le saca del cenagal hasta terreno firme.

Va todo más rápido de lo que Krabat había creído. Ahora está de pie ante su salvador y va a darle las gracias.

—No hay de qué —dice Juro... y es entonces cuando Krabat se da cuenta de que el que le ha ayudado a salir es él—. La próxima vez que quieras ir a Schwarzkollm sería mejor que fueras volando.

—¿Volando? —pregunta Krabat—. ¿Qué quieres decir?

—Pues... volando, como se vuela con alas.

Eso es todo lo que contesta Juro, luego se lo traga la niebla.

«Volando —piensa Krabat—. Volando con alas». Le sorprende que no se le haya ocurrido a él esa idea.

Se transforma en un instante en un cuervo, igual que hace todos los viernes, extiende las alas y se eleva del suelo y pone rumbo a

Schwarzkollm.

En el pueblo brilla el sol. A sus pies ve a la cantora, que está en la fuente de abajo, con una bandeja de paja en la mano, dando de comer a las gallinas... Entonces le roza una sombra, el grito de un azor le penetra en el oído. Luego oye un zumbido, un silbido, en el último momento gira bruscamente a la derecha en un ángulo muy forzado.

El azor no le alcanza por un pelo, da en el vacío.

Krabat sabe que se está jugando la vida. Como una flecha, con las alas replegadas se precipita hacia el suelo. Aterrizza junto a la cantora, entre la multitud de gallinas, que se desbanda. Una vez ya en el suelo cobra figura humana, ahora ya está a salvo.

Parpadeando, levanta la vista al cielo. El azor se ha ido, ha desaparecido, quizá haya cambiado de rumbo.

Entonces allí está de pronto el maestro junto a la fuente. Furioso, extiende su mano izquierda hacia Krabat.

—¡Vámonos! —le ordena.

—¿Por qué? —pregunta la cantora.

—¡Porque él me pertenece!

—No —dice ella, nada más que eso..., pero lo dice de tal forma que no hay peros que valgan.

Le pasa a Krabat el brazo por el hombro, luego le arropa con su capa de lana. Es suave y cálida, como una envoltura protectora.

—Ven —dice ella—. Ahora ven.

Y sin mirar atrás se marchan los dos juntos.

Intentos de fuga

A la mañana siguiente resultó que Merten había desaparecido. Su cama estaba arreglada, la manta bien doblada a los pies, el blusón de trabajo y el mandil estaban colgados en el armario, debajo del taburete estaban los zuecos. Nadie había visto marcharse a Merten. Solo se dieron cuenta de que faltaba cuando no fue a la mesa. Entonces se extrañaron y le buscaron por todo el molino, pero no le encontraron por ninguna parte.

—¡Se ha largado! —dijo Lyschko—. ¡Tenemos que decírselo al maestro!

Hanzo le cerró el paso.

—Eso es asunto del oficial mayor... por si no lo sabías.

Todos esperaban que el molinero reaccionara a la noticia de la desaparición de Merten con un ataque de furia, con improperios, gritos y maldiciones. Pero no ocurrió nada parecido.

Antes bien, según les contó Hanzo a los muchachos durante la comida, no se había tomado la cosa muy en serio. «Ese Merten está chiflado»: eso había sido todo lo que había dicho; y cuando el oficial mayor le había preguntado qué tenían que hacer, él había respondido con las siguientes palabras: «Déjalo. ¡Ya volverá él solo!». Y eso, según les siguió contando Hanzo, lo había dicho el maestro con un pestañeo que había sido peor que mil maldiciones.

—Entonces me entró un frío por dentro que pensé que me iba a quedar hecho un bloque de hielo allí mismo. ¡Si no acaba mal lo de Merten!...

—¡Bah! —opinó Lyschko—. El que se va del molino debe saber en dónde se está metiendo. Además, Merten con las espaldas que tiene aguanta bastante.

—¿Tú crees? —preguntó Juro.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo Lyschko.

Dio un puñetazo en la mesa para reforzar sus palabras: entonces le saltó la sopa del plato y... ¡plas!, le salpicó en la cara de tal forma que empezó a pegar gritos, pues la sopa era espesa y estaba hirviendo.

—¿Quién ha sido? —gritó Lyschko limpiándose los ojos y las mejillas—. ¿Quién de vosotros ha sido?

Alguno de los muchachos tenía que haber sido el que le había hecho aquello a Lyschko, eso estaba claro. Solamente Juro en su simpleza parecía no pensar mal, a él le daba pena por aquella sopa tan rica.

—La próxima vez —dijo— no deberías dar golpes en la mesa, Lyschko... ¡Por lo menos no tan fuertes!

Con Merten ocurrió lo que Krabat se temía: por la tarde, cuando empezó a oscurecer, estaba otra vez allí. Mudo, apareció en el umbral, con la cabeza gacha.

El maestro le recibió en presencia de los oficiales. No le regañó, se burló de él. Qué tal le había sentado la excursioncita. Que si no le habían gustado los pueblos para haberse vuelto tan pronto... o qué era entonces lo que le había impulsado a volverse.

—¿No me lo vas a decir, Merten? He observado que desde hace unas semanas no abres el pico. Pero no te voy a obligar a que hables..., también me trae sin cuidado que te vuelvas a marchar. ¡Puedes intentarlo tranquilamente! ¡Inténtalo todas las veces que quieras! Pero no te hagas ilusiones, Merten: lo que no ha conseguido nadie hasta ahora no lo vas a conseguir tú.

Merten no se inmutó.

—Sí, anda, disimula —le dijo el maestro—. ¡Haz como si no te importara haber fracasado en tu intento de fuga! Todos nosotros, yo y esos once —dijo señalando a los mozos del molino y a Lobosch— lo sabemos muy bien. ¡Y ahora lárgate!

Merten se metió en su catre.

Aquella noche los mozos, con la excepción de Lyschko, se sentían miserablemente mal.

—Deberíamos intentar convencerle de que no se escape por segunda vez —propuso Hanzo.

—¡Inténtalo entonces! —opinó Staschko—. Pero no creo que sirva de mucho.

—No —dijo Krabat—. Me temo que no se va a dejar convencer.

A lo largo de la noche cambió el tiempo. Cuando por la mañana salieron de la casa fuera no hacía viento y hacía muchísimo frío. Hielo en los cristales de las ventanas, hielo en los bordes del pilón de la fuente. Los charcos estaban helados por todas partes, los montículos hechos por los topos se habían convertido en masas compactas, el suelo estaba duro como una piedra.

—Malo para la siembra —opinó Petar—. No ha nevado... y ahora cae una helada: se va a helar casi todo en los campos.

Krabat se alegró cuando vio que Merten se encontraba con los demás a la hora del desayuno y se comía ávidamente la sémola: debía de tener hambre atrasada del día anterior. Luego se pusieron a trabajar, y nadie advirtió que Merten se volvía a marchar a escondidas del molino, en esta ocasión a plena luz del día. No se dieron cuenta de que había vuelto a desaparecer hasta el mediodía, cuando se sentaron a la mesa.

Dos días y dos noches llevaba Merten fuera; eso era más de lo que ningún otro fugado había conseguido jamás, y confiaban ya en que su fuga hubiera tenido éxito cuando en la mañana del tercer día vino hacia el molino dando tumbos por los prados: morado de frío y cansado, con una cara que daba miedo.

Krabat y Staschko le recibieron en la puerta, se lo llevaron al cuarto. Petar le quitó un zapato, Kito el otro. Hanzo le mandó a Juro que le trajera una palangana con agua caliente, luego metió en ella los entumecidos pies de Merten y empezó a frotárselos.

—Tenemos que llevarle a la cama enseguida —dijo—. ¡Espero que no esté perdido!

Mientras los mozos se estaban ocupando de Merten se abrió la puerta. El maestro entró en el cuarto, se les quedó mirando un rato. Esta vez se ahorró la burla. Esperó a que fueran a subirse a Merten y entonces dijo:

—Una palabra antes de que os lo llevéis...

Y acercándose más a Merten dijo:

—Me parece a mí, Merten, que con dos veces ya es suficiente. Para ti no hay ningún camino que te lleve fuera de aquí. ¡No te vas a escapar!

Merten eligió aquella misma mañana el tercer y, según creía él, último y definitivo camino.

Los muchachos ni siquiera lo sospechaban. Le habían llevado al dormitorio, le habían hecho beberse algo caliente, le habían acostado en la cama y le habían envuelto en mantas. Hanzo se había quedado arriba y había estado sentado en el catre de al lado observándole hasta que estuvo convencido de que Merten se había quedado dormido y ya no le necesitaba; entonces también él se había bajado a trabajar con los otros en el molino.

Krabat y Staschko llevaban unos días ocupados en afilar las muelas del molino. Ya habían repasado cuatro, aquel día les tocaba la quinta. Justo en ese momento iban a soltar los bastidores para llegar a las piedras cuando se abrió de golpe la puerta del cuarto de la molienda y entró precipitadamente Lobosch: la cara blanca como la nieve, los ojos desorbitados de pánico.

Braceaba, gritaba... y por lo que se veía parecía que gritaba siempre lo mismo. Los mozos del molino no pudieron entenderle hasta que Hanzo no paró el mecanismo: entonces se hizo el silencio en el molino y solo se le oyó a Lobosch.

—¡Se ha ahorcado! —exclamó—. ¡Merten se ha ahorcado! ¡En el granero! ¡Deprisa, venid, rápido!

Les llevó hasta el sitio en el que había encontrado a Merten. Estaba colgado de una viga en el último rincón del granero, con una soga al cuello.

—¡Tenemos que cortarla! —gritó Staschko, que fue el primero que se dio cuenta de que Merten aún estaba vivo—. ¡Tenemos que cortarla!

Andrusch, Hanzo, Petar y Krabat... todos los que tenían navaja la abrieron. Pero ninguno de ellos consiguió llegar hasta Merten. Era como si estuviera rodeado por un círculo mágico. Tres pasos era todo lo más que conseguían dar: a partir de ahí no eran capaces de avanzar ni una pulgada, como si tuvieran las suelas pegadas a un atrapamoscas.

Krabat agarró la punta de la navaja entre el pulgar y el índice, apuntó, la lanzó y acertó en la soga.

Acertó en ella, pero la navaja se cayó al suelo sin fuerzas.

Entonces se rio alguien.

El maestro había entrado en el granero. Miró a los muchachos como si no fueran más que un montón de basura. Se agachó a recoger la navaja.

Un corte... y un sordo estruendo.

Desmadejado, como un saco lleno de harapos, el ahorcado cayó al suelo. Allí se quedó tirado, a los pies del maestro, agonizando.

—¡Mamarracho!

El maestro lo dijo lleno de repugnancia, luego dejó caer la navaja y escupió delante de Merten.

Todos se sintieron escupidos, todos... y lo que el maestro dijo sintieron que iba con todos ellos, sin excepción.

—¡Soy yo el que decide quién muere en este molino! —exclamó—. ¡Solo yo!

Entonces se fue, y ahora eran ellos los que tenían que encargarse de Merten. Hanzo le soltó el lazo del cuello, Petar y Staschko le llevaron al dormitorio.

Krabat recogió del suelo la navaja de Tonda, y antes de guardársela en el bolsillo restregó las cachas con un estropajo.

Nieve sobre los sembrados

Merten estuvo enfermo, lo estuvo durante mucho tiempo. Al principio tuvo mucha fiebre, tenía la garganta inflamada, respiraba con dificultad. Durante los primeros días no pudo tragar nada, más tarde fue consiguiendo alguna que otra vez tragarse una cucharada de sopa. Hanzo había distribuido a los muchachos de tal forma que a lo largo del día siempre había alguien cerca de Merten que no le quitaba la vista de encima. También montaron durante algún tiempo un turno de guardia por la noche porque temían que en medio de la fiebre pudiera intentar volver a hacerse algo malo. Estando en su sano juicio, de eso estaban convencidos todos, ni el propio Merten hubiera vuelto a echar mano de la soga ni a intentar quitarse la vida de alguna otra manera: el molinero no había dejado ningún lugar a dudas de que aquella no era forma de escaparse de Koselbruch.

«¡Soy yo el que decide quién muere en este molino!». Las palabras del maestro se le habían quedado profundamente grabadas a Krabat. ¿No eran justo la respuesta a aquella pregunta que él se había estado haciendo desde la última nochevieja?: ¿quién era el culpable de las muertes de Tonda y Michal?

Mirándolo bien, lo que se le presentaba aún no era más que un primer indicio, nada más..., pero tampoco nada menos.

En cualquier caso, un día, cuando todo estuviera aclarado, le pediría cuentas al maestro, eso lo daba por seguro. Hasta entonces no debía permitir que se le notara nada. Tenía que hacerse el inocente, el niño bueno, el obediente, el que no sospecha nada de nada... y sin embargo tenía ya que pensar desde ese mismo momento en prepararse para la hora del ajuste de cuentas dedicándose con redoblado celo a las Ciencias Ocultas.

En aquellos días de febrero no nevó nada, pero persistieron las heladas con la misma crudeza. Los mozos del molino tuvieron que volver a subirse al saetín todas las mañanas, para picar y quitar el hielo que se formaba en el fondo. Cada vez que les tocaba hacerlo maldecían aquel frío de mil demonios que había seguido a aquel tiempo de Semana Santa que había entrado a destiempo. Uno de los días siguientes sucedió que a eso del mediodía tres hombres se acercaron al molino desde el bosque. Uno de ellos era fuerte y espigado, una persona en la flor de la vida, como se suele decir; los otros eran dos ancianos, con barba blanca y encorvados.

Lobosch fue el primero que los avistó. Y es que tenía ojos por todas partes, nada se le escapaba así como así.

—¡Tenemos visita! —les gritó a los oficiales, que en ese momento se iban a sentar a la mesa.

Entonces también ellos vieron al hombre con los dos ancianos. Venían por el camino de Schwarzkollm, con ropa de aldeanos, envueltos en capas de pastor, las gorras de invierno muy caladas en la frente.

Desde que Krabat vivía en Koselbruch ningún campesino de los pueblos vecinos se había perdido jamás por allí. Ellos, sin embargo, aquellos tres, se dirigieron directamente al molino y pidieron permiso para entrar.

Hanzo les abrió la puerta de la casa, los muchachos se fueron atropelladamente al zaguán llenos de curiosidad.

—¿Qué queréis?

—Hablar con el molinero.

—El molinero soy yo.

Sin que los mozos del molino se hubieran dado cuenta el maestro había salido de su cuarto, avanzó hacia aquellos hombres.

—¿Qué hay?

El hombre espigado se quitó la gorra de la cabeza.

—Somos de Schwarzkollm —empezó a decir—. Yo soy el alcalde de allí y estos son nuestros ancianos. Te ofrecemos nuestros saludos... y quisiéramos pedirte, molinero de Koselbruch, que nos escuches. Es que..., como... Pero me parece que no te sorprenderá que...

El maestro le quitó la palabra con un gesto autoritario.

—¡Al grano! ¿Qué es lo que os trae hasta mí? ¡Sin rodeos!

—Quisiéramos pedirte —dijo el alcalde— que nos ayudes.

—¿Cómo es eso?

—La helada... y sin nieve en los campos... —dijo el alcalde dándole vueltas a la gorra—. La siembra se va a echar a perder si no nieva en los próximos días...

—¿Y eso a mí qué me importa?

—Queríamos pedirte, molinero, que hagas que nieve.

—¿Qué yo haga que nieve? ¿Cómo se os ha podido ocurrir eso?

—Sabemos que tú lo puedes hacer —dijo el alcalde—, puedes hacer que caiga la nieve.

—No pretendemos que sea de balde —aseveró uno de los dos ancianos—. Te pagaremos por ello cinco docenas de huevos... y cinco gansos y siete gallinas.

—Pero —dijo el otro— tienes que hacer que caiga la nieve. Si no, nos quedaremos sin cosecha el año que viene, y entonces tendremos que padecer hambre...

—Nosotros... y nuestros hijos —añadió el alcalde—. ¡Apiádate, molinero de Aguas Negras, y haz que caiga una nevada!

El maestro se rascó la barbilla con la uña del dedo pulgar.

—No os he visto el pelo en muchos años. Y ahora que me necesitáis aparecéis de repente por aquí.

—Tú eres nuestra última esperanza —dijo el alcalde—. Si no nos envías nieve, estamos perdidos. ¡No puedes negarnos tu ayuda, molinero! ¡Te lo pediremos de rodillas, igual que si se lo pidiéramos a Dios!

Los tres se arrodillaron ante el maestro, agacharon la cabeza y se dieron golpes de pecho.

—¡Atiende nuestras súplicas! —le rogaron—. ¡Atiende nuestras súplicas!

—¡De eso nada! —El maestro permaneció implacable—. ¡Largaos a casa! ¿Qué me importa a mí vuestra siembra? ¡Yo aquí... y esos de ahí —dijo señalando a los muchachos— no tendremos que pasar hambre! Ya me encargaré yo de ello, y si es necesario, aun sin nieve. ¡Pero vosotros, chusma de campesinos, me estáis cargando con vuestros huevos y vuestras aves de corral! ¡Por mí como si reventáis, eso es asunto vuestro! ¡No pienso

mover ni un dedo por vosotros! ¡Ni por vosotros ni por vuestros polluelos!
¡No podéis esperar en serio de mí que haga eso!

—¿Y vosotros? —dijo el alcalde dirigiéndose a los ayudantes del molinero—. ¿Tampoco vosotros queréis ayudarnos, señores mozos de molino? ¡Hacedlo, por el amor de Dios, hacedlo por nuestros pobres hijos, sabremos agradecerérselo!

—Este tipo está loco —dijo Lyschko—. Voy a soltar los perros... ¡ea!

Silbó con dos dedos, un silbido tan agudo que a los muchachos se les metió hasta el tuétano. Se empezó a oír un ladrido, de varios perros al mismo tiempo, rabioso, un único aullido, un único alarido.

El alcalde dio un respingo, dejó caer la gorra.

—¡Vámonos! —exclamó—. ¡Nos van a hacer trizas! ¡Corramos, corramos!

Los dos ancianos y él se recogieron las capas, salieron corriendo del molino, cruzaron los prados, desaparecieron en el bosque, por donde habían venido.

—¡Bien hecho! —dijo el maestro—. ¡Bien hecho, Lyschko! —exclamó dándole palmadas en el hombro—. Nos hemos librado de los tres... y me apuesto lo que sea a que no van a volver por aquí tan pronto.

Krabat estaba furioso, el alcalde y sus acompañantes le daban pena. ¿Qué habían hecho de malo para que el molinero les negara su ayuda? No le hubiera costado más que consultar el *Grimorio* y pronunciar un par de palabras: las palabras que eran conocidas para aquel caso, y que Krabat no conocía.

El maestro aún no les había enseñado a los mozos cómo hacía uno que nevara.

Era una pena; si no, Krabat no se lo habría pensado demasiado y habría ayudado por su cuenta a los campesinos. Petar probablemente también lo hubiera intentado y Hanzo y algún otro.

Únicamente Lyschko se había alegrado por el desaire que el molinero les había hecho a los campesinos. Estaba orgulloso de que le hubiera salido bien el truco de hacerles creer que les iban a azuzar los perros.

Sin embargo, su alegría por el mal ajeno quedaría empañada. A la noche siguiente Lyschko se despertó sobresaltado dando fuertes gritos de dolor, y

cuando los muchachos le preguntaron que, por todos los diablos, qué le había pasado, él se les quejó, los dientes castañeteándole de miedo de que en el sueño una trailla de perros carniceros negros le habían atacado y habían querido hacerle trizas.

—¡Oh, no! —dijo compasivo Juro—. ¡Qué suerte que solo lo hayas soñado!

Aquella noche Lyschko soñó otras cinco veces con los perros carniceros, y las cinco veces se despertó sobresaltado y gritando de tal forma que los muchachos se despertaron con sus gritos.

—Coge tu manta, Lyschko, ¡y lárgate al granero! Allí puedes soñar con los perros todas las veces que quieras, y gritar de miedo hasta que te quedes ronco, ¡con tal de que no tengamos que oírte!...

A la mañana siguiente los muchachos tuvieron que frotarse los ojos antes de podérselo creer. Esa mañana todo estaba blanco fuera. Había nevado durante la noche, y aún siguió nevando, en copos grandes y suaves, hasta media mañana. Ahora los campesinos podían estar contentos, los de Schwarzkollm y los de los demás pueblos de los alrededores de Koselbruch.

¿Habría cambiado de idea el maestro y les habría ayudado?

—Quizá haya intervenido Pumphutt —opinó Juro—. Los campesinos podrían haberse encontrado con él. Yo creo que él no les hubiera dicho que no.

—¿Quién, Pumphutt? ¡Por supuesto que no! —Coincidieron con él los muchachos.

Pero Pumphutt no podía haber sido, pues a eso del mediodía —y una vez más había sido Lobosch el que los había visto llegar—... pues, bien, a eso del mediodía llegaron al molino el alcalde y sus ancianos en un trineo tirado por caballos para llevarle al maestro lo que creían deberle por su ayuda: siete gallinas, cinco gansos y cinco docenas de huevos.

—Te damos las gracias, molinero de Koselbruch —dijo el alcalde, haciéndole una profunda reverencia al maestro—. Te damos las gracias por haber tenido piedad de nuestros hijos. Tú sabes que no somos ricos. Toma lo que aquí te traemos en señal de nuestro agradecimiento. ¡Que el cielo te recompense!

El maestro le había estado escuchando con el ceño fruncido. Entonces, y los mozos del molino se dieron cuenta de lo mucho que tuvo que esforzarse por permanecer tranquilo, dijo:

—Yo no sé quién os ha ayudado... Desde luego yo no he sido; que no quede ninguna duda. ¡Meted vuestras cosas en el trineo e iros al diablo!

Dicho aquello dejó plantados a los campesinos y se fue a la cámara negra. Los mozos del molino oyeron cómo echaba el cerrojo por dentro.

El alcalde y sus acompañantes estaban allí con sus regalos como si se hubieran quedado de piedra.

—¡Venid! —dijo Juro, y les ayudó a cargar—. Regresad ahora a Schwarzkollm... ¡y cuando lleguéis a casa bebeos una copa de aguardiente fuerte o dos y olvidaos de todo esto!

Krabat siguió con la mirada el trineo con los tres hombres hasta que desapareció en el bosque. Durante un rato se siguió oyendo aún el tintineo de los cascabeles, el restallido del látigo y la voz del alcalde, que gritaba «¡iah, iah!» para arrear a los caballos.

Yo soy Krabat

La nieve se derretía, llegaba la primavera, Krabat aprendía como un poseso. Aventajaba por mucho a sus camaradas. El maestro le alababa, se mostraba muy satisfecho con sus progresos en la magia negra. Parecía no sospechar que Krabat solo aprendía y aprendía y seguía aprendiendo para estar bien armado el día de la lucha, para la hora del ajuste de cuentas.

El Domingo de Ramos fue la primera vez que Merten se volvió a levantar. Se sentó detrás de la leñera al sol. Estaba pálido, estaba flaco, casi se transparentaba. Y ahora se veía que se le había quedado el cuello torcido. Con todo, ahora ya volvía a decir lo mínimo imprescindible: «sí» y «no» y «trae» o «deja».

El Viernes Santo acogieron a Lobosch en la Escuela Negra. ¡Cómo se sorprendió el pequeño cuando el maestro le transformó en un cuervo! Revoloteó alegremente por la cámara, rozó con la punta de sus alas la calavera y el libro de magia. Tres veces tuvo el maestro que chistarle..., solo entonces se posó el chiquillo en la barra, un gracioso pájaro negro de un palmo de largo con ojillos vivarachos y plumas esponjadas.

«Este es el arte de hablarle a otra persona con el pensamiento de tal forma que esta te pueda oír y comprender las palabras como si salieran de ella misma».

A los mozos del molinero aquella noche no les resultó fácil seguir al maestro porque Lobosch les distraía constantemente. Era divertido mirarle, ponía los ojos en blanco, retorció el cuello y batía las alas. ¡Ya podía leer el molinero lo que fuera del *Grimorio*!

Krabat entretanto no dejaba que se le escapara ni una sola palabra.

Había comprendido lo importante que era la nueva lección... para él y para la cantora. Iba memorizando la fórmula sílaba por sílaba. Antes de

dormirse, en el catre, la repitió muchas veces hasta estar seguro de que jamás se le olvidaría.

El sábado de Gloria, cuando empezó a oscurecer, el maestro volvió a enviar a los mozos del molino a por la señal. Los últimos que quedaron al echar a suertes fueron Krabat y Lobosch, y el molinero les hizo partir tras darles su bendición negra.

Krabat había dejado mantas preparadas en la leñera, dos para cada uno, porque al caer la tarde el tiempo se había nublado y olía a lluvia. Como fueron los últimos que partieron del molino, le metió prisas a Lobosch. Consideraba posible que ya otros dos muchachos fueran de camino hacia la Muerte de Bäümel: un temor que no tenía fundamento, según se demostró cuando llegaron a la cruz de madera.

En la linde del bosque recogieron trozos de corteza y ramas, encendieron una pequeña hoguera. Krabat le explicó al muchacho por qué estaban allí fuera, en aquel lugar, y que tenían que pasar la víspera de Pascua juntos en vela al lado del fuego.

Lobosch, tiritando de frío, se envolvió en sus mantas y dijo que menos mal que no tenía que estar allí él solo, que, si no, se moriría de miedo y entonces posiblemente tendrían que erigir en aquel lugar una segunda cruz de madera, si bien más pequeña...

Más tarde hablaron de la Escuela Negra y de las reglas por las que se regía la clase de magia. Luego estuvieron callados durante un rato; y finalmente Krabat empezó a hablar de Tonda y de Michal.

—Ya te avisé de que algún día te hablaría de ellos.

Mientras le informaba a Lobosch sobre sus amigos se dio cuenta de que él mismo estaba ocupando ahora el lugar de Tonda, al menos por lo que se refería a aquel muchacho que estaba enfrente de él al otro lado del fuego.

Inicialmente tenía previsto no contarle a Lobosch el final que habían tenido Michal y Tonda, por lo menos no de una forma muy concreta; sin embargo, cuanto más hablaba de ambos, también de Worschula, que estaba enterrada en el cementerio de Seidewinkel, y de que Tonda había afirmado que los mozos del molino de Koselbruch habían hecho caer sobre ella la desgracia. Cuanto más hablaba, más natural le parecía que el muchacho tenía derecho a saber aquello que él al principio había querido ahorrarse.

Así fue como Krabat le contó todo lo que había que contar. Únicamente no le mencionó nada del secreto de la hoja de la navaja para no poner en peligro la fuerza mágica que en ella residía.

—¿Tú sabes —preguntó Lobosch— quién es el culpable de las muertes de Tonda y de Michal?

—Me lo imagino —dijo Krabat—. Y si mi sospecha se confirma, me vengaré.

A eso de la medianoche empezó a llover ligeramente. Lobosch se echó la manta por encima de la cabeza.

—¡No lo hagas! —dijo Krabat—. Así no podrás oír las campanas ni el canto del pueblo.

Poco después percibieron cómo allá a lo lejos empezaban a repicar las campanas de Pascua, y oyeron la voz de la cantora, que llegaba hasta allí desde Schwarzkollm: la voz de la cantora y, alternando con ella, las de las demás muchachas.

—Suenan bien —dijo Lobosch un rato después—. Por oír esto merece la pena calarse.

Las horas siguientes las pasaron en silencio. Lobosch había comprendido que Krabat no quería hablar ni quería que le molestaran. No le fue difícil conformarse con ello. Lo que había conocido sobre Tonda y sobre Michal daba para reflexionar más de media noche.

Las muchachas cantaban, las campanas repicaban.

Krabat no se dio cuenta de que un rato después dejó de llover. Para él en aquel momento no había ni lluvia ni viento, ni frío ni calor, ni luz ni oscuridad: para él ahora no existía nada más que la cantora, su voz... y el recuerdo del brillo de sus ojos a la luz del cirio pascual.

Aquella vez Krabat estaba dispuesto a no salirse de sí mismo. ¿No les había enseñado el maestro el arte de hablarle a otra persona con el pensamiento «de tal forma que esta pudiera oír y comprender las palabras como si salieran de ella misma»?

Al amanecer Krabat pronunció la nueva fórmula. Se concentró con toda su alma en la cantora... hasta que creyó sentir que había llegado hasta ella... y entonces le habló.

«Alguien te ruega, cantora, que le escuches», dijo. «Tú no le conoces, pero él te conoce a ti desde hace mucho tiempo. Cuando hayas cogido esta mañana el agua de Pascua procura quedarte atrasada con respecto a las demás muchachas mientras regresas a casa. Tienes que ir tú sola con tu cántaro de agua, pues ese alguien quiere encontrarse contigo... y no quisiera que ocurriera ante los ojos de todos, porque solo te interesa a ti, y a él, y a nadie más en este mundo».

Tres veces le imploró, siempre con las mismas palabras. Luego empezó a clarear la mañana, el canto y las campanas se acallaron. Ya había llegado el momento de enseñarle a Lobosch a trazar la estrella de cinco puntas y de signarse, el uno al otro, con las astillas de la cruz de madera que Krabat había cortado del tronco con la navaja de Tonda y convertido en carbón en la lumbre.

Krabat tenía tanta prisa por regresar a casa que parecía estar poseído por la ambición de que fueran los primeros que llegaran al molino. Lobosch, con sus cortas piernas, apenas era capaz de seguirle el paso.

Poco antes de llegar a Koselbruch, a la altura de los primeros matorrales, Krabat se detuvo. Se hurgó en los bolsillos, luego se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—Me la he dejado en la cruz de madera...

—¿El qué? —preguntó Lobosch.

—La navaja.

—¿La que te dio Tonda?

—Sí..., la de Tonda.

El muchacho sabía que la navaja era el único recuerdo que Krabat tenía de Tonda.

—¡Pues entonces tendremos que volver a buscarla! —dijo.

—No —le contradijo Krabat esperando que Lobosch no se diera cuenta del engaño—. Déjame que vaya yo solo, así tardaré menos. Tú mientras tanto puedes esperarme sentado entre los matorrales.

—¿De verdad?

El chiquillo reprimió un bostezo.

—Sí, de verdad, haz lo que te digo.

Mientras Lobosch se sentaba entre los matorrales sobre la hierba húmeda Krabat se fue corriendo a toda prisa al sitio por donde sabía que tenían que pasar las muchachas cuando llevaran a sus casas el agua de Pascua; allí se acurrucó entre los setos.

No mucho después llegaron las muchachas con sus cántaros de agua, pasando a su lado en una larga fila. Krabat vio que la cantora no estaba entre ellas. O sea, que le había oído, y había entendido lo que él le había rogado desde la distancia.

Luego, cuando ya todas las muchachas habían desaparecido, la vio venir. Iba sola, muy arropada con su capa de lana. Entonces él se asomó y se dirigió hacia donde estaba ella.

—Yo soy Krabat, un mozo del molino de Koselbruch —dijo—. No te asustes de mí.

La cantora le miró a la cara, muy tranquila, como si le hubiera estado esperando.

—Ya te conozco —dijo ella—, porque he soñado contigo. Contigo y con un hombre que tenía intención de hacerte algo malo...; pero nosotros, tú y yo, no le hicimos ningún caso. Desde entonces he estado esperando encontrarme contigo, y ahora ya estás aquí.

—Estoy aquí —dijo Krabat—, pero no puedo quedarme mucho tiempo: me están esperando en el molino.

—También yo tengo que irme a casa —dijo la cantora—. Volveremos a vernos, ¿no?

Entonces metió un pico de su capa en el cántaro con el agua de Pascua... y sin decir una sola palabra le borró a Krabat el pentagrama de la frente: muy despacio, sin prisa, con toda naturalidad.

El mozo entonces se sintió como si le hubieran quitado una tara. Y Krabat le estaba infinitamente agradecido: de que existiera y de que estuviera frente a él mirándole.

En el limbo

Lobosch se había quedado dormido entre los matorrales en la linde del bosque. Cuando Krabat le despertó abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿La tienes?

—¿El qué?

—¡La navaja!

—Ah, sí —dijo Krabat.

Le enseñó la navaja de Tonda y sacó la hoja. Estaba negra.

—Deberías limpiarla con esmeril —opinó Lobosch—. Y engrasarla a fondo..., a ser posible con grasa de perro.

—Sí —dijo Krabat—. Seguramente debería hacerlo.

Luego se apresuraron en regresar a casa y a mitad de camino se encontraron con Witko y con Juro, que habían estado en la Cruz de la Muerte y también se habían retrasado.

—Bueno —dijo Juro—, a ver si llegamos antes de que empiece a llover.

Al decir aquellas palabras miró a Krabat como si echara algo en falta en él.

¡La estrella!

Krabat se asustó. Si regresaba al molino sin la marca, el maestro sospecharía, inevitablemente. Entonces las cosas para ellos dos podían ponerse feas, también para la cantora.

Krabat rebuscó en los bolsillos a ver si encontraba un trozo de carbón..., pero no tenía ninguno, eso ya lo sabía él.

—¡Vamos! —les urgió Juro—. ¡Antes de que nos echen la bronca! ¡Corramos, corramos!

En el momento en que los mozos salieron del bosque y corrían hacia el molino se desató la tormenta. Una ráfaga de viento les arrancó las gorras de

la cabeza a Witko y a Krabat. Cayó tal tromba de agua que Lobosch se puso a gritar. Los cuatro llegaron al molino hechos una sopa.

El maestro ya les estaba esperando impaciente. Se inclinaron luego bajo el yugo, recibieron las bofetadas.

—Por todos los diablos, ¿dónde tenéis la marca?

—¿La marca? Aquí está —dijo Juro señalándose la frente.

—¡Ahí no hay nada!

—Pues entonces debe de haberse borrado con la maldita lluvia.

El molinero vaciló un momento, parecía reflexionar.

—¡Lyschko! —ordenó entonces—. Vete al horno y tráeme un trozo de carbón, ¡pero date prisa!

Con gruesos trazos les dibujó a los cuatro la estrella por encima del caballete de la nariz; les quemaba la piel como si fuera de fuego.

—¡A trabajar!

Aquella mañana tuvieron que trabajar más duro de lo normal y también durante más tiempo; pasó una eternidad hasta que a los cuatro se les fue con el sudor la marca de la frente. Luego, sin embargo, sucedió, también aquella vez, lo que tenía que ocurrir... y Lobosch, el pequeño Lobosch, fue capaz de repente de balancear por encima de la cabeza un costal de doce fanegas lleno.

—¡Yuju! —exclamó—. ¡Mirad qué fácil me resulta ahora el trabajo! ¡Mirad qué fuerzas me han entrado!

Los mozos del molinero pasaron el resto del día con pastelillos de Pascua y vino, con bailes y canciones. Se contaron historias, también de Pumphutt, y Andrusch, cuando ya estaba bastante borracho, pronunció un discurso, cuyo contenido era que todos los mozos del molino eran buenos chicos, y que a todos los maestros había que mandarlos al diablo, al más profundo de los infiernos.

—¡Brindemos por eso! —exclamó—. ¿O hay alguien aquí que piense de otra manera?

—¡No! —exclamaron todos levantando los vasos; solo Staschko aseguró a voz en grito que él estaba en contra.

—¿Mandarles al diablo? —gritó—. ¡El propio Satanás debería venir y llevarse a los maestros! Debería retorcerles el cuello a todos... ¡craaac!...

¡esa es mi opinión!

—¡Tienes razón, hermano del alma! —dijo Andrusch abrazándole—. ¡Tienes razón! Que el diablo se lleve a todos los molineros... ¡y al maestro el primero!

Krabat se había buscado un sitio en un rincón, lo suficientemente cerca de los demás como para que nadie le pudiera echar en cara que había querido apartarse de ellos; y, sin embargo, más bien estaba allí concentrado en sí mismo, al margen del bullicio, y mientras los mozos cantaban y se reían y pronunciaban grandes discursos, él pensaba en la cantora, en cómo se había encontrado con ella aquella mañana, mientras ella volvía a casa, y en cómo habían estado allí juntos hablando el uno con el otro.

Krabat se acordaba de todas y cada una de sus palabras, de cada movimiento, de cada mirada de ella, y se hubiera podido tirar horas en su rincón pensando en ella sin darse cuenta de que pasaba el tiempo si no hubiera sido porque Lobosch se sentó a su lado en el banco y le dio un codazo.

—Tengo que preguntarte algo...

—¿Sí? —dijo Krabat esforzándose por no parecer importunado.

Lobosch estaba muy preocupado.

—Lo que acaba de decir Andrusch ¡y Staschko! Si llega eso a oídos del maestro...

—Bah —opinó Krabat—. No es más que pura palabrería, ¿no te das cuenta?

—¿Y el molinero? —replicó Lobosch—. Como Lyschko se lo cuente... ¡Imagínate lo que les puede hacer a esos dos!

—A esos dos no les va a hacer nada, absolutamente nada.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —exclamó Lobosch—. ¡Eso él no lo va a tolerar jamás!

—Hoy sí —dijo Krabat—. Hoy podemos insultar al maestro y echar pestes contra él... o incluso mandarle al diablo, como has oído: él hoy no nos lo toma a mal, todo lo contrario.

—¿No? —preguntó Lobosch.

—El que puede desahogarse una vez al año de su indignación —dijo Krabat— es luego capaz, durante el resto del tiempo, de conformarse con lo

que se exige de él, y, como ya te darás cuenta, lo que se exige en el molino de Koselbruch es bastante.

Krabat ya no era el Krabat de antes. Los días y las semanas siguientes estuvo en el limbo. Hacía lo que había que hacer, hablaba con los mozos, contestaba a sus preguntas, pero en realidad estaba muy alejado de todo lo que ocurría en el molino: él estaba con la cantora, y la cantora estaba con él, y el mundo, con cada día que pasaba, era más luminoso y más verde a su alrededor.

Krabat nunca se había dado cuenta antes de la variedad de verdes que había, cien tipos diferentes de verde hierba, de verde abedul, de verde prado, también de verde musgo, a veces un verde joven y flamante con un cierto toque azulado en las orillas del estanque del molino, en cada seto, en cada arbusto de bayas, y el oscuro y contenido verde viejo de los pinos silvestres de Koselbruch, sombrío a ciertas horas del día, amenazador después y casi negro, pero también a veces, especialmente al caer la tarde, resplandeciente, como barnizado de oro.

Unas cuantas veces en aquellas semanas, no muy a menudo, bien es verdad, Krabat soñó también por la noche con la cantora. A grandes rasgos era siempre el mismo sueño:

Caminaban juntos por un bosque o por un jardín con viejos árboles, hacía un calor estival, y la cantora llevaba una blusa clara. Mientras caminaban bajo los árboles Krabat le pasó el brazo por el hombro. Ella recostó en él la cabeza y él sintió el pelo de ella en su mejilla. El pañuelo de la cabeza se le había escurrido hacia atrás, y él estaba deseoso de que ella se detuviera y se volviera hacia él, porque así él podría mirarle la cara. Al mismo tiempo, sin embargo, sabía que era mejor que ella no lo hiciera, así tampoco podría reconocerla nadie que, por ejemplo, tuviera el poder de soñar los mismos sueños que él.

A sus camaradas no se les ocultó que a Krabat le había ocurrido algo que le había cambiado radicalmente y una vez más fue Lyschko el que intentó sonsacarle. Fue la semana de después de Pentecostés. Hanzo les había encargado a Krabat y a Staschko que afilaran una de las muelas del molino. La habían levantado sobre calzos junto a la puerta del cuarto de la molienda y ahondaron con sus punterolas las muescas que iban del centro

de la rueda hacia fuera. Con mucho cuidado iban dando golpe tras golpe para conseguir unos golpes afilados. Staschko entre medias tuvo que marcharse a afilar su punterola, que se había quedado roma, eso le llevó su tiempo. Entonces apareció por allí Lyschko, con un hato de costales de harina vacíos bajo el brazo. Krabat no se dio cuenta de su presencia hasta que estuvo delante de él y le habló. Lyschko siempre andaba por todas partes sin hacer ruido, incluso cuando no hacía ninguna falta.

—Bueno, ¿qué? —preguntó guiñando un ojo—. ¿Cómo se llama? ¿Es rubia, castaña o morena?

—¿Quién? —preguntó a su vez Krabat.

—Pues... esa —dijo Lyschko— en la que últimamente siempre estás pensando. ¿O crees acaso que estamos ciegos y no nos damos cuenta de que estás loco perdido por una... en sueños tal vez o algo así? Yo conozco un buen medio para ayudarte a que puedas verte con ella: es que uno tiene su experiencia, ¿sabes?

Acechó primero hacia todos los lados y luego se inclinó hacia Krabat y le susurró al oído:

—No tienes más que decirme su nombre..., de todo lo demás ya puedo encargarme yo fácilmente...

—¡Basta ya! —dijo Krabat—. No sé de qué estás hablando. Lo único que estás consiguiendo con tus estupideces es distraerme de mi trabajo.

La noche siguiente Krabat volvió a tener de nuevo el sueño de la cantora que ya conocía:

Una vez más caminaban bajo los árboles, y de nuevo era un cálido día de verano; solo que en esta ocasión llegaron a un prado que había en medio del bosque, y, cuando salieron a la luz para cruzar el calvero, una sombra les rozó después de haber dado apenas un par de pasos. Krabat le echó a la cantora su chaqueta por encima de la cabeza.

«—¡Vámonos rápidamente de aquí! ¡No debe verte la cara!».

Empujó hacia atrás a la muchacha buscando la protección de los árboles. El grito de un azor le penetró, estridente y agudo, como si le hubieran atravesado el corazón con un puñal.

Eso le despertó...

A la tarde siguiente el maestro ordenó que fuera a verle. No se sintió nada bien al estar ante él y ver la mirada de su único ojo dirigida hacia él.

—Tengo que hablar contigo.

El molinero estaba sentado como un juez en su sillón, con los brazos cruzados, con gesto pétreo.

—Tú ya sabes —prosiguió— que yo te aprecio mucho, Krabat, y que puedes llegar lejos en las Ciencias Ocultas, lo que no está al alcance de todos tus camaradas. Sin embargo, últimamente tengo dudas sobre si puedo confiar en ti. Tú me escondes algún secreto, tú me ocultas algo. ¿No sería mejor que me rindieras cuenta de ello, voluntariamente, sin que tenga que verme obligado a indagar? Dime francamente de qué se trata, así podremos pensar qué es lo mejor que podemos hacer: aún estamos a tiempo.

Krabat no vaciló ni un momento en responder:

—No tengo nada que decirte, maestro.

—¿De verdad que no?

—No —dijo Krabat con voz firme.

—¡Vete entonces!... ¡Y no te quejes cuando tengas que sufrir las consecuencias!

Fuera en el zaguán estaba Juro, parecía estar esperando a Krabat. Le llevó hasta la cocina y una vez allí cerró la puerta.

—Tengo aquí algo, Krabat...

Le puso una cosa en la mano: una pequeña raíz seca atada con un lazo hecho con un hilo de bramante torcido tres veces.

—Cógelo... y cuélgatelo al cuello, si no, tus sueños te van a costar el pellejo.

Sorpresas

Los días siguientes el maestro estuvo sorprendentemente amable con Kramat. Aprovechaba cualquier ocasión para darle preferencia sobre sus compañeros y le alababa por las cosas más naturales del mundo, como si quisiera demostrarle que estaba decidido a no guardarle ningún rencor, hasta que una tarde, a eso de finales de la segunda semana después del pentecostés, se encontró con él en el zaguán mientras los demás ya estaban sentados a la mesa para cenar.

—No me viene mal encontrarme contigo —dijo—. A veces, ya sabes, hay temporadas en las que está uno de mal humor y entonces se ve uno arrastrado a decir cosas que no son más que puros disparates. En resumidas cuentas, la conversación que mantuvimos no hace mucho en mi cuarto, te acuerdas, ¿no?, fue una conversación tonta. Y además innecesaria, ¿no piensas tú también lo mismo?

El maestro no esperó la respuesta de Kramat.

—¡Lamentaría —siguió sin pararse a respirar siquiera— que te tomaras en serio lo que te dije aquella tarde! Pues sé que tú eres un buen chico, el mejor alumno que he tenido desde hace mucho tiempo, y también se puede fiar uno de ti como de pocos. Bueno, tú ya me entiendes.

Kramat se sentía incómodo: ¿qué quería el molinero de él?

—Para no darle más vueltas —dijo el maestro—, no quisiera que tuvieras ninguna duda sobre qué es lo que pienso realmente de ti. Lo que hasta ahora no he hecho nunca con ningún alumno mío lo voy a hacer contigo, el domingo que viene te eximo del trabajo, te doy el día libre. Puedes marcharte si tú quieres y adonde te apetezca..., a Maukendorf o a Schwarzkollm o a Seidewinkel, me es indiferente. Con que estés de regreso el lunes por la mañana me es suficiente.

—¿Marcharme? —preguntó Krabat—. ¿Y qué se me ha perdido a mí en Maukendorf o en cualquier otro sitio?

—Bueno, en los pueblos hay tabernas y fondas donde podrías pasar un buen día y hay muchachas con las que se puede bailar...

—No —dijo Krabat—. Eso no me interesa. ¿Por qué voy a tener que tenerlo mejor que mis camaradas?

—Pues sí —declaró el maestro—. No veo yo por qué no voy a poder recompensarte por la dedicación y por el tesón que pones cada día, muchísimo más que los otros, en el estudio de las Ciencias Ocultas.

El domingo siguiente por la mañana, cuando los mozos se prepararon para irse a trabajar, Krabat también se dispuso a hacer lo mismo.

Entonces llegó Hanzo y se lo llevó aparte.

—Yo no sé qué pasa —dijo—, pero el maestro te ha dado hoy el día libre. Me ha dicho que te recuerde que ya desde primera hora de la mañana no quiere verte por el molino..., que lo demás ya lo sabes tú.

—Sí —gruñó Krabat—, ya sé.

Se puso su chaqueta buena, y mientras los demás mozos tenían que trabajar como todos los domingos él abandonó la casa. Detrás de la leñera se sentó en la hierba a reflexionar.

El maestro le había tendido una trampa, eso estaba claro, y ahora de lo que se trataba era de procurar no caer en ella. En cualquier caso una cosa parecía segura: que podía ir a cualquier sitio menos a Schwarzkollm. Más que cualquier otra cosa hubiera preferido quedarse allí sentado, simplemente, tomando el sol detrás de la leñera, y holgazaneando todo el día. Pero eso hubiera dado a entender con demasiada claridad que se había dado cuenta de cuál era la intención del maestro.

«¡Así que, nada: a Maukendorf! —pensó—. ¡Y a evitar pasar por Schwarzkollm!».

Pero quizás aquello también era un error. Quizá fuera más inteligente no evitar pasar por Schwarzkollm, sino cruzarlo justo por en medio, porque ese era el camino más corto para llegar a Maukendorf.

Claro está que no debería encontrarse de ninguna manera en Schwarzkollm con la cantora, eso había que evitarlo por todos los medios.

«—¡Cantora! —le rogó a la muchacha después de pronunciar la fórmula mágica—. Hoy tengo que pedirte algo..., soy yo, Krabat, el que te lo pide. Hoy no debes dar ni un paso fuera de tu casa, ocurra lo que ocurra. ¡Y no mires tampoco por la ventana, prométemelo!».

Krabat confiaba en que la cantora atendiera a sus súplicas.

Entonces, cuando ya se iba a poner en marcha, Juro dobló la esquina de la casa con una cesta para la leña vacía.

—Bueno, Krabat... parece que no tienes demasiadas prisas por marcharte de aquí. ¿Me dejas que me siente un rato contigo en la hierba?

Como aquella vez después del fracaso con la venta del caballo se rebuscó en el bolsillo y sacó un trozo de madera y pintó un círculo alrededor del sitio en donde estaban sentados, poniéndole una estrella y tres cruces.

—Ya te figurarás que esto no tiene nada que ver con los mosquitos ni con las moscas de la carne —dijo guiñándole un ojo.

Krabat reconoció que ya en aquella ocasión había tenido ciertas dudas.

—Con eso consigues que el maestro ni nos pueda ver ni nos pueda oír mientras estamos aquí sentados hablando: ni desde cerca ni desde lejos..., así es, ¿no?

—No —dijo Juro—. Podría vernos y oírnos, pero no lo hará, porque nos ha olvidado, ese es el efecto que produce el círculo. Mientras estemos dentro de él el maestro pensará en cualquier cosa... menos en ti y en mí.

—No es ninguna tontería —dijo Krabat—, no es ninguna tontería...

Y de repente, como si aquello hubiera sido una contraseña, le vino una idea. Miró atónito a Juro.

—Así que es a ti —dijo— a quien los campesinos tienen que agradecerle la nieve... ¡y Lyschko los perros carniceros! Tú no eres el tonto que todos nosotros creemos, ¿no es cierto? ¡Solamente te lo haces!

—¿Y si así fuera? —repuso Juro—. No te voy a discutir que efectivamente no soy tan estúpido como todos creen. Pero tú, y no me lo tomes a mal, Krabat, eres más tonto de lo que tú te imaginas.

—¿Yo?

—¡Sí, porque sigues sin darte cuenta de lo que se cuece aquí en este maldito molino! Si no, sabrías refrenar tu empeño; por lo menos de cara al

exterior. ¿O es que no tienes conciencia del peligro que corres?

—Sí —dijo Krabat—. Me lo figuro.

—¡Tú no te figuras nada! —le contradijo Juro.

Arrancó un tallo de hierba y lo estrujó entre sus dedos.

—Te voy a decir una cosa, Krabat..., yo, que durante todos estos años me he hecho el tonto. Como sigas así, serás el próximo de este molino, créeme. Michal y Tonda y todos los demás que están enterrados fuera, en la Planicie Yerma: todos cometieron el mismo error que tú. Aprendieron demasiado en la Escuela Negra y dejaron que el maestro se lo notara. Ya sabes que cada año la víspera de año nuevo uno de nosotros tiene que morir por él.

—¿Por el maestro?

—Por él —dijo Juro—. Él tiene hecho un pacto con el..., bueno, con el señor compadre. Todos los años tiene que sacrificarle a uno de sus alumnos; si no, le tocaría a él mismo.

—¿Cómo la sabes?

—Uno tiene ojos en la cara, y también reflexiona uno sobre aquellas cosas que le llaman la atención. Además: lo he leído en el *Grimorio*.

—¿Tú?

—Yo soy tonto, como sabes, o mejor dicho, como creen el maestro y todos los demás. Por eso no me toman en serio, por eso para lo único que sirvo es para las labores domésticas. Tengo que limpiar y fregar y quitar el polvo, de cuando en cuando también en la cámara negra, donde está el *Grimorio*, atado a la mesa con una cadena, no disponible para nadie que pudiera leerlo. Eso no sería bueno para el maestro porque en él hay algunas cosas que podrían perjudicarle si alguno de nosotros se enterara de ellas.

—¡Pero tú entonces sabes leer! —dijo Krabat.

—Sí —dijo Juro—. Y tú eres el primero y el único al que le confío el secreto. Hay una manera de impedir que el maestro siga haciendo lo que hace: ¡solo una! Si conoces a una muchacha que te quiera..., eso podría salvarte. En el caso de que ella le pida al maestro que te deje libre, y en caso de que supere la prueba prescrita.

—¿La... prueba?

—Eso te lo contaré en otra ocasión cuando tengamos más tiempo —dijo Juro—. De momento basta con que sepas esto: guárdate de que el maestro se entere de quién es la muchacha, si no, te ocurrirá lo mismo que le ocurrió a Tonda.

—¿Te refieres a Worschula?

—Sí —dijo Juro—. El maestro se enteró de su nombre demasiado pronto, la atormentó con unos sueños que para qué, hasta que de pura desesperación se arrojó al agua.

Volvió a arrancar un tallo de hierba y lo estrujó.

—Tonda la encontró a la mañana siguiente. La llevó a la casa de sus padres, allí la dejó en el umbral. Desde entonces a él se le quedó el pelo blanco, perdió su energía, el final ya lo conoces.

Krabat se imaginó a sí mismo encontrándose una mañana ahogada a la cantora, con plantas acuáticas en el pelo.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó.

—¿Que qué te aconsejo? —dijo Juro arrancando un tercer tallo de hierba—. Vete ahora a Maukendorf o a cualquier otro sitio, e intenta confundir al maestro lo mejor que puedas.

Krabat no miró ni a derecha ni a izquierda cuando atravesó Schwarzkollm. La cantora se mantuvo oculta. A saber qué le habría contado a su gente para explicarles por qué se quedaba en casa.

En la alcaldía entró a descansar un rato, se comió un trozo de pan negro con carne ahumada y se bebió detrás un aguardiente de trigo doble. Luego continuó camino hacia Maukendorf, se sentó en una mesa en la taberna y pidió cerveza.

Por la tarde bailó con las muchachas, habló de tonterías con ellas, las volvió locas y empezó una pelea con los mozos.

—¡Oye tú! ¡Desaparece de aquí!

Cuando se enfadaron y quisieron echarle él chasqueó los dedos: entonces se quedaron parados como si hubieran echado raíces y ya no pudieron moverse.

—¡Alcornoques! —exclamó Krabat—. ¡Os gustaría pegarme una paliza, ¿eh?! ¡Mejor pegáosla entre vosotros!

En la pista de baile se desencadenó entonces un tumulto como jamás se había conocido antes en Maukendorf.

Volaron jarras y se estamparon sillas. Los mozos se peleaban como si hubieran perdido la razón. A ciegas se pegaban unas enormes palizas unos a otros. El tabernero se retorció las manos, las muchachas chillaban, los músicos se iban poniendo a salvo saltando a la calle por las ventanas.

—¡Muy bien! —Espoleaba Krabat a los mozos—. ¡Muy bien! ¡Zurraos la badana bien fuerte! ¡Venga, más, más fuerte, más!

Un trabajo duro

El maestro a la mañana siguiente quiso saber de Krabat dónde había pasado el domingo, y qué tal le había sentado salir.

—Bah —opinó Krabat encogiéndose de hombros—, sí, no estuvo mal.

Luego informó al maestro de la visita a Maukendorf, del baile y de la pelea con los mozos del pueblo. Le dijo que había sido todo bastante divertido, pero que lo hubiera podido ser muchísimo más si hubiera estado allí con un compañero del molino, con Staschko tal vez o con Andrusch, o con cualquier otro, a él le hubiera dado igual.

—¿También Lyschko, por ejemplo?

—Él no —dijo Krabat aún a riesgo de que el maestro se lo tomara a mal.

—¿Y por qué no?

—No le puedo soportar —dijo Krabat.

—¿Tú tampoco? —dijo el maestro riéndose—. Entonces tú y yo opinamos lo mismo de Lyschko. Te asombra, ¿verdad?

—Sí —dijo Krabat—. Me sorprende.

El maestro le observó de arriba abajo, por lo que parecía, con buena intención, aunque no sin cierta ironía.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Krabat: que eres honrado y me dices abiertamente lo que opinas de todo.

Krabat evitó mirar al maestro. No sabía si lo había dicho en serio: sus palabras también se podían interpretar como una velada amenaza. Fuera como fuese el caso es que se alegró cuando el maestro cambió de tema.

—Pero bueno, volviendo ahora a lo que estábamos hablando antes, ten presente una cosa, Krabat: de ahora en adelante puedes salir todos los domingos cuando tú quieras, o también quedarte en casa si lo prefieres.

Pero es un privilegio que te concedo solo a ti, mi mejor alumno... ¡Y no se hable más!

Krabat ardía en deseos de verse a solas con Juro; Juro, sin embargo, le evitaba desde aquel domingo que habían estado juntos hablando detrás de la leñera. A Krabat le hubiera gustado poder comunicarse con él al menos con el pensamiento, pero aquel hechizo no surgía efecto entre los miembros de la Hermandad Secreta. Cuando por fin coincidieron en la cocina Juro le dio a entender que Krabat debía tener paciencia algunos días más... «con la navaja que me distes hace no mucho para que te la afilara. Cuando esté lista vendré y te la traeré: no me he olvidado de ti».

—Está bien —dijo Krabat, que había entendido lo que Juro quería decir.

Transcurrió media semana y el maestro tuvo que marcharse de nuevo al campo con su caballo, durante dos días, quizá tres, según él mismo hizo saber antes de su partida.

A la noche siguiente Juro despertó a Krabat.

—Vente a la cocina..., allí podremos hablar.

—¿Y estos? —preguntó Krabat señalando a sus camaradas.

—Están tan profundamente dormidos que ni un rayo ni un trueno podría despertarlos —aseguró Juro—. Ya me he encargado yo de ello.

En la cocina Juro trazó alrededor de la mesa y de las sillas el círculo mágico con la estrella y las cruces. Encendió una vela, la colocó entre Krabat y él.

—Te he hecho esperar —empezó a decir— por precaución, ¿entiendes? Nadie debe sospechar que nos reunimos a escondidas. El domingo pasado te confié algunas cosas, supongo que entretanto habrás estado reflexionando sobre ellas.

—Sí —dijo Krabat—. Ibas a enseñarme una manera de salvarme del maestro... y al mismo tiempo, si lo he entendido bien, es una forma de vengar a Tonda y a Michal.

—Así es —confirmó Juro—. Si una muchacha te quiere puede ir al maestro la última noche del año a pedirle que te deje libre. Si supera la prueba que él le exija, será él el que muera la madrugada de año nuevo.

—¿Y es difícil la prueba?

—La muchacha debe demostrar que te conoce —dijo Juro—. Debe descubrirte entre todos los camaradas y decir: este es.

—¿Y después?

—Eso es todo lo que prescribe el *Grimorio*... y si lo lees o lo oyes pensarás que eso es un juego de niños.

Krabat tuvo que darle la razón, «a no ser que, como él se temía, la cosa tuviera truco; una cláusula adicional secreta —pensó— en el libro de magia, por ejemplo, o un doble sentido oculto que pudieran contener las indicaciones del *Grimorio*..., había que conocer lo que decía exactamente el texto...».

—Lo que dice exactamente el texto —aseguró Juro— es claro e inequívoco. Pero el maestro sabe arreglárselas para interpretarlo de una manera particular.

Cogió las despabiladeras y cortó un trozo de la humeante mecha de la vela.

—Hace años, cuando yo era todavía bastante nuevo en Koselbruch, un compañero nuestro, un tal Janko, dejó que las cosas llegaran hasta ahí. Su muchacha apareció puntualmente la última noche del año y le pidió al molinero que le dejara libre.

»—Bien —dijo el maestro—, si distingues a Janko, será libre y tú te lo podrás llevar tal como está escrito.

»Luego la condujo a la cámara negra, donde nosotros doce estábamos en la barra, convertidos en cuervos. Nos había obligado a todos a esconder el pico debajo del ala izquierda. Y allí estábamos entonces, y la muchacha fue incapaz de descubrir quién de nosotros era Janko.

»—¿Qué? —preguntó el maestro—. ¿Es este de aquí, el que está en el extremo derecho de la fila?... ¿O es aquel de allí, el que está en medio? ¿O es acaso algún otro? Piénsatelo con calma: ya sabes lo que de ello depende.

»La muchacha dijo que sí, que lo sabía. Y luego, después de dudarle un poco, señaló a uno de nosotros, al buen tuntún... y resultó que era Kito.

—¿Y entonces? —preguntó Krabat.

—No llegaron a la mañana de año nuevo, ni Janko, ni tampoco la muchacha.

—¿Y desde entonces?

—Solo Tonda se volvió a atreverse a intentarlo, con la ayuda de Worschula... pero ya sabes lo que pasó.

La vela volvió a humear, y Juro cortó otra vez la mecha.

—Hay una cosa que no comprendo —dijo Krabat después de un largo silencio—. ¿Por qué nunca ha habido nadie más que lo haya intentado?

—La mayoría —repuso Juro— no conoce la forma... y los pocos que la conocen confían año tras año en salir bien librados: nosotros somos doce y, al fin y al cabo, cada noche de San Silvestre solo le toca a uno. Además, hay otra cosa en juego que deberías saber. Suponiendo que una muchacha supere la prueba y el maestro sea vencido, en el momento mismo en que muera se nos olvidará todo lo que nos ha enseñado: de golpe no seremos más que mozos de molino vulgares y corrientes... y se habrá terminado toda la magia.

—¿No ocurriría lo mismo si el maestro muriera de alguna otra forma?

—No —dijo Juro—. Y ese es otro motivo para los pocos iniciados para conformarse con la muerte de sus camaradas cada año.

—¿Y tú? —preguntó Krabat—. ¿Tampoco tú has hecho nada contra eso?

—No, porque no me he atrevido —dijo Juro—. Y porque yo no tengo a ninguna muchacha que pudiera venir a pedir mi libertad.

Jugueteó con las dos manos con la palmatoria, girándola para un lado y para otro encima del tablero de la mesa, lentamente y examinándola, como si quisiera descubrir con ello algo en concreto que fuera importante para él.

—Entendámonos bien —dijo finalmente—. Aún no tienes por qué decidirte, Krabat, no definitivamente. Pero deberíamos empezar ya desde ahora a hacer todo lo que esté en nuestras manos para conseguir, si fuera necesario, que le hicieras más fácil la prueba a la muchacha.

—¡Pero si eso sí que puedo hacerlo! —dijo Krabat—. Le diré con el pensamiento todo lo necesario. ¡Eso se puede hacer! ¡Lo hemos aprendido!

—No se puede —le contradijo Juro.

—¿No?

—No, porque el maestro tiene poder para impedirlo. Lo hizo con Janko y lo volverá a hacer esta vez, no hay ninguna duda.

—¿Y entonces? —preguntó Krabat.

—Debes —dijo Juro—, a lo largo del verano y del otoño, intentar llegar a estar en disposición de oponerte a la voluntad del maestro... Cuando estemos en la barra transformados en cuervos y él nos pida que escondamos el pico bajo el ala izquierda... tú tienes que ser capaz de conseguir ser el único que esconda el pico bajo el ala derecha. Me comprendes, ¿no? Si durante la prueba te comportas de una manera diferente a los demás, te darás a conocer: la muchacha sabrá entonces qué cuervo tiene que señalar, y la cosa estará hecha.

—¿Qué es lo que podemos hacer entonces? —dijo Krabat.

—Tendrás que ejercitar tu voluntad.

—¿Nada más?

—Eso es más que suficiente, ya te darás cuenta. ¿Empezamos?

Krabat estuvo de acuerdo.

—Supongamos —dijo Juro— que yo soy el maestro. Cuando yo te dé una orden tú intentarás hacer lo contrario de lo que yo te diga. Por ejemplo, si yo te ordeno que muevas algo de derecha a izquierda, tú lo mueves de izquierda a derecha. O si te tienes que poner de pie, tú te quedas sentado. Si te exijo que me mires a la cara, entonces miras hacia otro lado. ¿Está claro?

—Está claro —dijo Krabat.

—Bueno, pues entonces vamos a empezar.

Juro señaló la palmatoria que estaba entre ambos.

—¡Cógela —le pidió— y acércala hacia ti!

Krabat extendió las manos y cogió la palmatoria, con firme intención de apartarla de él, empujándola hacia Juro... pero entonces encontró resistencia. Una fuerza que contrarrestaba su propia voluntad se le opuso, y durante un instante le dejó paralizado. Luego se desencadenó un duelo sordo. De un lado la orden de Juro; y del otro Krabat, que quería oponerse a ella a toda costa.

Todavía estaba decidido a apartar de sí la palmatoria. «¡Fuera de mí! —pensó—. ¡Fuera, fuera!».

Pero se dio cuenta de que poco a poco la voluntad de Juro se iba adueñando de la suya, y de que él la iba perdiendo lentamente.

—Como tú... ordenes —se oyó decir Krabat finalmente.

Luego, obedeciendo, se acercó la palmatoria hacia sí. Se sintió como vacío por dentro. Si alguien le hubiera dicho que estaba muerto, él lo hubiera creído.

—¡No desesperes!

Oyó la voz de Juro muy alejada. Luego sintió cómo le ponía una mano en el hombro, y nuevamente, esta vez desde muy cerca, oyó que Juro decía:

—No olvides que esto no ha sido más que el primer intento, Krabat.

A partir de entonces pasaban en la cocina todas las noches que el maestro se encontraba fuera de casa. Krabat entonces se entrenaba bajo la dirección de Juro para imponer su propia voluntad sobre la de su amigo: un trabajo duro para ambos, y con demasiada frecuencia parecía que Krabat fuera a darse por vencido.

—Es que no lo voy a conseguir... y ya que voy a tener que morir, al menos no quiero que por mi culpa la muchacha también pierda la vida, ¿comprendes?

—Sí —dijo entonces Juro—, lo comprendo, Krabat, pero la muchacha aún no está comprometida. De momento no tienes por qué preocuparte por tener que decidir en un sentido o en otro. Lo principal es que sigamos avanzando. Si no pierdes el ánimo y no te das por vencido, ya verás todo lo que conseguimos hasta fin de año. ¡Créeme!

Volvieron a empezar, por enésima vez ya, con aquel tormento... y poco a poco, después de haberse ejercitado durante muchas noches, según iba transcurriendo el final del verano, empezaron a aparecer de cuando en cuando los primeros éxitos.

El águila del Sultán

¿Había concebido sospechas el maestro? ¿Había descubierto acaso, con la ayuda de Lyschko, lo que Krabat y Juro se traían entre manos? Una de las primeras tardes de septiembre invitó a sus ayudantes a una francachela, y una vez que todos se congregaron en torno a la gran mesa del cuarto del maestro y que les llenó el vaso a todos, los soltó de forma inesperada un «¡brindo por la amistad!». Juro y Krabat se miraron por encima de la mesa.

—¡Bebed! —exclamó el maestro—. ¡Bebed todos!

Luego hizo que Lobosch les llenara de nuevo los vasos y dijo:

—El verano pasado os hablé de Jirko, mi mejor amigo. Y no os oculté que un día le asesiné. Ahora os vais a enterar de cómo ocurrió... Fue en los años de la gran guerra contra los turcos, Jirko y yo por entonces habíamos tenido que desaparecer de Lusacia, nos habíamos separado. Yo me había alistado en el ejército del Emperador, donde servía como mosquetero, mientras que Jirko, cosa que no podía yo imaginarme, había entrado al servicio del Sultán como maestro de magia. El comandante de las tropas imperiales era el Mariscal de Sajonia. Nos había conducido hasta muy adentro de Hungría, donde llevábamos ya semanas acampados frente al ejército turco; amigos y enemigos atrincherados en campamentos fortificados. No se notaba demasiado que hubiera guerra, salvo porque cada una de las partes en conflicto llevaba a cabo de cuando en cuando alguna escaramuza contra la otra y disparaban con los cañones a determinados puntos de la zona de nadie. Una mañana se descubrió que los turcos se habían apoderado por la noche del Mariscal de Sajonia y le habían secuestrado, al parecer por medio de magia. Poco después se presentó a caballo ante nuestras fortificaciones un parlamentario: dijo que el Mariscal se encontraba cautivo en manos del Sultán, que se le pondría en libertad si

nuestro ejército se retiraba de Hungría en un plazo de seis días, y que en caso contrario sería estrangulado la mañana del séptimo día. Entonces la consternación fue grande, y como yo sabía que Jirko estaba en el campamento turco me ofrecí para rescatarle.

El maestro vació el vaso de un trago, le hizo señas a Lobosch de que se acercara, le ordenó que le sirviera más y siguió contando:

—Aunque nuestro capitán me tomó por loco, cursó el asunto al señor coronel, que me llevó ante un general, y este se dirigió conmigo al Duque de Leuchtenberg, que había asumido el mando en ausencia del Mariscal. Al principio el Duque tampoco quiso prestarme crédito; entonces convertí ante sus ojos en papagayos a los oficiales del Estado Mayor, y al general que me había llevado ante él, en cambio, le convertí en un faisán dorado. No hizo falta más para convencer al Duque. Me mandó que volviera inmediatamente a su forma humana a los señores y me prometió una recompensa de mil ducados en caso de que lograra rescatar al Mariscal. Entonces hizo que me enseñaran sus caballos, y me permitió que escogiera uno para mí.

El maestro interrumpió de nuevo su relato para beber, y de nuevo tuvo que llenarle el vaso Lobosch antes de que siguiera hablando.

—Podría seguir sencillamente con mi relato —dijo—, pero se me ha ocurrido algo mejor. El resto lo vais a vivir vosotros mismos: Krabat hará de mí mismo, representará el papel de mosquetero mago que va a liberar al Mariscal de Sajonia... Y ahora necesitamos a alguien que haga de Jirko...

Fue mirando a los mozos uno por uno, observó fijamente a Hanzo, observó fijamente a Andrusch y a Staschko. Finalmente la mirada de su único ojo quedó fijada en Juro.

—Tú quizá... —opinó—. Tú harás de Jirko, si quieres.

—Está bien —dijo indiferente Juro—. Alguien tendrá que hacerlo.

Krabat no se dejó engañar por su risita. Ambos eran conscientes de que el maestro quería probarlos. Ahora había que procurar no delatarse.

El molinero espolvoreó un pellizco de hierbas secas sobre la llama de la vela.

Un aroma pesado y adormecedor se esparció por la habitación, a los mozos del molino les empezaron a pesar los párpados.

—¡Ahora cerrad los ojos! —les pidió el maestro—. Entonces podréis ver lo que sucedió en Hungría. Juro y Krabat, por el contrario, actuarán... como lo hicimos Jirko y yo en aquella ocasión, en la gran guerra contra los turcos...

Krabat sintió cómo le invadía un plúmbeo cansancio, cómo poco a poco se iba quedando dormido. La voz del maestro sonaba lejana y monótona:

—Juro, el maestro de magia del Sultán, se encuentra entre los turcos, ha jurado fidelidad a la media luna... y Krabat, el mosquetero Krabat, con polainas blancas y guerrera azul, está a la diestra del Duque de Leuchtenberg, examinando los caballos que le están enseñando.

Krabat, el mosquetero Krabat, con polainas blancas y guerrera azul, está a la diestra del Duque de Leuchtenberg, examinando los caballos que le están enseñando. El que más le gusta es un caballo negro que tiene una diminuta marca blanca en la frente que le recuerda ligeramente una estrella.

—¡Dadme ese de ahí! —exige.

El Duque ordena que le ensillen y le embriden el caballo. Krabat carga su arcabuz, se lo cuelga al hombro y monta. Da una vuelta, a un trote ligero, a la plaza de armas, luego espolea a su corcel y lo lanza al galope hacia el Duque y su comitiva, y parece que quisiera atropellarles. Los señores se dispersan aterrados... pero Krabat pasa rápidamente sobre sus cabezas empolvadas de blanco, y, para asombro general, eleva por los aires en vertical al caballo negro. ¡Y no contento con eso, corcel y jinete empiezan a alejarse a toda velocidad, más y más, hasta que desaparecen de la vista de todos!... escapando incluso de la mirada del señor Mariscal de Campo, el Conde Gallas, que dispone del catalejo más potente de todo el ejército imperial.

Krabat cabalga a una altura de vértigo igual que los demás cabalغان por un campo llano. Pronto atisba a los primeros turcos al borde de un pueblo destruido por la artillería. Ve cómo relucen al sol sus turbantes de vivos colores, ve todas las piezas de artillería apostadas detrás de los gaviones, ve cómo las patrullas cabalغان de un lado para otro entre los puestos de guardia del campamento. Por el contrario, él y su corcel no son visibles para nadie. Los caballos de los turcos inflan de miedo sus ollares, los perros empiezan a aullar y meten el rabo entre las piernas.

Sobre el campamento del ejército turco ondea al viento la bandera verde del profeta. Krabat hace descender a su caballo negro hacia el suelo, le hace posarse en él con cuidado. No lejos de la suntuosa tienda en que habita el Sultán descubre otra algo más pequeña, vigilada por unos veinte jenízaros armados hasta los dientes.

Con el caballo negro cogido de las riendas, entra en ella y, efectivamente, allí está, sentado en una silla de campaña, con la cabeza apoyada entre las manos, el gran héroe de guerra y devorador de turcos de Dresde. Krabat se hace visible, carraspea, avanza hacia el Mariscal... y se sobresalta.

¡El jefe del ejército lleva un parche de cuero negro sobre el ojo izquierdo!

—¿Qué hay? —le grazna a Krabat con una voz tan ronca como la de un cuervo—. ¿Está al servicio de los turcos? ¿Cómo es que viene hasta mí a la tienda?

—¡Para servirle! —dice Krabat—. Tengo órdenes de rescatar a Su Excelencia. Mi corcel está preparado.

Ahora también el caballo negro recupera de nuevo su figura.

—Si Su Excelencia no tiene nada en contra... —dice Krabat.

Se monta en el caballo y le hace señas al Mariscal de que se siente detrás de él. Luego salen corriendo de la tienda a toda velocidad.

Los jenízaros se quedan tan estupefactos que son incapaces de mover un dedo. Gritando con firmeza «¡Hacednos sitio!», Krabat baja a toda prisa con el Mariscal liberado la calle principal del campamento. Al verles hasta la guardia del Sultán deja caer sus lanzas y sus sables.

—¡Arre! —grita Krabat—. ¡Agárrese, Excelencia!

Nadie se atreve a enfrentárseles. Ya están en la salida del campamento, ya están fuera, en campo abierto. Ahora Krabat hace que el caballo negro se eleve por los aires, y solo ahora empiezan los turcos a abrir fuego sobre ellos, con toda su artillería. ¡Pim! ¡Pam!...

Krabat está de buen humor, no teme a las balas de los turcos.

—Si esos tipos nos quisieran alcanzar, tendrían que dispararnos con algo de oro —le explica al Mariscal—. Las balas de hierro o de plomo no nos hacen ningún daño... y las flechas tampoco.

Los disparos se extinguen, dejan de hacer fuego. Los dos jinetes oyen entonces un fragor y un zumbido procedente del campamento de los turcos que se les acerca rápidamente. Krabat no puede volver la cabeza mientras cabalgan por los aires; por eso le ruega a su acompañante que mire hacia atrás.

El Mariscal le informa de que hay una gigantesca águila negra que les está persiguiendo.

—¡Se está lanzando desde lo alto, con el sol a sus espaldas, el pico dirigido hacia nosotros!

Krabat pronuncia una fórmula mágica, entonces, entre el águila y ellos, se acumulan nubes enormes, grises y densas, una montaña de nubes.

El águila las atraviesa.

—¡Allí está! —grazna el Mariscal—. ¡Se está preparando para caer sobre nosotros!

Krabat ha comprendido ya hace tiempo qué clase de águila es la que les persigue; no se sorprende lo más mínimo cuando les grita:

—¡Regresad! ¡O sois hombres muertos!

Grita con una voz que a Krabat le resulta conocida. ¿De qué la conoce? ¡No hay tiempo de pensar en ello! A una señal suya se levanta una tormenta que arroja hacia atrás al águila y que debería barrerla del cielo como si fuera un plumero, pero nada más lejos de la realidad, el águila del Sultán es capaz de resistir cualquier huracán.

—¡Regresad! —grita—. ¡Daos por vencidos antes de que sea demasiado tarde!

«¡La voz!», piensa Krabat. Ahora la ha reconocido: es la voz de Juro, la voz de su amigo, con el que ha estado sirviendo como mozo de molino hace muchos años en Koselbruch.

—¡El águila! —Le informa el Mariscal—. ¡Está a punto de alcanzarnos!

De repente Krabat también se da cuenta de a quién pertenece aquella voz que le grazna al oído.

—¡Su arma de fuego, mosquetero! ¿Por qué no dispara simplemente a ese monstruo?

—Porque no tengo nada de oro para dispararle.

Krabat se alegra, porque aquello además es cierto. Pero el Mariscal de Sajonia, o quien quiera que sea el que va sentado detrás de él se arranca uno de los botones de su guerrera.

—¡Métalo en el arcabuz! ¡Y dispare ya de una vez!

Juro, el águila Juro, ya solo está a unos cuantos aleteos de ellos. A Krabat ni se le pasa por la imaginación matarle. Hace como si metiera el botón dorado en el cañón de su arcabuz, pero en realidad se lo deja caer en la mano.

—¡Dispare! —Le urge el Mariscal—. ¡Dispare ya!

Sin volver la cabeza, Krabat dirige su arma contra su perseguidor por encima del hombro; sin bala, como él sabe, cargada solo con pólvora, sin el botón de oro en el cañón.

El disparo suena... y de repente un penetrante grito mortal:

—¡Krabat! ¡Kraaaaabaaaaat!

Krabat se queda aterrado, deja caer su arma; luego se lleva las manos al rostro y se echa a llorar.

«¡Krabat!», le retumba en los oídos. «¡Kraaaaabaaaaat!».

Krabat se levanta sobresaltado. ¿Cómo es que de repente está allí sentado a la mesa... con Andrusch y con Petar y con Merten y con todos los demás? ¿Cómo es que le miran fijamente, pálidos y espantados y cada uno de ellos baja inmediatamente la vista cuando se da cuenta de que Krabat le mira?

El maestro estaba sentado como un muerto en su asiento, muy recostado hacia atrás, en silencio, como si estuviera escuchando atentamente en la lejanía.

Juro tampoco se movía. La parte superior de su cuerpo yacía sobre la mesa, con la cabeza hacia abajo, los brazos muy extendidos: hasta hace pocos instantes aún alas de águila, fragorosas alas. Junto a Juro un vaso volcado. Una mancha en el tablero de la mesa, roja oscura: ¿vino o sangre?

Lobosch se arrojó a Juro sollozando.

—¡Está muerto, está muerto! —exclamó—. ¡Krabat, le has matado!

Krabat sintió ahogos en la garganta, se abrió la camisa con ambas manos.

Entonces vio que Juro movía uno de sus brazos y luego el otro. Lentamente, por lo que parecía, su cuerpo iba recobrando vida. Se apoyó en las manos, levantó la cara: ¡una mancha roja redonda en la frente, dos dedos por encima de los caballetes de la nariz!

—¡Juro! —exclamó el pequeño Lobosch agarrándole de los hombros—. ¡Aún estás vivo, Juro! ¡Estás vivo!

—¿Qué es lo que te habías creído? —dijo Juro—. Si solo estábamos actuando. Aunque la cabeza me zumba del disparo de Krabat; la próxima vez, que haga otro de Jirko, que yo ya he tenido bastante, me voy a dormir.

Los mozos del molino se rieron aliviados, y Andrusch dijo en voz alta lo que todos estaban pensando:

—¡Vete a dormir, hermano, vete! ¡Lo principal es que hayas salido bien librado!

Krabat estaba sentado a la mesa como si hubiera quedado de piedra. El disparo y el grito... y aquel alegre barullo de repente: ¿Cómo casaba todo eso?

—¡Se acabó! —gritó entretanto el maestro—. ¡Se acabó, no lo aguanto más, sentaos y guardad silencio!

Se había puesto en pie de un brinco, se apoyaba en la mesa con una mano y con la otra mantenía agarrado el vaso de una forma que parecía que iba a hacerlo añicos.

—Lo que acabáis de ver —exclamó— no ha sido más que una pesadilla de la que uno se despierta... y se ha acabado. Yo, sin embargo, no soñé la historia de Jirko, aquella vez en Hungría: ¡yo le maté de un disparo! Yo maté a mi amigo, le tuve que matar... ¡Igual que ha hecho Krabat, igual que hubiera hecho cualquiera de vosotros en mi lugar, cualquiera!

Dio tal puñetazo en la mesa que los vasos bailaron, agarró la jarra del vino y bebió de ella, desenfrenadamente y ávidamente. Luego arrojó la jarra contra la pared y gritó:

—¡Ahora marchaos! ¡Fuera de aquí, todos fuera de aquí! ¡Quiero estar solo!... ¡Solo!... ¡Solo!

También Krabat quería estar solo, salió del molino a hurtadillas. Era una noche sin luna pero muy estrellada. Caminó a través de los prados húmedos hacia el molino... y como vio el agua negra, en la que se reflejaba la luz de

las estrellas, sintió la necesidad imperiosa de darse un baño. Se quitó la ropa, se deslizó en el estanque y se alejó nadando un par de brazas de la orilla.

El agua estaba fría, con ello se le aclararon las ideas: lo necesitaba después de todo lo que había ocurrido aquella noche. Se sumergió y volvió a salir a la superficie una docena de veces, luego regresó a la orilla estornudando muy fuerte y castañeteándoles los dientes.

—¡Te vas a enfriar, Krabat! ¡Sal de ahí! ¡Cómo se te ocurre!

Ayudó a Krabat a salir a tierra firme, le envolvió en la manta, iba a frotarle con ella para secarle.

Krabat se soltó de él.

—No lo entiendo, Juro —dijo—. No lo entiendo, ¿cómo he podido disparar contra ti?

—Tú no has disparado contra mí, Krabat, no con el botón de oro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo había visto venir, que te conozco.

Juro le dio un pequeño codazo.

—Un grito mortal como ese puede que suene terrible, pero no cuesta nada.

—¿Y la mancha en la frente? —preguntó Krabat.

—¡Bah, eso! —dijo Juro riéndose—. No olvides que tengo algo de experiencia en las Ciencias Ocultas. Hasta ahí todavía llega el tonto de Juro.

Un anillo de pelo

A lo largo del verano, Krabat había hecho uso un par de veces de sus privilegios y se había marchado el domingo, menos por placer que por el maestro, para no darle ningún motivo de enfado. Sin embargo, no conseguía librarse de la sospecha de que el molinero seguía pretendiendo que cayera en la trampa.

Desde que disparó contra Juro habían pasado tres semanas en las que el maestro apenas había intercambiado un par de palabras con Krabat; entonces, una tarde, le dijo, y se lo dijo de pasada, como se suele hablar de cosas sin importancia:

—El domingo que viene te irás a Schwarzkollm, ¿no?

—¿Y eso por qué? —preguntó Krabat.

—El domingo hay allí verbena. Me imagino que ese puede ser un buen motivo para ir.

—Ya veremos —opinó Krabat—. Ya sabes que a mí no me gusta mucho estar con la gente si no va conmigo ninguno de nosotros.

Después le pidió consejo a Juro y le preguntó qué debía hacer.

—Ir —dijo Juro—. ¿Qué otra cosa vas a hacer si no?

—Eso es mucho pedir —opinó Krabat.

—También es mucho lo que está en juego —dijo Juro—. Además, sería una buena ocasión para hablar con la muchacha.

—¿Sabes que es de Schwarzkollm?

—Desde que estuvimos sentados junto al fuego en Pascua. No era muy difícil adivinarlo.

—Entonces la conoces...

—No —dijo Juro—. Ni tampoco quiero conocerla. Aquello que no sé nadie puede sonsacármelo.

—Pero ¿cómo lo voy a hacer —preguntó Krabat— para que el maestro no se entere de ello si nos vemos?

—Tú ya sabes —replicó Juro— cómo se traza el círculo.

Echó mano al bolsillo, le dejó en la mano el trozo de madera.

—Cógelo... ¡y reúnete con tu muchacha y habla con ella!

El sábado, Krabat se fue temprano a la cama. Quería estar solo. Quería sopesar otra vez en calma si debía reunirse o no con la cantora. ¿Podía atreverse a ponerla ya al corriente de todo?

En sus ejercicios nocturnos Krabat conseguía últimamente cada vez con mayor frecuencia oponerse a las órdenes de Juro. Algunas veces era Juro incluso el primero que empezaba a sudar. Bien es cierto que él pensaba que eso no quería decir mucho, y que Krabat no debía cometer el error de infravalorar al maestro, pero en general las perspectivas para ellos no eran del todo malas.

La confianza de Krabat había ido creciendo de una vez para otra. También Pumphutt había vencido al molinero: ¿por qué no lo iba a conseguir él también? Contaba con la ayuda de Juro... y con la cantora.

Pero eso era precisamente lo que aún le seguía haciendo dudar a Krabat: si debía meter o no a la cantora en aquel asunto. ¿Quién le daba el derecho a hacerlo? ¿Era su vida tan importante como para poner en peligro la de ella?

Krabat estaba indeciso. Por una parte tenía que darle la razón a Juro: la ocasión para reunirse era propicia... ¿Quién sabía cuándo se volvería a presentar? Si no fuera por lo otro, por la duda sobre si debía contarle ya todo a la cantora al día siguiente cuando ni siquiera él mismo lo tenía aún totalmente claro...

«¿Y si solo le cuento», se le pasó por la cabeza, «lo suficiente como para que tenga una idea general del asunto, pero sin decirle ni el día ni la hora de la prueba?...».

Krabat tuvo una sensación de alivio.

«Eso para ella significaría no tener que tomar una decisión precipitadamente... y para mí ganar tiempo para esperar a ver cómo se van desarrollando las cosas, si fuera necesario, hasta el último momento».

Sus camaradas envidiaron a Krabat cuando el domingo, después de comer, les contó que el molinero le había dado el resto del día libre porque

aquel día había verbena en Schwarzkollm.

—¡Verbena! —exclamó Lobosch—. ¡Solo con oír la palabra ya estoy viendo enormes bandejas de pasteles y montañas de dulces de levadura! ¿Me traerás al menos algo para que lo pruebe?

«Pues claro que sí», le iba a decir Krabat, pero se le adelantó Lyschko con la observación de que qué era lo que Lobosch se había creído, que si creía que Krabat no tenía nada mejor que hacer en Schwarzkollm que pensar en pasteles.

—¡No! —le contradijo Lobosch—. ¡En ninguna verbena hay nada mejor!

Lo dijo con tal firmeza que todos no pudieron por menos que reírse.

Krabat dejó que Juro le diera uno de los paños para el pan en los que se llevaban la merienda cuando iban a trabajar al bosque o a la turbera; lo dobló y se lo metió debajo de la gorra, luego dijo:

—Bueno, Lobosch, ya veremos lo que queda para ti...

Krabat salió de la casa caminando lentamente, atravesó la parte delantera de Koselbruch y tomó al otro lado del bosque el camino vecinal que circundaba Schwarzkollm. En el lugar donde se había encontrado con la cantora la mañana de Pascua trazó el círculo mágico, luego se sentó dentro de él. Lucía el sol, hacía un calor agradable para aquella época del año. En una palabra: hacía un tiempo de verbena.

Krabat miró hacia el pueblo. Ya habían recogido la fruta de los árboles frutales de los huertos, una docena de manzanas olvidadas relucían amarillas y rojas entre el ramaje marchito.

A media voz pronunció la fórmula mágica, luego dirigió todos sus pensamientos hacia la muchacha.

—Hay alguien aquí sentado en la hierba —le hizo saber a la cantora— que quiere hablar contigo. Consigue quedarte un rato libre para él, él te promete también que no durará mucho tiempo. Nadie debe darse cuenta de adónde vas ni de con quién te encuentras: te lo ruega... y espera que puedas venir.

Sabía que tendría que esperar un buen rato. Se tumbó boca arriba, los brazos cruzados tras la nuca, para reflexionar una vez más con calma sobre qué le iba a decir a la cantora. El cielo estaba sublime y de un color azul

claro, como solo lo está en otoño... y mientras miraba así hacia arriba a Krabat le empezaron a pesar los párpados.

Cuando se despertó, la cantora estaba sentada a su lado sobre el césped. Él no podía explicarse cómo era que estaba ella allí de repente. Allí estaba sentada, esperando pacientemente, con su falda de domingo plisada, un pañuelo de seda con flores bordadas de vivos colores sobre los hombros, el pelo bajo una cofia de lino blanco con adornos de encaje.

—Cantora —preguntó él—, ¿llevas mucho tiempo aquí? ¿Por qué no me has despertado?

—Porque tengo tiempo —dijo ella—. Y pensaba que era mejor que te despertaras tú solo.

Él se incorporó sobre su codo derecho.

—Hace mucho tiempo —empezó a decir él— que no nos vemos.

—Sí, hace mucho tiempo —dijo la cantora tirando de su pañuelo—. Solo en sueños has estado alguna vez conmigo. Estuvimos caminando bajo los árboles, ¿te acuerdas?

Krabat se rio un poco.

—Sí, bajo los árboles —dijo—. Era verano y hacía calor y tú llevabas una blusa clara. Me acuerdo de ello como si hubiera sido ayer mismo.

—Y yo también me acuerdo.

La cantora asintió, volvió la cara hacia él.

—¿Por qué querías hablar conmigo?

—Ay —dijo Krabat— casi se me olvida. Tú podrías salvarme la vida si quisieras...

—¿La vida? —preguntó ella.

—Sí —dijo Krabat.

—¿Y cómo?

—Enseguida te lo cuento.

Le informó del peligro en el que se encontraba y sobre cómo podía ella ayudarlo: suponiendo que le distinguiera entre los demás cuervos.

—Eso no sería muy difícil... con tu ayuda —opinó ella.

—Difícil o no —replicó Krabat—, debes ser muy consciente de que también tú perderás la vida en caso de que no superes la prueba.

La cantora no lo dudó ni un instante.

—Tu vida —dijo ella— merece que yo arriesgue la mía por ella. ¿Cuándo tengo que ir al molinero a pedir que te deje libre?

—Eso —contestó Krabat— todavía no puedo decírtelo hoy. Te mandaré un mensaje cuando haya llegado el momento, si fuera necesario a través de un amigo.

Luego le rogó que le describiera la casa donde vivía. Ella lo hizo y le preguntó si tenía una navaja a mano.

—Toma —dijo Krabat.

Le tendió la navaja de Tonda. La hoja estaba negra, como siempre lo estaba últimamente... pero entonces, cuando la cantora la tuvo en sus manos, la navaja se volvió blanca.

Se quitó la cofia, se cortó un rizo de su cabello: hizo con él un estrecho anillo y se lo dio a Krabat.

—Será nuestra señal —dijo ella—. Cuando tu amigo me lo traiga estaré segura de que todo lo que me diga vendrá de ti.

—Te lo agradezco.

Krabat se guardó el anillo de pelo en el bolsillo de la pechera de su blusa.

—Ahora debes regresar a Schwarzkollm, y yo iré después —dijo él—. Y no debemos conocernos en la verbena... ¡No lo olvides!

—¿«No conocernos» significa no bailar juntos? —preguntó la cantora.

—Realmente no —opinó Krabat—. Pero no debe ser muy a menudo, lo comprendes, ¿no?

—Sí, lo comprendo.

Dicho aquello la cantora se levantó, se alisó las arrugas de la falda y regresó a Schwarzkollm, donde, entretanto, los músicos ya habían empezado con la música de la verbena. Delante de la alcaldía habían colocado mesas y bancos, formando un cuadrado alrededor de la pista de baile, donde la gente joven ya daba vueltas con empeño cuando Krabat llegó. Los viejos estaban cómodamente sentados en sus asientos y miraban a los mozos y mozas, fumando en pipa los hombres tras sus jarras de cerveza, casi esbeltos con su ropa de domingo marrón y azul en comparación con las mujeres, que con sus trajes de fiesta de vivos colores parecían gallinas cluecas y entre pasteles verbeneros y leche con miel

conversaban sobre los jóvenes que estaban en la pista de baile: que si aquel hacía buena pareja con aquella, y que si aquella no la hacía tan buena, o nada en absoluto, con aquel, y que si ya habían oído que este y aquella se iban a casar pronto, y que si en cambio la hija menor del herrero y Franto el de Bartosch estaban a punto de dejarse...

Los músicos en su estrado, que estaba pegado a la pared de la casa (cuatro toneles vacíos puestos de pie servían de base a la plataforma, que estaba hecha con dos hojas del portón del granero, colocadas horizontalmente la una sobre la otra, que el alcalde había hecho llevar hasta allí para tal fin)..., los músicos animaban al baile tocando sus violines y sus clarinetes, sin olvidarse del contrabajo con su tum-tum-tum. Y si dejaban en algún momento los instrumentos para refrescarse con cerveza, que estaban en su derecho... gritaban inmediatamente por todas partes:

—¡Eh, vosotros, los de ahí arriba! ¿Estáis aquí para tocar o para beber?

Krabat se mezcló entre la gente joven. Bailó con todas las muchachas, completamente al azar y alegremente, según caía, ahora con esta y después con aquella.

También bailó con la cantora de cuando en cuando. Bailó con ella como con todas las demás, aunque le costaba mucho pasársela a otros mozos.

La cantora había comprendido que no se podían delatar. Hablaban el uno con el otro como se suele hablar cuando se baila, diciéndose disparates y tonterías. Solo sus ojos tomaban en serio a Krabat; pero de eso solamente él se daba cuenta... y como se daba cuenta evitaba, si podía, encontrarse con su mirada.

Así fue como ni siquiera las aldeanas en sus mesas concibieron sospecha alguna; aquella vieja que estaba ciega del ojo izquierdo (Krabat no la había visto hasta entonces) tampoco fue una excepción.

No obstante, Krabat prefirió no volver a sacar a bailar a la cantora a partir de entonces.

Tampoco tardó mucho ya en caer la noche. Los aldeanos y sus mujeres su fueron a sus casas, los mozos y las mozas entraron con los músicos en el granero: allí siguieron bailando donde los trillos.

Krabat se quedó fuera. Consideró que era más sensato irse ya a casa, regresar a Koselbruch. La cantora lo entendería si la dejaba sola ahora.

Alzó ligeramente su gorra como despedida y entonces notó algo caliente encima de su cabeza, algo blando.

—¡Lobosch! —Se acordó.

Krabat anudó las puntas del paño cruzando la una sobre la otra. Luego fue metiendo en él pasteles y dulces de levadura de las mesas abandonadas hasta que estuvo completamente repleto.

La oferta

Cuanto más se acercaba el invierno más lento le parecía a Krabat que pasaba el tiempo. A partir de mediados de noviembre tuvo algunos días la sensación de que ya no pasaba en absoluto.

En ocasiones, cuando no había nadie cerca, comprobaba que aún tenía el anillo de pelo que le había dado la cantora. En cuanto lo tocaba en el bolsillo de la pechera de su blusa sentía que le invadía una gran confianza.

«Todo irá bien», creía saber en esos momentos. «Todo irá bien».

Últimamente era raro que el maestro saliera de casa por la noche. ¿Sospecharía que se cernía algún peligro sobre él?... ¿Que a sus espaldas se estaba tramando algo de lo que tenía que guardarse?

Krabat y Juro aprovechaban aquellas pocas noches para proseguir incansablemente con sus ejercicios. Krabat conseguía oponerse a Juro cada vez más a menudo.

En una ocasión que estaban otra vez sentados el uno enfrente del otro en la mesa de la cocina sacó de su bolsillo el anillo de pelo. Sin darse cuenta se lo puso en el dedo meñique de la mano izquierda. A la siguiente orden que Juro le impartió, Krabat hizo inmediatamente lo contrario: lo consiguió con tanta rapidez y con tan poco esfuerzo que fue sorprendente.

—¡Eh! —dijo Juro—. Ha sido como si tu fuerza se hubiera duplicado de repente. ¿Cómo lo has conseguido?

—No sé —repuso Krabat—. Lo mismo ha sido por casualidad.

—¡Vamos a pensarlo bien! —exclamó Juro mirándole interrogante—. Tiene que haber algo que te haya permitido tener esa inesperada fuerza.

—Pero ¿qué? —reflexionó Krabat—. El anillo no creo que haya podido ser...

—¿Qué anillo? —preguntó Juro.

—El anillo de pelo este. La muchacha me lo dio, el día de la verbena. Me lo he puesto antes, pero ¿qué va a tener que ver el anillo con mis fuerzas?

—¡No digas eso! —replicó Juro—. Vamos a probarlo y así lo sabremos.

Probaron el anillo y pronto quedó demostrado que no había ninguna duda: cuando Krabat se ponía el anillo en el dedo podía fácilmente con Juro... y cuando se lo quitaba todo era como siempre.

—La cosa está clara —opinó Juro—. Con la ayuda de este anillo podrás superar siempre al maestro.

—Pero ¿cómo es posible eso? —preguntó Krabat—. ¿Crees acaso que la muchacha sabe hacer magia?

—De una manera diferente a nosotros —dijo Juro—. Hay una forma de magia que hay que aprenderla con esfuerzo: es la de aprenderse signo por signo y fórmula por fórmula lo que pone en el *Grimorio*. Y luego hay otra que le brota a uno de lo más profundo de su corazón: de la preocupación por alguien al que se ama. Yo sé que es difícil de comprender..., pero deberías confiar en ella, Krabat.

A la mañana siguiente cuando Hanzo despertó a los mozos y estos se fueron a la fuente vieron que durante la noche había nevado. El mundo se había vuelto blanco, y, una vez más, al ver aquello les entró una gran inquietud.

Krabat ya se conocía aquello. En el molino solo había uno que no se lo podía explicar: Lobosch, que durante el tiempo que llevaba de estancia allí solo había crecido un poco y a pesar de ello había pasado de ser un chico de catorce años a un mozo de casi diecisiete.

Una mañana, después de haberle tirado en broma una bola de nieve a Andrusch y de que Andrusch reaccionara queriéndose arrojar a su cuello, lo cual impidió Krabat interponiéndose..., Lobosch le preguntó que, ¡por Dios santo!, qué era lo que les pasaba a sus camaradas.

—Miedo —dijo Krabat encogiéndose de hombros.

—¿Miedo? —preguntó Lobosch—. ¿De qué?

—Alégrate —contestó evasivo Krabat— de no saberlo aún. Ya te enterarás demasiado pronto.

—¿Y tú? —quiso saber Lobosch—. ¿Tú, Krabat, no tienes miedo?

—Más de lo que te imaginas —dijo Krabat—. Y no solamente por mí.

La semana de antes de Navidad apareció de nuevo en Koselbruch el señor compadre. Los mozos del molino salieron precipitadamente para descargar los costales. El extraño no se quedó sentado en el pescante como siempre hacía: aquella noche de luna nueva se apeó del coche, y, cojeando, entró con el maestro en la casa. Vieron flamear las plumas de gallo tras las ventanas, como si ardiera fuego en el cuarto.

Hanzo les ordenó que fueran a buscar antorchas. En silencio, los mozos descargaron del coche los costales para moler y los llevaron hasta el cuarto de la molienda. Echaron su contenido al «juego muerto», dejaron caer la harina en los costales vacíos y volvieron a cargarlos en el carruaje.

Cuando empezó a clarear, el extraño regresó al coche, solo, y se subió al pescante. Antes de partir de allí dijo dirigiéndose a los mozos:

—¿Quién es Krabat?

Este sintió como carbones al rojo y crepitante hielo todo en uno.

—Yo —dijo Krabat con un nudo en la garganta adelantándose.

El cochero le observó y asintió con la cabeza.

—Está bien.

Luego hizo restallar el látigo y el coche se marchó de allí traqueteando.

El molinero se ocultó durante tres días y tres noches en la cámara negra. La noche del cuarto día (era la víspera de nochebuena) mandó llamar a Krabat.

—Tengo que hablar contigo —empezó a decir—. Supongo que no te sorprenderá demasiado. Aún eres libre para decidirte... si conmigo o contra mí.

Krabat intentó hacerse el ignorante.

—No sé de qué me hablas.

El maestro no le concedió crédito alguno.

—No olvides que te conozco mejor de lo que tú quisieras. A lo largo de los años ya ha habido alguno que se me ha rebelado: Tonda, por ejemplo, y Michal, por citar solo a ellos dos. ¡Estúpidos, ilusos! Pero tú, Krabat... yo te creía más inteligente. ¿Quieres ser mi sucesor aquí en el molino? ¡Tendrías madera para ello!

—¿Te marchas? —preguntó Krabat.

—Estoy harto de esto —dijo el maestro aflojándose el cuello de la camisa—. Me atrae la idea de convertirme en un hombre libre. En dos, tres años podrías sucederme y proseguir con la Escuela. Si aceptas, te pertenecerá todo lo que deje aquí, también el *Grimorio*.

—¿Y tú? —preguntó Krabat.

—Me iré a la Corte. De ministro de Estado, de general en jefe, de canciller de la Corona de Polonia quizá, lo que más me divierta. Los señores me temerán, las damas me halagarán, porque seré rico e influyente. Todas las puertas estarán abiertas para mí, buscarán mi consejo, mi aprobación. A quien ose no sometérseme me lo quitaré de encima, porque yo sé hacer magia y sabré hacer uso de mi poder. ¡Puedes creerme, Krabat! —Se había acalorado, su ojo echaba chispas, la sangre se le había subido al rostro—. También tú —siguió diciendo ya más calmado— puedes llegar a eso. Después de haber sido durante doce o quince años el maestro del molino de Koselbruch, escoges entre los mozos a un sucesor, le haces entrega de todos los trastos... y quedas libre para una vida de esplendor y de gloria.

Krabat se esforzó por mantener las ideas claras. Se obligó a pensar en Tonda y en Michal. ¿No había jurado acaso vengarles?... A ellos y a los demás de la Planicie Yerma, sin olvidarse de Worschula, y tampoco de Merten, aunque todavía vivía con su cuello torcido..., pero ¿qué clase de vida era aquella?

—Tonda —le objetó al maestro— está muerto, y Michal también está muerto. ¿Quién me dice a mí entonces que no voy a ser yo el siguiente?

—Eso te lo prometo yo —dijo el maestro tendiéndole la mano izquierda—. Te doy mi palabra... y al mismo tiempo la del señor compadre, que me ha autorizado en persona y expresamente a hacer esa promesa.

Krabat no estrechó la mano que le ofrecía.

—¿Si no me toca a mí —preguntó—, le tocará a otro?

—A alguno —declaró— siempre le toca. Podríamos decidir juntos a partir de ahora a quién le toca el turno. Cojamos a uno por el que no sintamos pena... Lyschko por ejemplo.

—Yo no le puedo soportar —dijo Krabat—, pero él es camarada mío, y ser el culpable de su muerte... o cómplice, no veo que haya mucha

diferencia... ¡Jamás podrás obligarme a ello, molinero de Koselbruch!

Krabat se había puesto en pie de un salto, completamente asqueado le gritó al maestro:

—¡Nombra sucesor tuyo a quien tú quieras! ¡Yo no quiero saber nada de ello! ¡Yo quiero irme!

El maestro permaneció tranquilo.

—Tú te irás si yo te lo permito. Siéntate en tu silla y escúchame hasta que haya terminado.

A Krabat no le resultó fácil resistirse a la tentación de poner ya en ese momento a prueba sus fuerzas contra el maestro..., a pesar de ello, le obedeció.

—Noto en ti que mi propuesta —dijo el molinero— te ha dejado confuso. Por eso te voy a dejar tiempo para que te lo pienses todo con calma.

—¿Para qué? —preguntó Krabat—. ¡Seguiré diciendo que no!

—Lástima.

El maestro observó a Krabat meneando la cabeza.

—Si no aceptas mi propuesta, vas a tener que morir. Ya sabes que en la leñera ya hay un ataúd preparado.

—Sí, pero ¿para quién? —dijo Krabat—. Eso todavía está por ver.

El maestro ni pestañeó.

—¿Sabes cuál sería la consecuencia si ocurriera lo que parece estar esperando?

—Sí —dijo Krabat—. Entonces ya no podría hacer magia.

—¿Y bien? —Le dio qué pensar el maestro—. ¿Estarías dispuesto a pagar ese precio?

Pareció reflexionar un momento, luego se volvió a recostar en el sillón y dijo:

—Está bien: te concedo un plazo de ocho días. En ese tiempo, de eso me encargaré yo, tendrás ocasión de aprender cómo vive uno sin saber hacer ya magia. ¡Todo aquello que has aprendido conmigo a lo largo de los años se te olvidará por completo a partir de este momento! De hoy en una semana, la víspera de noche vieja, te volveré a preguntar por última vez si quieres ser mi sucesor: entonces ya se verá si persistes o no en tu respuesta.

Entre un año y otro

Aquella fue una semana dura para Krabat, se sintió retrotraído a la época de sus comienzos en el molino. Cada costal de doce arrobas, que pesaba cinco celemines, pesaba cinco celemines con los que había que cargar desde el granero hasta el cuarto de la molienda, desde el cuarto de la molienda hasta el granero. A Krabat no se le ahorra nada desde que ya no podía hacer magia, ni una gota de sudor, ni un callo.

Por la noche caía agotado en el jergón de paja. Tardaba muchas horas en dormirse. Aquel que puede hacer magia no tiene más que cerrar los ojos y pronunciar una fórmula mágica y ya está dormido, profundamente, y durante tanto tiempo como se propone.

«Es posible —pensaba Krabat—, que lo que más eche de menos de todo sea la capacidad de dormirme».

Cuando después de estar acostado mucho tiempo en vela se quedaba por fin dormido le atormentaban malos sueños: seguro que no era por casualidad. Sabía, como dos y dos son cuatro, quién se los hacía soñar.

Krabat, con la ropa desgarrada, trabaja duramente con una carreta llena de piedras que tiene que arrastrar tirando de ella trabajosamente con una cuerda por el campo bajo un ardiente estío. Tiene mucha sed, tiene la garganta completamente seca. No hay ninguna fuente por ningún sitio, ni ningún árbol que pueda darle sombra.

¡Maldita carreta!

Tiene que llevársela a Blaschke, el boyero de Kamenz, por un salario miserable. Pero el ser humano tiene que vivir de algo, y desde que tuvo el accidente... Fue en Gerbirsdorf, se cayó en los engranajes del molino y se le aplastó el brazo derecho hasta el codo. Desde entonces Krabat tiene que

alegrarse de cualquier trabajo que alguien como Blaschke el boyero pueda encargarle.

Y, así, se va arrastrando tirando de la carreta llena de piedras, y oye cómo piensa... oye cómo piensa con la voz ronca del maestro: ¿Te agrada la vida de inválido, Krabat? ¡Lo podrías haber tenido mucho más fácil y mucho mejor si me hubieras escuchado cuando te pregunté si querías ser mi sucesor en Koselbruch! ¿Volverías a decir hoy que no si pudieras elegir?

Noche tras noche soñaba Krabat que se le había venido encima un destino similar. Era viejo o estaba enfermo, estaba encerrado siendo inocente tras los muros de una cárcel, le habían alistado en el ejército a la fuerza y ahora yacía herido de muerte en un trigal viendo cómo los quebrados tallos se teñían de rojo con la sangre que manaba de sus heridas. Y al final de aquellos sueños oía siempre cómo se preguntaba a sí mismo con la voz del maestro: «¿Volverías a decir que no, Krabat, si te diera a elegir ser mi sucesor en el molino de Koselbruch?».

El maestro solamente se le apareció en sueños una vez, eso ocurrió la última noche antes de que concluyera el plazo que le había impuesto.

Krabat se ha transformado en un caballo por hacerle un favor a Juro. El maestro, vestido como un noble polaco, le ha adquirido por cien gulden en el mercado de Wittichenau con silla y cabestro incluidos: ahora el caballo negro ya es suyo.

El maestro le hace correr sin piedad a toda velocidad recorriendo los campos de arriba abajo, por palos y piedras, por setos y zanjas, por espinares y fango.

—¡Recuerda que yo soy el maestro!

El molinero le golpea ciegamente con la fusta, le clava las espuelas en la carne. La sangre le mana de los flancos a Krabat, la siente correr caliente hacia abajo por la parte inferior de los muslos.

—¡Ya te enseñaré yo a ti!

Galope izquierdo, galope derecho... y luego inmediatamente hacia el siguiente pueblo.

Un tirón de las riendas, se detienen en una herrería.

—¡Eh, herrero!... ¿Dónde está, por todos los diablos?

El herrero llega corriendo, se limpia las manos en su mandil de cuero, pregunta qué se le ofrece al señor. El maestro salta de la montura.

—Hiérrame —dice— este caballo con herraduras al rojo.

El herrero cree no haber oído bien.

—¿Con... herraduras al rojo, señor?

—¿Es que hay que decirle las cosas dos veces? ¿Quiere que le haga yo moverse?

—¡Barto! —grita el herrero llamando a su aprendiz—. ¡Coge las riendas y sujétale el caballo al señor!

El aprendiz de herrero, un pillastre pecoso, podría ser hermano de Lobosch.

—¡Coja las herraduras más pesadas que disponga! —Exige el molinero—. ¡Enséñeme el surtido que tiene!

El herrero le lleva al taller mientras el muchacho se queda sujetando al caballo negro y le dice en lusaciano:

—Tranquilo, caballito mío, tranquilo... ¡Pero si estás temblando!

Krabat restriega su cabeza en el hombro del muchacho.

«Si pudiera librarme del cabestro —piensa—, podría intentar salvarme».

El muchacho se da cuenta de que el caballo negro está herido, la correa le ha desollado la piel de la oreja izquierda.

—Espera —dice—, voy a aflojarte un poco la hebilla, y asunto arreglado.

Le afloja la hebilla, luego le quita al caballo negro el cabestro.

Krabat en cuanto se ve libre del cabestro se transforma en cuervo. Graznando se eleva por los aires y pone rumbo a Schwarzkollm.

En el pueblo luce el sol. A sus pies ve a la cantora, no lejos de la fuente, con una bandeja de paja en la mano, dando de comer a las gallinas... Entonces le cubre una sombra, el grito de un azor le penetra en el oído.

—¡El maestro! —Se estremece Krabat.

Rápido como una flecha, con las alas plegadas, cae en picado hasta la fuente y adopta la figura de un pez. ¿Está salvado? Se da cuenta demasiado tarde de que se ha quedado atrapado, de que no le queda escapatoria.

«¡Cantora!», piensa con todo el ardor del que es capaz. «¡Ayúdame, sácame de aquí!».

La muchacha sumerge su mano en la fuente, Krabat entonces se convierte en un estrecho anillo de oro en el dedo de ella, y así regresa a la tierra.

Al pie de la fuente está, como caído del cielo, un hombre vestido como un noble polaco, es tuerto, lleva una chaqueta de montar roja con cordones plateados, con galones negros.

—¿Puede decirme, doncella, de dónde ha sacado ese anillo tan fino? Permítame verlo...

Ya extiende la mano hacia el anillo, ya va a cogerlo.

Krabat se transforma en un grano de cebada. Se escurre entre los dedos de la cantora, cae a la bandeja de paja. Él va en el siguiente puñado que la muchacha les echa a las gallinas.

La chaqueta roja ha desaparecido de repente. Un gallo desconocido, negro como la pez, con un solo ojo, picotea los granos, pero Krabat es más rápido que él, aprovechándose de su ventaja se transforma en un zorro. Se lanza como un rayo sobre el gallo negro y le parte el cuello de una dentellada.

Cruje entre sus dientes como paja y bálago. Como paja cruje entre los dientes de Krabat, como bálago.

Cuando Krabat se despertó estaba bañado en sudor. Había estado mordiendo el jergón de paja, estaba jadeante, tardó un buen rato en tranquilizarse.

El que hubiera vencido al maestro en el sueño lo consideraba un buen presagio. A partir de ese momento estaba completamente seguro de lo suyo. Los días del maestro —creía saber ahora— estaban contados. Él, Krabat, pondría fin a las maquinaciones del molinero: él estaba predestinado a romper su poder.

Por la noche entró en el cuarto del maestro.

—¡Persisto en lo dicho! —exclamó—. Nombra sucesor tuyo a quien tú quieras. Yo, Krabat, me niego a aceptar tu oferta.

El maestro acogió sus palabras con serenidad.

—Ve a la leñera —dijo— y provéete de pico y pala. Hay que abrir una fosa en Koselbruch: ese será tu último trabajo.

Krabat no replicó nada, se dio media vuelta y abandonó el cuarto. Cuando llegó a la leñera una figura salió de entre las sombras.

—Te estaba esperando, Krabat. ¿Tengo que avisar a la muchacha?

Krabat sacó del bolsillo de la pechera de su blusa el anillo de pelo.

—Dile —le rogó a Juro— que le envíe el mensaje a través tuyo. Y que mañana, la última noche del año, se presente ante el molinero para pedirle que me deje en libertad, tal como lo hablamos.

Le describió la casa en donde vivía ella.

—Si le enseñas el anillo —siguió diciendo—, ella verá que vas de mi parte. Y no te olvides de decirle que es libre de emprender o no el camino hacia Koselbruch. Si viene, está bien... y si no viene, también está bien: entonces me daría ya igual lo que me ocurriera.

Le dio a Juro el anillo y le abrazó.

—¿Me prometes que lo vas a hacer bien? ¿Y que no convencerás a la cantora para que haga algo que ella preferiría no hacer?

—Te lo prometo —dijo Juro.

Un cuervo, con un anillo de pelo en el pico, emprendió el vuelo hacia Schwarzkollm. Krabat entró en la leñera. ¿Había allí un ataúd en el rincón? Se cargó al hombro pico y pala, luego caminó pesadamente sobre la nieve hacia Koselbruch, hasta que llegó a la Planicie Yerma.

Encontró un lugar que se destacaba, como un cuadrado oscuro, del entorno blanco.

¿Estaba destinado para él? ¿O lo que marcaba era la tumba del maestro?

«Mañana a estas horas —pensó Krabat poniéndose a trabajar con la pala—, estará todo decidido».

Al día siguiente después del desayuno Juro cogió aparte a su amigo y le devolvió el anillo. Le dijo que había hablado con la muchacha, que todo estaba ya convenido.

Por la tarde, cuando ya estaba empezando a oscurecer, la cantora se presentó en el molino, con su traje de comulgar con la cinta blanca en la frente. Hanzo la recibió y le preguntó que qué deseaba; ella pidió hablar con el molinero.

—El molinero soy yo.

Apartando a los mozos, el maestro se plantó ante ella, con abrigo negro y sombrero de tres picos, la cara pálida, como pintada con cal.

—¿Qué quieres?

La cantora le miró sin temor.

—¡Entrégame a mi mozo! —pidió.

—¿A tu mozo?

El molinero se rio. Su risa parecía un malvado berrido, una carcajada de macho cabrío.

—No le conozco.

—Es Krabat —dijo la cantora— a quien yo amo.

—¿Krabat? —dijo el maestro intentando intimidarla—. ¿Le conoces siquiera? ¿Eres capaz de distinguirlo entre todos los mozos?

—Le conozco —dijo la cantora.

—¡Eso lo puede decir cualquiera!

El maestro se volvió hacia los oficiales.

—¡Entrad en la cámara negra y poneos en fila, uno al lado de otro y no os mováis!

Krabat esperaba que ahora tendrían que transformarse en cuervos. Él estaba entre Andrusch y Staschko.

—¡Quedaos donde estáis! ¡Y que nadie me haga ni una mueca! ¡Tú tampoco, Krabat! ¡Al primer sonido que te oiga ella morirá!

El maestro sacó del bolsillo del abrigo el pañuelo negro, le tapó los ojos con él a la cantora, luego la hizo entrar.

—Si eres capaz de señalarme a tu mozo, te lo podrás llevar.

Krabat se asustó, con eso no había contado él. ¿Cómo iba a ayudar ahora a la muchacha? ¡Ahora ya ni siquiera el anillo le servía de nada!

La cantora fue recorriendo la fila de los mozos, una vez, dos veces. A Krabat apenas le sostenían las piernas. Su vida estaba perdida, lo sentía. ¡Y también la vida de la cantora!

Se vio vencido por el miedo..., miedo como nunca había sentido.

«Yo tengo la culpa de que ella tenga que morir», se le cruzaba una y otra vez por la cabeza. «Yo tengo la culpa».

Y entonces sucedió.

La cantora, ya había recorrido tres veces la fila de los mozos, extendió la mano y señaló a Krabat.

—Es este —dijo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Todo estaba decidido.

Se desató el pañuelo de los ojos, luego se acercó a Krabat.

—Estás libre.

El maestro retrocedió tambaleándose hasta que chocó contra la pared. Los mozos se habían quedado en su sitio, completamente helados.

—¡Recoged vuestras cosas del desván... y marchaos a Schwarzkollm! —dijo Juro—. Podéis dormir en el henil de la alcaldía.

Los mozos del molino entonces salieron sin hacer ruido de la cámara.

El maestro, todos lo sabían, no viviría el día de año nuevo. A medianoche moriría, luego, el molino, ardería en llamas.

Merten, con su cuello torcido, le estrechó la mano a Krabat.

—Ahora Michal y Tonda están vengados... y los otros también.

Krabat fue incapaz de decir ni una sola palabra, estaba como petrificado. La cantora entonces le pasó el brazo por los hombros y le envolvió con su capa de lana. Era cálida, suave y cálida, como una envoltura protectora.

—Vámonos, Krabat.

Se dejó llevar por ella fuera del molino, ella le condujo hacia Schwarzkollm a través de Koselbruch.

—¿Cómo —preguntó él cuando vieron titilar las luces del pueblo entre los troncos de los árboles, una aquí, la otra allá— me has distinguido entre mis camaradas?

—He notado que tenías miedo —dijo ella—. Miedo por mí, por eso te he conocido.

Mientras se encaminaban hacia las casas empezó a nevar, suavemente y en finos copos, como harina que cayera tras pasar por un gran cedazo.



OTFRIED PREUßLER (Liberec, Checoslovaquia, 20 de octubre de 1923 - Prien am Chiemsee, Alemania, 18 de febrero de 2013). Fue un escritor alemán de origen bohemio, conocido especialmente por sus obras de literatura infantil y juvenil, especialmente por *El bandido Saltodemata* y *Krabat*.

Nació en Reichenberg, en los Sudetes (actualmente Liberec, Norte de la República Checa). Sus antepasados alemanes habían vivido en la región desde el siglo xv. Sus padres eran maestros. Antes de concluir su educación formal en 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, fue alistado en las fuerzas armadas alemanas. Aunque logró sobrevivir las acciones militares en el Frente Oriental, a sus 21 años fue hecho prisionero por los rusos en 1944, y pasó 5 años en un campo de prisioneros soviético en Tartaristán, donde padeció de tifus y malaria, llegando a pesar no más de 40 kg. Tras su liberación en 1949, tuvo la suerte de encontrar en el pueblo bávaro de Rosenheim a sus familiares desplazados y a su prometida, con la que se casó ese mismo año.

Entre 1953 y 1970, Preußler cursó la carrera de Pedagogía, trabajó como maestro de primaria y llegó a ser director de una escuela en esa localidad. Su talento como escritor, narrador e ilustrador de historias (que se destacan

por la presencia constante de un humor suave y una ironía siempre medida) fue fomentado y posteriormente empezó a publicar.

Se instaló en Haidholzen, en las cercanías de Rosenheim, donde se dedicó a escribir sus memorias. Dejó en manos de su hija Susanne Preußler-Bitsch las relaciones administrativas con las casas y productoras de cine, así como la gestión de sus derechos de autor.

Falleció en la localidad alemana de Prien am Chiemsee el 18 de febrero de 2013 a los 89 años de edad.